

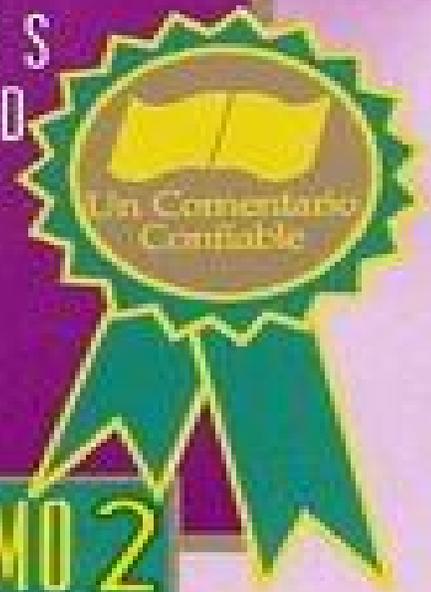
ÉXODO

EB

EL CONOCIMIENTO
BÍBLICO

UN COMENTARIO EXPOSITIVO

EDITORES EN INGLÉS
JOHN F. WALDOORD
ROY B. ZUCK



ANTIGUO TESTAMENTO TOMO 2

CB
EL CONOCIMIENTO
BÍBLICO
UN COMENTARIO EXPOSITIVO
ANTIGUO TESTAMENTO

ÉXODO

Editores en inglés
John F. Walvoord
Roy B. Zuck

Responsables de la edición en castellano:
Julián Lloret
Jack Matlick

Ediciones Las Américas, A.C.
Apartado 78, 72000 Puebla, Pue., México

**Este material está disponible gratuitamente,
con la única finalidad de ofrecer lectura edificante
a tod@s aquell@s herman@s que no tienen
los medios económicos para adquirirlo.
Si usted es alguien financieramente privilegiado,
utilice este material para su evaluación,
y, si le gusta, bendiga al autor,
editores y librerías, con la compra del libro.**

adoradordejesucristo@hotmail.com

Dedicatoria

El Conocimiento Bíblico, Un Comentario Expositivo se dedica al creciente número de lectores y estudiosos de la Biblia de habla hispana. Los distintivos de este *Comentario* son muchos, pero uno de los más sobresalientes es que comunica en forma concisa y clara el sentido del texto bíblico. Será muy útil para quienes aman la palabra de Dios, las Sagradas Escrituras, que nos hacen sabios para conocer “la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”.

Agradecemos por este medio a los numerosos amigos que nos han ayudado a comenzar y perseverar en la publicación de esta edición en castellano:

- A los traductores, hombres y mujeres bien entrenados en el conocimiento de la Biblia y capacitados para traducir fielmente el texto del *Comentario*.
- Al personal de la casa publicadora, Ediciones Las Américas, A.C., Puebla, México.
- A la Junta Directiva y la Administración de CAM Internacional que aprobaron este gran proyecto con entusiasmo.
- A los fieles amigos de CAM Internacional que ofrendaron para realizar la publicación de los primeros tomos.
- A los colegas en el ministerio cristiano que nos animaron con sus palabras de estímulo; en especial a los editores generales de la edición original en inglés.

Julián Lloret

Jack Matlick

Introducción

La publicación de *El Conocimiento Bíblico, Un Comentario Expositivo* es fruto de un largo e histórico enlace fraternal entre el personal de varias instituciones: el Seminario Teológico de Dallas, Tex., cuyo personal docente escribió el comentario original en inglés. Por otro lado, los editores, traductores y personal técnico de esta publicación en castellano provienen de CAM Internacional (antes llamada Misión Centroamericana), y de Ediciones Las Américas, A. C., Puebla, México. Es motivo de alabanza a Dios el espíritu de cooperación entusiasta entre estas entidades para publicar esta obra.

Prefacio

El Conocimiento Bíblico, Un Comentario Expositivo, es una serie de estudios detallados de las Sagradas Escrituras escritos y editados exclusivamente por catedráticos del Seminario Teológico de Dallas. La serie ha sido preparada para el uso de pastores, laicos, maestros de Biblia, y para quienes desean estudiar un comentario comprensible, breve y confiable de la Biblia completa.

¿Por qué publicar otro comentario bíblico cuando ya existen tantos? Hay varios distintivos que hacen de *El Conocimiento Bíblico* un libro con matices propios.

Primero, fue escrito por la facultad de un solo seminario, el Teológico de Dallas, Texas, E.U.A. Este hecho asegura una interpretación consistente de las Escrituras en el aspecto gramatical e histórico así como en la perspectiva pretribulacionista y premilenarista. Sin embargo, en las ocasiones en que existen diferencias de opinión entre los eruditos evangélicos, los autores presentan varias interpretaciones del pasaje.

Segundo, esta serie de comentarios se basa en la muy popular versión Reina-Valera Revisión 1960 que todos conocemos. Así que es una herramienta útil y fácil de usar junto con su Biblia de estudio personal.

Tercero, este *Comentario* tiene otros distintivos que no contienen otros: (a) Al comentar el texto bíblico, los autores señalan cómo se desarrolla el propósito de cada libro y la manera en que cada pasaje forma parte del contexto en que se encuentra. Esto ayuda al lector a ver la forma en que el Espíritu Santo guió a los autores bíblicos a escoger su material y sus palabras. (b) Se consideran y discuten con cuidado los pasajes problemáticos, costumbres bíblicas desconocidas, y las así llamadas “contradicciones”. (c) Se incorpora a este *Comentario* la opinión de los eruditos bíblicos modernos. (d) Se discuten muchas palabras hebreas, arameas, y griegas que son importantes para la comprensión de algunos pasajes. Se ha hecho una transliteración de ellas para los que no conocen los idiomas bíblicos. Pero, aun los que conocen bien esos idiomas, hallarán muy útiles los comentarios. (e) Para facilitar el estudio y comprensión del texto se incluyen diagramas, gráficas y listas que aparecen en el apéndice al final del tomo. (f) Se hacen numerosas referencias cruzadas que ayudan al lector a encontrar pasajes relativos o paralelos que amplían el tema que se trata.

El material de cada libro de la Biblia incluye una *Introducción* donde se estudia al autor, la fecha, el propósito, el estilo, y sus características únicas; un *Bosquejo*, el *Comentario*, y una *Bibliografía*. En la sección llamada *Comentario*, se da el resumen de pasajes enteros así como la explicación detallada de cada versículo y, muchas veces, de cada frase. Todas las palabras de la versión Reina-Valera Revisión 1960 que se citan textualmente aparecen en letra negrilla, así como el número de los versículos con que comienza cada párrafo. En la sección de *Bibliografía* se sugieren otros libros y comentarios para estudio personal que sin embargo, no han sido aprobados en forma total por los autores y editores de este *Comentario*.

Los tomos que constituyen la serie de *El Conocimiento Bíblico* presentan exposiciones y explicaciones basadas en una esmerada exégesis de las Escrituras, pero no es primordialmente un comentario devocional ni una obra exegética con detalles de lexicografía, gramática y sintaxis, ni hace un análisis de la crítica textual de los libros. Esperamos que este *Comentario* le ayude a profundizar su comprensión de las Sagradas Escrituras a medida que los ojos de su entendimiento son alumbrados por el ministerio del Espíritu Santo (Efesios 1:18).

Se ha diseñado este *Comentario* para enriquecer su comprensión y aprecio de las Escrituras, la palabra de Dios inspirada e inerrante, para motivarle a no ser un “oidor”, sino “hacedor” de lo que la Biblia enseña (Santiago 1:22), y para capacitarlo para que pueda “enseñar también a otros” (2 Timoteo 2:2).

John F. Walvoord
Roy B. Zuck

ÉXODO

John D. Hannah

Traducción: Alberto Peláez Irissón

INTRODUCCIÓN

Título. El nombre del segundo libro de la Biblia hebrea es *w'ēleh šmōt* (“estos son los nombres”), que es la primera frase que aparece en el libro. Algunas veces se abrevia como *šmōt* (“nombres”). El título *Éxodo* (“salida”) es una transliteración del título que aparece en la Septuaginta, la cual dio nombre a ese libro por su enfoque central, que fue la salida de los israelitas de Egipto. Sin embargo, el libro cubre mucho más que ese acontecimiento. La salida de Egipto se describe en 13:17–15:21, pero el libro también explica las circunstancias por las que pasó la familia de Jacob antes del éxodo, el viaje que hizo de Egipto a Sinaí, así como algunos de los eventos que le ocurrieron a Israel allí.

Autor. Los académicos están divididos en cuanto a quién es el autor del libro de Éxodo. Por su parte, los escépticos someten el texto a una investigación detallada y analítica, basados en la presuposición de que la autoría mosaica es poco probable y que la fecha de escritura de la narración es bastante tardía.

Los intelectuales liberales toman una de tres posturas en cuanto al libro. Primero, están aquellos que siguen a Julius Wellhausen. Ellos tratan de aislar los orígenes literarios del libro, suponiendo que se basó en tres fuentes que se desarrollaron a lo largo de un período prolongado de tiempo. Esto se conoce comúnmente como el enfoque documentario o teoría JEDP (aunque no haya ninguna fuente “D” en Éxodo). (Cf. “Autor del libro” en la *Introducción* de Génesis.) Segundo, el enfoque de la crítica de las formas intenta descubrir en el texto pequeñas unidades literarias a través del estudio de la historia que se encuentra detrás de las formas. De esta manera, esos académicos tratan de determinar la fecha de la escritura original del libro. Tercero, la escuela crítica tradicional apoya una transmisión oral prolongada de los relatos, a pesar de que es poco probable obtener la recuperación exacta de los mismos. Estos tres enfoques son similares en sus premisas básicas: Moisés probablemente no escribió el libro, la naturaleza exacta de los eventos es difícil de determinar, y la fecha de recopilación es más tardía.

Los evangélicos creen que el libro lo escribió Moisés durante su permanencia cerca del monte Sinaí o poco tiempo después. La base de este punto de vista, es que la Biblia explícitamente da testimonio de este hecho.

La Biblia claramente afirma que Moisés tenía la capacidad de emprender una tarea de tal magnitud (“y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios” Hch. 7:22).

El libro de Éxodo comprueba explícitamente la autoría mosaica. Dios mandó a Moisés que escribiera los sucesos ocurridos en el encuentro militar de Josué con los amalecitas (“escribe esto para memoria en un libro”, Éx. 17:14). También Moisés escribió la comunicación que el Señor le dio en Sinaí (“Moisés escribió todas las palabras de Jehová” 24:4). Este registro se llamó “El libro del pacto” (24:7). En el monte Sinaí, Dios le dijo a

Moisés: “escribe tú estas palabras” (34:27) y Moisés “escribió en tablas las palabras del pacto” (34:28).

Las declaraciones que se encuentran en otras porciones del Pentateuco también verifican la autoría mosaica. De acuerdo con Deuteronomio 31:9, “escribió Moisés esta ley, y la dio a los sacerdotes”. La declaración que se encuentra en Deuteronomio 31:24 es clara: “acabó Moisés de escribir las palabras en un libro hasta concluirse”.

También otros libros del A.T. dan testimonio de la autoría mosaica de Éxodo. David encargó a Salomón que obedeciera los preceptos de Jehová, “de la manera que está escrito en la ley de Moisés” (1 R. 2:3). Esdras leyó “el libro de la ley de Moisés” (Neh. 8:1). Además, el Pentateuco es llamado “el libro de Moisés” (Neh. 13:1).

Jesús también aceptó la autoría mosaica de Éxodo. Él introdujo una cita de Éxodo 20:12 y 21:17 usando las palabras: “Moisés dijo” (Mr. 7:10) y una cita de Éxodo 3:6 con la oración: “¿no habéis leído en el libro de Moisés?” (Mr. 12:26).

Fecha. Los académicos bíblicos han sometido a debate tanto la fecha del éxodo, como la de la llegada de Jacob a Egipto, así como la de la escritura del libro de Éxodo.

1. *La fecha del éxodo.* Algunos intelectuales fechan ese acontecimiento en el s. XIII a.C. (ca. 1290, en el reinado de Ramesés II) mientras que otros lo fechan en el s. XV a.C. (1446, en el reinado de Amenhotep II).

La base para la fecha temprana viene tanto del registro bíblico, como de la evidencia arqueológica. En primer lugar, en 1 Reyes 6:1, el tiempo transcurrido entre el éxodo y el comienzo de la construcción del templo de Salomón (en el cuarto año de su reinado) fue de 480 años. Ya que el cuarto año del reinado de Salomón fue en 966 a.C., el éxodo ocurrió en 1446. También se dice que en el tiempo de Jefé (ca. 1100 a.C.), Israel ya había estado en la tierra durante trescientos años (Jue. 11:26). De aquí que, esos trescientos años, más los cuarenta de peregrinación en el desierto, y considerando que la conquista de la región de Hesbón les llevó algún tiempo, hace que el éxodo se feche a mediados del s. XV.

Segundo, la evidencia arqueológica proveniente de Egipto durante ese período, corresponde bien al relato bíblico del éxodo (vea Merrill F. Unger, *Archaeology and the Old Testament*, “La Arqueología y el Antiguo Testamento”. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1954, págs. 140–145; y Gleason L. Archer, Jr., *Reseña Crítica de una Introducción al A. T.*, Chicago: Moody Press. 1981, págs. 247–259). Por ejemplo, aunque Tutmosis IV sucedió a su padre Amenhotep II, Tutmosis no era el hijo mayor. (El Señor le quitó la vida al hijo mayor la noche de la primera pascua, Éx. 12:29). Amenhotep II (1450–1425 a.C.) reprimió a los insurgentes en la primera parte de su reino y a los semitas se les forzaba a hacer ladrillos (cf. 5:7–18). Varios faraones de la décima octava dinastía (ca. 1567–1379 a.C.) estuvieron involucrados en los proyectos de construcción al norte de Egipto. “Ya que la décima octava dinastía de faraones estuvo muy activa en las campañas palestinas, parecería razonable pensar que hubieran establecido guarniciones y ciudades de almacenamiento (cf. 1:11) en algún lugar de las regiones del Delta para facilitar el movimiento entre los lugares sirio-palestinos y Egipto” (John J. Davis, *Moses and the Gods of Egypt*, “Moisés y los dioses de Egipto”, pág. 27).

s. siglo

ca. cerca de

Tercero, los acontecimientos que ocurrieron en Palestina alrededor de 1400 a.C. corresponden a la conquista realizada bajo el gobierno de Josué. La evidencia arqueológica sugiere que Jericó, Hai y Hazor, fueron destruidas alrededor del año 1400. Un académico ha llegado a la siguiente conclusión: “Toda la evidencia reconocida de los artefactos palestinos encontrados, apoya el relato literario de que la conquista ocurrió específicamente en el tiempo fechado por los historiadores bíblicos” (Bruce K. Waltke, *Palestinian Artifactual Evidence Supporting the Early Date of The Exodus*, “Evidencia de Artefactos Palestinos que Apoya la Fecha Temprana del Éxodo”, *Bibliotheca Sacra* 129. Enero-Marzo, 1972:47).

Se pueden rebatir los argumentos que se aducen para dar una fecha más tardía al éxodo (ca. 1290). En primer lugar, los defensores de la fecha tardía hacen referencia a que los israelitas esclavos fueron obligados a construir las “ciudades de almacenaje” de Pitón y Ramesés (1:11) porque argumentan que la evidencia arqueológica sugiere que esas ciudades fueron edificadas durante el reinado de Ramesés II (ca. 1304–1236 a.C.), quien habría sido el faraón en el tiempo del éxodo. Sin embargo, esas dos ciudades fueron construidas por lo menos ochenta años antes del éxodo. (Moisés, quien tenía esos mismos años en el tiempo del éxodo, 7:7, no nació sino hasta después de los acontecimientos registrados en 1:11.) Esto haría que la construcción de Pitón y Ramesés quedara *antes* del reinado de Ramesés II.

Lo anterior significa que la ciudad de Ramesés no recibió su nombre del monarca. Entonces, ¿cómo se explica la referencia a Ramesés? Ramesés pudo haber sido un nombre común en el tiempo de los reyes hicsos de Egipto (1730–1570 a.C.). Ramesés significa “nacido de Ra [Re]”, el dios sol de los hicsos. También, el nombre de la ciudad se deletreaba originalmente Ramsés (Heb. *ra* ‘*amsēs*’; cf. BLA, VP), mientras que el nombre del faraón se deletreaba Ramesés o Ramesses (*Ra-mes-su*).

Segundo, los defensores de la fecha tardía para el éxodo argumentan que las condiciones en el área de Transjordania no coinciden con una fecha temprana para el éxodo. El arqueólogo Nelson Glueck no encontró evidencia de asentamientos en Edom, Moab y Amón desde 1900 hasta 1300 a.C. Por tanto, Moisés no pudo haber encontrado una fuerte oposición sino hasta después (en el s. XIII).

Dos respuestas pueden darse a este argumento. No era necesario que existieran poblaciones establecidas en ese tiempo; los edomitas, moabitas y amonitas simplemente pudieron haber tenido control militar de esos territorios a pesar de que eran seminómadas. Al comentar Números 20:14–17, Unger notó que “no hay nada en el pasaje que exija que existiera una vida desarrollada en Edom o que requiriera la construcción de grandes fortalezas” (*Archaeology and the Old Testament*, “Arqueología y el Antiguo Testamento”, pág. 151). Los métodos de Glueck han sido cuestionados por otros arqueólogos, y los hallazgos más recientes sugieren que sí había algunos asentamientos humanos en aquella región, particularmente en Tell Deir ‘Alla (H.J. Franken y W.J.A. Power, *Glueck’s Explorations in Eastern Palestine in the Light of Recent Evidence*, “Exploraciones de Glueck en la Palestina Oriental a la Luz de Evidencia Reciente” *Vetus Testamentum* 21.1971:119–23).

Tercero, los defensores de la fecha tardía para el éxodo arguyen que la evidencia arqueológica sugiere que hubo una destrucción generalizada en Palestina en el s. XIII, pero no en el s. XV. Sin embargo, con la excepción de Jericó, Hai y Hazor, las tácticas militares de Josué no incluían la destrucción de las ciudades que conquistó (cf. Jos. 11:13). Waltke observa: “otros eventos históricos podrían explicar estas etapas de destrucción; e.g., las invasiones a Palestina efectuadas por Merneptah de Egipto alrededor de 1230 a.C., o las invasiones de los pueblos del mar ca. 1200 a.C., o tal vez de los mismos israelitas en sus luchas continuas contra los cananeos durante el tiempo de los jueces” (“Evidencia de artefactos palestinos”, págs. 35–36).

2. *Fecha de la entrada de Jacob a Egipto.* Si la fecha del éxodo es 1446 a.C., entonces ciertas anotaciones bíblicas ayudan a establecer otras fechas importantes. Ya que la estancia en Egipto duró “cuatrocientos treinta años”, “en el mismo día” (Éx. 12:40–42) Jacob se mudó a Egipto en 1876. (V. “Cronología de los patriarcas”, en el Apéndice, pág. 317).

3. *Fecha de la escritura del libro de Éxodo.* El viaje de Egipto al desierto de Sinaí tomó exactamente tres meses (Éx. 19:1–2). Parecería lógico pensar que Moisés escribió el libro durante ese tiempo o poco después de acampar en Sinaí (1446 a.C.). Entonces, el libro cubre los sucesos desde poco antes del nacimiento de Moisés en 1526 (cap. 2), hasta los que acontecieron alrededor del monte Sinaí (1446).

Propósito y Temas. Los sucesos centrales del libro de Éxodo son la liberación milagrosa de Israel de la esclavitud egipcia, y el establecimiento de la nación teocrática bajo el liderazgo de Moisés por medio de una nueva “constitución”, el pacto mosaico (19:3–19). Unger anota: “el propósito del libro del Éxodo se centra en la gran experiencia de redención y en la constitución de la posteridad de Jacob como una nación teocrática en Sinaí. Dios, relacionado antes con los israelitas solamente por medio de su pacto con Abraham, y confirmado posteriormente a Isaac y a Jacob, ahora atrae al pueblo a sí mismo como nación por medio de la redención. Como nación escogida a través de la cual vendría el Redentor, Jehová también los puso bajo el pacto mosaico para morar entre ellos bajo la nube de gloria” (*Introductory Guide to the Old Testament*, “Guía Introductoria al A. T.”, Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1951, pág. 196).

Entonces, el libro de Éxodo es un puente que conecta el origen del pueblo que surge en virtud de la promesa de Dios hecha a Abraham (Gn. 12:2), con el comienzo del reino teocrático bajo Moisés. El pueblo de la promesa fue redimido milagrosamente de la esclavitud y puesto bajo el pacto mosaico, para que pudiera llegar a ser “un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éx. 19:6), y un canal de bendición para los gentiles (Gn. 12:3; cf. “luz de las naciones”, Is. 42:6). El libro de Éxodo enfatiza entonces, tanto la redención como la consagración.

Trasfondo histórico

1. *Historia de Egipto antes del éxodo.* El antiguo Egipto se extendía a lo largo de alrededor de 880 kms., desde Asuán (la antigua Siena), la primera catarata del Nilo, hacia el norte, hasta el mar Mediterráneo. Esa zona incluía tanto el estrecho valle del Nilo (desde Asuán hasta Menfis) como el delta, que es un amplio triángulo que abarcaba desde Menfis hasta el mar. El sur de Asuán era la antigua tierra de Cus. El nombre “Egipto” proviene del

gr. (*Aigyptos*), y del latín (*Aegyptus*), formas del antiguo Ha-ku-ptah, el nombre primitivo de Menfis, la ciudad capital que estaba al norte de Cairo. Cuando Menfis era la capital, los extranjeros la usaban para referirse a la nación completa. La población nativa se refería a ella como Ta-meri (“la tierra amada”) o Kemet (“el país negro”, nombre que se refiere al fértil suelo que se encuentra a lo largo del Nilo).

Los académicos dividen la historia antigua de Egipto en tres períodos: predinástico (ca. 3500–3100 a.C.), protodinástico (ca. 3100–2686 a.C.), y dinástico (2686–332 a.C.). En el período predinástico, la población agrícola que vivía en las orillas del Nilo gradualmente se fue haciendo más sedentaria. Las civilizaciones nacientes del Alto Egipto (al sur) y del Bajo Egipto (al norte) fueron unificadas por Narmer, primer faraón del Alto Egipto, marcando así el comienzo del período protodinástico. Este período incluye las dos primeras dinastías de Egipto.

El período dinástico de 2686 hasta la conquista de Egipto por Alejandro Magno en 332, abarcó 29 dinastías. Las dinastías 3–6 (ca. 2686–2181 a.C.) se caracterizaron por un rápido progreso en la cultura y la tecnología. En aquellos años, llamados período del Reino Antiguo, se construyeron las grandes pirámides, y los faraones reinaban desde Menfis por medio de un poderoso gobierno absolutista. El primer período intermedio (dinastía 7–11; 2181–1991) fue un tiempo de decadencia. Después vino el imperio Medio (dinastía 12; ca. 1991–1786), en el cual la nación amplió sus fronteras y estableció su capital en Tebas. Además, se restableció el gobierno centralizado bajo Amenemet I, fundador de la floreciente dinastía 12.

La dinastía 12 fue el siglo de oro en el arte y las artesanías de Egipto, porque en ella se restauró la gran prosperidad de la nación. En esa época de riqueza fue cuando José emergió como primer ministro de Egipto, y Jacob y sus hijos se fueron a vivir allí (1876 a.C., Gn. 46:6).

Después vino el segundo período intermedio (ca. 1786–1567), que comprende las dinastías 13–17. Pero durante las dinastías 13 y 14, Egipto declinó. En las dinastías 15 y 16 fue subyugado y gobernado por los hicsos, pueblo de descendencia mixta semítica y asiática. Debido a su tecnología militar superior, los hicsos—que usaban carros de hierro y arcos asiáticos—dominaron la tierra por un siglo y medio, gobernando desde su sede en Avaris, en el delta del Nilo. Los hicsos fueron desplazados gradualmente alrededor de 1600 a.C., cuando se rebeló Sequenenre II, príncipe de Tebas. La historia de los descendientes de Jacob durante el período hicsos es oscura (cf. Unger, *Arqueología y el A.T.*, págs. 130–135).

Bajo Ahmosis I de Tebas comenzó el período del nuevo imperio (ca. 1567–1220; dinastías 18–19), resultando en uno de los períodos más brillantes de la historia egipcia. En ese tiempo, Egipto emergió como una potencia internacional y extendió su influencia hasta más allá del río Éufrates. Los eventos del libro de Éxodo acontecieron durante la dinastía 18. Este fue un tiempo en que una nueva era de nacionalismo egipcio sustituyó a la vieja tolerancia de los hicsos hacia los extranjeros. Los egipcios iniciaron el establecimiento de un imperio como medio de defensa, empujando sus fronteras hacia Palestina. Aparentemente, los faraones no deseaban erradicar a la población semítica que ya se había establecido en Egipto; más bien, la usaron como fuerza de trabajo esclava para construir proyectos de defensa y los palacios reales.

2. *Historia de Egipto cerca del tiempo del éxodo.* Amenhotep I reinó en el recién centralizado gobierno, desde 1546 hasta 1526 (gobierno que de hecho fue iniciado por su padre Ahmosis I) y fue sucedido por Tutmosis I (quien reinó ca. 1526–1512). Moisés nació (ca. 1526) durante su reinado (o al final del reinado de Amenhotep I). La famosa hija del

rey, Hatshepsut, pudo haber sido la princesa real que descubrió a Moisés en el Nilo. Cuando Tutmosis II (1512–1504) murió, Tutmosis III era aún muy joven. De manera que su madrastra, Hatshepsut, intentó hacerse gobernante a partir de 1503. (Tutmosis III se consideró rey de 1504 a 1482 a pesar de que Hatshepsut “co-gobernó” con él hasta 1482).

Durante el brillante reinado de Hatshepsut, Egipto experimentó gran prosperidad. Moisés pasó su juventud en la corte real durante ese tiempo. Después de la muerte de Hatshepsut en 1482, Tutmosis III fue rey único hasta 1450. Tutmosis III liquidó a toda la corte real e intentó borrar el nombre de Hatshepsut de los monumentos que había en el país. En ese tiempo, quizá Moisés encontró que la corte de Egipto era inhóspita y huyó a Madián. Tutmosis III llegó a ser un poderoso constructor del reino, extendiendo su dominio hasta abarcar Siria.

Tutmosis III fue sucedido por Amenhotep II (1450–1425), el faraón del éxodo (1446). A diferencia de su padre guerrero, Amenhotep II aparentemente sufrió reveses militares debido a su incapacidad de realizar campañas extensas. Probablemente sus esfuerzos en la guerra eran débiles debido a la pérdida de todos, o la mayor parte de sus carros en las aguas del mar de los Juncos. La así llamada “estela del sueño” de Tutmosis IV registra que el dios Harem-akht dijo al joven príncipe en un sueño que algún día él sería rey. Si Tutmosis IV hubiera sido el hijo mayor, la prueba de su derecho al trono hubiera sido innecesaria. Por tanto, es lógico suponer que era un hijo menor, no el hijo mayor de Amenhotep II. Esto concuerda con la declaración de Éxodo 12:29 que dice que el hijo mayor del faraón murió en la noche de la primera pascua de Israel.

De manera que Tutmosis III fue el faraón de la opresión y Amenhotep II el del éxodo. La historia egipcia, después del período del nuevo imperio y hasta el imperio griego, incluye: el nuevo imperio tardío (dinastía 20, ca. 1200–1085), el tercer período intermedio (1085–663 a.C.; dinastías 21–25) y el período tardío (663–332 a.C.; dinastías 26–31).

3. *La ubicación del éxodo.* La ruta que Israel siguió desde su salida de Egipto ha ocasionado grandes debates. Algo que ha complicado el asunto, ha sido la trad. inexacta del término hebr. *yām sūp* como mar Rojo en lugar de mar de los Juncos o de los Carrizos (de papiro). Esa región se localiza en algún lugar entre el golfo de Suez y el mar Mediterráneo, a lo largo de la línea del actual canal de Suez, donde hay muchos pantanos y lagos.

Existen dos puntos de vista en cuanto a la posible ubicación del paso del éxodo. El “punto de vista del norte” lo ubica en una laguna que colinda con el mar Mediterráneo, y el “punto de vista del sur” (o “central”) ubica el paso al sur de Sucot, cerca del lago Balah o lago Timsah. Dios condujo a los israelitas fuera de la bien transitada y fortificada ruta comercial que se dirigía hacia el norte (“el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca”, 13:17), hacia el desierto, para evitar el contacto con la milicia egipcia. El punto de vista del norte supone que el monte Sinaí está en los alrededores de Cades-barnea. Sin embargo, la evidencia favorece la ubicación del Sinaí en la parte sur de la península del mismo nombre.

Los israelitas partieron de Ramesés y viajaron hacia Sucot, a unos 50 kms. al sureste (Éx. 12:37; Nm. 33:5). Cerca de Sucot, los israelitas fueron librados milagrosamente del ejército de carros de Amenhotep II. También en apoyo al “punto de vista del sur” está el hecho de que el desierto de Shur (Éx. 15:22), a donde Israel se dirigió después de cruzar el

mar de los Juncos, está directamente al oriente de Sucot. Otro factor es que los lagos Balah y Timsah pueden ser afectados por fuertes vientos del este de la manera que se describe en 14:21. (V. “Posible Ruta del Éxodo”, en el Apéndice, pág. 337).

BOSQUEJO

- I. Liberación del pueblo de Dios de Egipto (caps. 1–18)
 - A. Opresión de Israel en Egipto (cap. 1)
 - 1. El escenario: Israel en Egipto (1:1–7)
 - 2. La opresión: Israel bajo el yugo de los faraones (1:8–22)
 - B. El libertador de Israel de la esclavitud en Egipto (caps. 2–4)
 - 1. Nacimiento y protección de Moisés en Egipto (2:1–10)
 - 2. Escape de Moisés a Madián (2:11–4:17)
 - 3. Moisés regresa a Egipto (4:18–31)
 - C. Lucha de Moisés con el faraón en Egipto (5:1–12:36)
 - 1. Confrontaciones de Moisés con el faraón (5:1–7:13)
 - 2. Los diez juicios de Dios contra Egipto (7:14–12:36)
 - D. Liberación de Israel de Egipto (12:37–18:27)
 - 1. Salida de Egipto hacia el mar (12:37–13:22)
 - 2. El cruce del mar Rojo (de los Juncos) (cap. 14)
 - 3. Alabanzas de Moisés y María por la liberación (15:1–21)
 - 4. El viaje hacia el monte Sinaí (15:22–18:27)
- II. Revelación al pueblo de Dios en Sinaí (caps. 19–40)
 - A. Pacto de Dios con su pueblo (caps. 19–31)
 - 1. Escenario de la revelación de la ley (cap. 19)
 - 2. El Decálogo (20:1–21)
 - 3. El libro del pacto (20:22–24:11)
 - 4. Leyes ceremoniales (24:12–31:18)
 - B. Pecado y restauración del pueblo de Dios (caps. 32–34)
 - 1. El pacto es quebrantado por Israel (32:1–33:6)
 - 2. El pacto es renovado por Dios (33:7–34:35)
 - C. Construcción del tabernáculo (caps. 35–40)
 - 1. Preparativos para la construcción (35:1–36:7)
 - 2. Construcción del tabernáculo (36:8–39:31)
 - 3. Terminación del tabernáculo (39:32–43)
 - 4. Reunión en el tabernáculo (40:1–33)
 - 5. La morada de Dios con su pueblo (40:34–38)

COMENTARIO

El libro de Éxodo se divide en dos secciones. La primera (caps. 1–18) trata de la aflicción y liberación de los descendientes de Jacob de las políticas esclavizantes de Tutmosis III y Amenhotep II; la segunda (caps. 19–40), habla de la adoración de la nación redimida. La primera describe la poderosa liberación de Dios; la segunda, la preparación del pueblo para adorar en sumisión reverente.

I. Liberación del pueblo de Dios de Egipto (caps. 1–18).

Moisés describió la aflicción de Israel en Egipto, el surgimiento de un libertador (él mismo), y la lucha contra el obstinado corazón de faraón, la cual resultó en una liberación milagrosa de la nación de Israel a través del mar de los Juncos hasta su seguro arribo al monte Sinaí.

A. *Opresión de Israel en Egipto (cap. 1)*

1. EL ESCENARIO: ISRAEL EN EGIPTO (1:1–7)

1:1–5. Estos vv. proveen un eslabón que conecta el período patriarcal que se describe en los últimos caps. de Génesis con los eventos de Éxodo. Dios protegió providencialmente a los hijos de **Jacob** (también llamado **Israel**) y multiplicó a su **familia** desde ser un pequeño grupo hasta llegar a ser una población numerosa que vivía en Egipto.

Los seis hijos de Lea están listados por orden de nacimiento; desde **Rubén** hasta **Zabulón** (Gn. 35:23). Después se menciona a **Benjamín**, el hijo de Raquel, la segunda esposa de Jacob. Pero su primer hijo, **José**, no se incluye en la lista porque ya **estaba en Egipto**. **Dan** y **Neftalí** fueron hijos de Bilha, la sierva de Raquel (Gn. 35:25), y **Gad** y **Aser** fueron hijos de Zilpa, la sierva de Lea. Los varones **que entraron en Egipto con Jacob** fueron setenta (cf. Gn. 46:27; Dt. 10:22; cf. el comentario de Hch. 7:14, donde se dice que eran setenta y cinco).

1:6–7. Los descendientes de Jacob aumentaron: **Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo** (cf. Hch. 7:17). Varias generaciones separaban a Leví de Moisés (cf. el comentario de Nm. 26:58–59), de manera que el tiempo transcurrido desde la muerte de José (Gn. 50:26) hasta el crecimiento de la nación como se describe en Éxodo 1:7 fue probablemente de un poco más de cien años. El número de varones adultos que hubo durante el éxodo ascendía a 600,000, sin contar a las mujeres y niños (12:37), así que la población total de los israelitas en ese tiempo pudo haber llegado a los dos millones. No es de sorprender entonces que **se llenó de ellos la tierra** (i.e., Gosén, Gn. 45:10, en el sureste del delta). De acuerdo con la promesa hecha por Dios a Abraham (Gn. 12:1–3), había surgido una gran nación. Pero aún les faltaba recibir una tierra (Gn. 15:18–21) y su “constitución” (la ley mosaica).

2. LA OPRESIÓN: ISRAEL BAJO EL YUGO DE LOS FARAONES (1:8–22)

Moisés describió dos formas de opresión que había en el reinado de los faraones de Egipto durante la dinastía 18: trabajo de esclavos (vv. 8–14) y exterminación de niños (vv. 15–22). Dios usó esas prácticas del faraón para mover a su pueblo a anhelar la liberación de Egipto.

a. *Imposición de la esclavitud (1:8–14)*

Aquí se declara la lógica del nuevo rey (vv. 8–10), y también la política que resultó de su razonamiento (vv. 11–14).

1:8–10. El **nuevo rey ... no conocía a José**. La identidad de ese faraón es incierta, pero posiblemente se trata de Ahmosis I, fundador de la dinastía 18, o más probablemente, de Amenhotep I (1545–1526), o Tutmosis I (1526–1512; ver “Trasfondo Histórico” en la *Introducción*). Si “no conocía a José”, quiere decir que “no apreciaba el carácter y logros de

José”. Esto sugiere que el nuevo monarca vino después de la opresión de los hicsos. En la ola de nacionalismo que se generalizó en Egipto (que incluía el odio hacia los hicsos) todos los semitas, incluyendo los hicsos y los israelitas, eran tratados con recelo. Ese faraón expresó dos razones para la preocupación que sentía: el alarmante incremento numérico del **pueblo de los hijos de Israel** y el temor de que se aliaran con sus **enemigos** en tiempo de **guerra**. Las palabras **seamos sabios** implican una política que controlaría su crecimiento y explotaría su fuerza de trabajo.

1:11–14. Así que se estableció a través del área del delta una **dura servidumbre** para los hebreos. Fueron obligados a construir las **ciudades reales de almacenaje de Pitón y Ramesés**. Los egipcios los **oprimían** (*‘ānâh*). Esta es la misma palabra que Dios usó en Génesis 15:13 (donde se traduce “maltratar”) al predecir la esclavitud egipcia. La esclavitud en Egipto se compara con estar en un “horno de hierro” (Dt. 4:20). A pesar del trato inhumano que los egipcios daban a **los hijos de Israel**, Dios los prosperó numéricamente. Esto causó una gran consternación entre **los egipcios**, por lo que incrementaron la carga de trabajo a los israelitas.

b. Exterminación de los niños (1:15–22)

1:15–16. La esclavitud fue efectiva, pero sólo de manera parcial, así que faraón decidió implementar una política más agresiva, llamada infanticidio. No debemos pensar que los israelitas tenían sólo dos **parteras** (lit., “aquellas que ayudan a dar a luz”). Más bien, debido al enorme número de israelitas, esas dos mujeres eran las administradoras de la organización de parteras. Las instrucciones del rey fueron explícitas: los varones recién nacidos debían morir y a las mujeres debían preservarles la vida. La frase **y veáis el sexo** se traduce más acertadamente en la RVR09: “y miraréis los asientos” (cf. BLA, BJ). Esto se refiere a la costumbre de que al dar a luz, las mujeres se sentaban sobre dos piedras.

1:17–19. Sin embargo, las **parteras temieron a Dios** (cf. v. 21) más que a las leyes del hombre, y aunque éste fuera un monarca (cf. Hch. 5:29) **no hicieron como les mandó**. Así que fueron llamadas (Sifra y Fúa, Éx. 1:15) para dar cuentas de su mala conducta. Las **parteras respondieron que las mujeres hebreas** daban a luz tan rápidamente, que **antes de que la partera** pudiera llegar, los niños ya habían nacido. Pero aparentemente, eso implica que los padres escondían a los varones para que Sifra y Fúa no pudieran matarlos, pero esto parece ilógico; más bien es posible que las parteras simplemente hayan respondido con lentitud al llamado de las mujeres. Es evidente que el faraón no las castigó por su incapacidad de hacer cumplir su decreto.

1:20–21. **Dios** bendijo a los israelitas en general con un aumento en la fertilidad (cf. v. 7), y extendió su misericordia en particular sobre Sifra y Fúa. El propósito de Dios al engrandecer a su pueblo parece haber sido provocar el enojo y el temor de los egipcios para que oprimieran más severamente a los israelitas, y que éstos a su vez, desearan su liberación. De manera que la bendición inmediata provocó una acción negativa, que después se traduciría en una mayor bendición futura.

lit. literalmente

RVR09 Reina-Valera Revisión 1909

BJ Biblia de Jerusalén

1:22. Entonces, **Faraón** ideó una política abierta y más agresiva para frenar el crecimiento numérico de los israelitas. Habiendo fallado en su intento secreto de limitar el aumento de gente a través de las parteras, el faraón **mandó a todo su pueblo** que hiciera cumplir su decreto. De esta manera, se agravó la opresión de Israel. Sin embargo, mientras el pueblo de Dios sufría bajo ese yugo, el Señor preparaba a un libertador.

B. El libertador de Israel de la esclavitud en Egipto (caps. 2–4).

1. NACIMIENTO Y PROTECCIÓN DE MOISÉS EN EGIPTO (2:1–10).

2:1–2. La noticia del nacimiento de Moisés se comenta brevemente. Es obvio que el decreto del faraón (1:16, 22) ponía en riesgo la vida de Moisés. Los nombres de los padres de Moisés no se dan aquí, pero en 6:20 vemos que su padre fue Amram y su madre fue Jocabed, tía de Amram. Esa pareja levita tenía otros dos hijos: María (15:20) y Aarón (6:20). Éste último era tres años mayor que Moisés (7:7). Suponiendo que el éxodo ocurrió en 1446 y que Moisés tenía 80 años para entonces (7:7), por consiguiente nació en 1526 a.C., al principio del reinado de Tutmosis I (1526–1512) o al final del reinado de Amenhotep I (1545–1526). Los padres de Moisés desafiaron el decreto del faraón y escondieron a su hijo (cf. Hch. 7:17–20). El infante recibió su nombre no de sus padres, sino de una princesa egipcia (Éx. 2:10).

El **hijo** era **hermoso** (v. 2), i.e., bello y saludable. Esteban dijo que Moisés “no era un niño ordinario” (Hch. 7:20); el escritor de Hebreos también expresó algo similar (He. 11:23). Actuando por fe en la capacidad de Dios de resolver su problema, los padres de Moisés lo tuvieron escondido, sin temer el edicto del rey. Pero después de **tres meses**, ya no era seguro tenerlo en casa.

2:3–4. La madre de Moisés, Jocabed, decidió esconder al niño en **una arquilla de juncos** en **un carrizal** que se encontraba a la orilla del río Nilo. Para ello, tejió algunos tallos de los juncos y formó una estructura parecida a una caja, y después **la calafateó** por fuera **con asfalto y brea** (cf. “brea” en el arca de Noé, Gn. 6:14) antes de colocarla en la orilla. ¡Irónicamente, Jocabed, al poner a su hijo en el Nilo, estaba obedeciendo en cierto sentido al edicto del faraón de “echar” a los varones recién nacidos al río! (Éx. 1:22)

Jocabed dejó a la **hermana** del niño, María, para que lo cuidara y lo vigilara desde **lejos**. ¿Era éste un plan preconcebido por Jocabed, esperando que alguien encontrara y protegiera a su hijo? Quizá las instrucciones de la madre para que María viera **lo que le acontecería** y la pregunta de María a la hija del faraón (2:7), sugieren que sí fue planeado así por la madre.

2:5–9. La providencia de Dios es clara y evidente por el cuidado que recibió el pequeño, ya que milagrosamente, fue devuelto a sus padres. ¿Quién era la **hija de Faraón**? Si el monarca de ese tiempo era Tutmosis I, ella pudo haber sido su hija Hatshepsut. Quizá la **arquilla**-barco no estaba totalmente escondida, porque la princesa la vio (aunque su curiosidad pudo haberse despertado al escuchar el llanto del niño).

Cuando la hija del faraón **abrió** la caja, el llanto del infante evocó su compasión (**teniendo compasión de él**). En ese preciso momento, María ofreció buscar una **nodriza de las hebreas**. En un vívido despliegue del control que Dios tiene sobre los acontecimientos, la **madre** de Moisés fue reunida con su hijo—estaba legalmente permitido que permaneciera en su hogar a pesar del edicto del faraón (1:22)—y más aún, ¡fue remunerada por sus servicios! (2:9) Es interesante que varias mujeres estuvieron

involucradas en los sucesos que rodearon al nacimiento de Moisés: el temor a Dios de las parteras y su desobediencia a las órdenes de faraón; la valentía de la madre de Moisés; la compasión de la princesa egipcia, la misma hija del faraón; y la disposición de la misma hermana de Moisés. Todas las mujeres que se mencionan en los vv. 1–10 son anónimas.

2:10. Después de sus primeros años, Moisés fue traído **a la hija de Faraón** para que fuera un miembro más de la familia real (cf. Hch. 7:21–22). Entonces, la princesa lo adoptó y **le puso ... nombre**, y lo crió como a su hijo. Así, él “fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios” y se convirtió en un orador poderoso (Hch. 7:22). Sin embargo, posteriormente rechazó la herencia egipcia y “rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón” (He. 11:24–25).

Algunos dicen que el nombre **Moisés** (*mōšeh*) era una palabra hebr. y que los egipcios entendían el hebreo. Otros dicen que era un nombre egipcio, como “Mosis”, parecido a Tutmosis o Ahmosis. Cassuto (*A Commentary on the Book of Exodus*, “Comentario Acerca del libro de Éxodo”, págs. 20–21), sugiere que el término es egipcio y significa “hijo” o “es nacido” y que el sonido “*mōšeh*” hacía un juego de palabras con el sonido hebr. *māšâh* “sacar de” (**porque de las aguas lo saqué**).

Una vez más, los esfuerzos del faraón por terminar con la población masculina hebrea se vieron frustrados. El niño se salvó en el cesto de juncos cuando flotaba sin esperanza en el cauce del Nilo y por un cariño instantáneo, que irónicamente, provino de la propia hija del faraón. En su soberanía, ¡Dios protegió al niño del decreto de faraón y aun lo hizo miembro de la familia real!

2. ESCAPE DE MOISÉS A MADIÁN (2:11–4:17)

a. *Motivo del escape de Moisés (2:11–14)*

2:11–14. Los sucesos descritos en estos vv. ocurrieron cuarenta años después del nacimiento de Moisés (cf. Hch. 7:23); ca. 1485 a.C., durante el reinado de Hatshepsut (V. “Trasfondo Histórico en la *Introducción*). Para entonces, Moisés ya había cursado sus estudios superiores (Hch. 7:22) y probablemente hablaba con fluidez tanto el egipcio como el hebreo.

Moisés protegió a uno de los israelitas oprimidos matando a **un egipcio** y escondiendo su cuerpo **en la arena**. Moisés creyó que al proteger a su hermano israelita, su pueblo se daría cuenta que él era su libertador (Hch. 7:25). Pensó que **nadie** lo había visto, pero aparentemente el israelita a quien Moisés había protegido fue y contó lo que había sucedido. **Al día siguiente**, Moisés intervino cuando vio que dos **hebreos ... reñían**, y uno de ellos acusó a Moisés diciendo que él había matado al egipcio (Hch. 7:24–28). **Entonces Moisés tuvo miedo**, al ver que ya se había corrido la voz de su crimen y que seguramente llegaría a oídos del faraón.

b. *El lugar a donde escapó Moisés (2:15a)*

2:15a. Cuando **Faraón** escuchó **acerca de este hecho**, se enojó y **procuró matar a Moisés**. Quizá Tutmosis III fue el faraón que estaba reinando con Hatshepsut. **Moisés huyó** hacia el oriente y vivió entre los madianitas nómadas. El fundador de ese grupo fue **Madián**, hijo de Cetura, esposa de Abraham, quien los envió a la “tierra oriental” (Gn. 25:1–6). Los madianitas vivieron al sureste de Sinaí y en el noroeste de Arabia a ambos lados del golfo de Aqaba. Esa tierra desértica era muy diferente a la de Gosén en Egipto.

c. *Casamiento de Moisés (2:15b–22)*

2:15b–22. Un día, mientras Moisés estaba **sentado junto al pozo** en Madián, conoció a las **siete hijas** de Reuel (en otras partes llamado Jetro, 3:1; 18:1), **sacerdote de Madián**. La acción benévola de Moisés de proteger a las hijas mientras ellas sacaban **agua**, fue el tercer incidente en el que trató de librar a otros de algún daño (cf. 2:12–13). Esos incidentes anticipan su futuro desempeño como libertador de su nación. Su heroísmo provocó que el **padre** de las muchachas invitara a Moisés (a quien llamaban un **varón egipcio**, tal vez por la forma en la que vestía) a comer con su familia. Más adelante, Moisés se casó con **Séfora** (que significa “pájaro pequeño”), una de las hijas de Reuel, y tuvieron un hijo al cual llamaron **Gersón**, que significa “expulsión” o “residente extranjero allí”. Probablemente está relacionado con el vb. hebr. *gāraš*, “sacar o desterrar” (cf. 6:1). Ese fue el hijo del destierro de Moisés, i.e., nació mientras Moisés vivió como **forastero ... en tierra ajena**.

Durante los siguientes cuarenta años (Hch. 7:30), Moisés se dedicó a la dura tarea de pastorear en la región de Sinaí. Así obtuvo un valioso conocimiento acerca de la topografía de la península del Sinaí, que posteriormente le serviría para dirigir a los israelitas a través de esa tierra.

d. *Llamamiento de Moisés (2:23–4:17)*

(1) Causa del llamamiento de Moisés. **2:23–25.** El **rey** que murió (v. 23) probablemente fue Tutmosis III, el faraón de la opresión (1504–1450 a.C) que fue sucedido por Amenhotep II (1450–1425 a.C.). Durante los cuarenta años que pasó Moisés en Madián, los israelitas siguieron siendo esclavos de los egipcios (1:11). Al escuchar su angustia, **Dios ... se acordó de su pacto con Abraham** (Gn. 12:1–3; 15:18–21; 17:3–8), **Isaac** (Gn. 17:21), y **Jacob** (Gn. 35:10–12). **Dios**, en su compasión, **oyó** la aflicción de los israelitas. Él los **miró** (cf. Éx. 3:7, 9), se preocupó por ellos y decidió intervenir. Éxodo 2:24–25 actúa como transición en el relato. Los temas dominantes de 1:1–2:23 son la opresión, la esclavitud y la muerte. Ahora el énfasis estará en la liberación y el triunfo. Dios, en su poder soberano, estaba listo para actuar de acuerdo con su promesa de librar y preservar a su pueblo.

(2) Llamamiento de Moisés (3:1–4:17). Estos vv. , que registran el llamamiento de Dios a Moisés en el monte Horeb, se pueden dividir en cinco partes: circunstancias (3:1–3), confrontación (3:4–10), consternación (3:11–15), instrucciones (3:16–22) y quejas (4:1–17).

3:1–3. Este pasaje presenta las *circunstancias* del llamamiento de Dios a Moisés. Después de 40 años de entrenamiento en la corte del faraón, **Moisés** se acercaba al final de otros 40 años de su vida como pastor. **Apacentando** el rebaño de su **suegro** en busca de pastos, Moisés **llegó hasta** el monte **Horeb** (otro de los nombres dados al monte Sinaí; cf. 19:10–11 con Dt. 4:10). Es incierto por qué aquí a su suegro se le llama **Jetro** en lugar de Reuel (cf. Éx. 2:16, 18). Quizá pensó que el matrimonio de su hija con Moisés, por ser un egipcio que había sido educado en la familia real, le daría a él (Reuel) cierto prestigio. Por eso, cambió su nombre a Jetro, que significa abundancia o superioridad. La referencia que hace Moisés al monte Horeb llamándolo **monte de Dios**, probablemente refleja la gran estimación que tenía por esa montaña, en especial después de los acontecimientos que ocurrieron allí.

Es interesante que la comunicación de Dios con Moisés aquí (3:1–3) haya sido en el mismo lugar donde Dios después le dio la ley (19:20; 24:13–18; cf. 3:12). En esa instancia, la curiosidad de Moisés se despertó al ver **una zarza** que estaba en llamas pero que **no se**

consumía. El **Ángel de Jehová** (v. 2) es el Señor (cf. el comentario de Gn. 16:9). El **fuego** era símbolo de la presencia de Dios. Esto se confirmó posteriormente cuando el Señor descendió sobre el monte Sinaí (Éx. 19:18).

3:4–10. En esa *confrontación* con **Moisés**, el Señor lo comisionó para que liberara a su **pueblo** de la opresión de **Egipto** (v. 10). Consciente de que era **Dios** quien lo estaba llamando, **Moisés** respondió: **Heme aquí**. La misma respuesta recibió Dios de Abraham (Gn. 22:11), Jacob (Gn. 46:2), y Samuel (1 S. 3:4). Dios le dijo a **Moisés** que se quitara el **calzado** (cf. Jos. 5:15) como muestra de adoración. La **tierra** era **santa**, no por su naturaleza, sino por la presencia de Dios en ella. Cuando el Señor se identificó como el Dios de sus ancestros (**Abraham ... Isaac ... y ... Jacob**; cf. Éx. 3:15–16; 4:5) **Moisés cubrió su rostro**, temeroso de **mirar a Dios** (cf. el comentario de 33:11, 20; Jn. 1:18).

Dios le dijo a Moisés que estaba enterado de la aflicción de su **pueblo** (Éx. 3:7, 9; cf. 2:24) y que había planeado **librarlos** de Egipto. Su preocupación se manifiesta en las palabras **he descendido** (3:8), expresión idiomática que describe la intervención divina. Dios (a) los libraría de Egipto y (b) los llevaría a **una tierra buena y ancha** en contraste con el desierto de Madián.

La frase **tierra que fluye leche** significa que Canaán era ideal para criar cabras y vacas. Comiendo buenos pastos, las cabras, ovejas y vacas estarían llenas de leche. Que fluye **miel** significa que las abejas estarían ocupadas haciendo miel. La leche y la miel sugerían prosperidad en la agricultura. Esta es la primera de las numerosas referencias que en el A.T. se hacen a la “tierra que fluye leche y miel” (cf. v. 17; 33:3; Lv. 20:24; Nm. 13:27; 14:8; 16:13–14; Dt. 6:3; 11:9; 26:9, 15; 27:3; 31:20; Jos. 5:6; Jer. 11:5; 32:22; Ez. 20:6, 15).

En aquel entonces, esa tierra estaba ocupada por el **cananeo, heteo, amorreo, ferezeo, heveo y jebuseo** (cf. Éx. 3:17; 13:5; 23:23; 33:2; 34:11).

En Génesis 10:15–18 se enlistan todos esos pueblos, excepto los ferezeos, así como otros grupos que descendían de Canaán, hijo de Cam y nieto de Noé. En el pacto abrahámico (Gn. 15:18–21), Dios mencionó cinco de los seis grupos de Éxodo 3:8, junto con otros cinco (cf. siete en Dt. 7:1).

El término “cananeos” es el más general. Los heteos eran probablemente grupos de gente que migraron del norte. Los amorreos eran los mismos que los amurru del norte de Mesopotamia (cf. el comentario de Gn. 14:13–16). Los ferezeos quizá eran moradores de aldeas o nómadas. Los heveos posiblemente vivían al norte de Palestina y más allá (Jos. 11:3; Jue. 3:3). Los jebuseos vivieron en las montañas (Nm. 13:29) de y alrededor de Jebús, que después fue conocido como Jerusalén (Jos. 15:8).

Dios le dijo a Moisés la forma en que él traería liberación a su pueblo. Usaría a Moisés, que no dependería de su propia fuerza (Hch. 7:25), sino del poder divino. Dios dijo, **ven ... ahora, y te enviaré**. Es interesante que aunque Dios había prometido dos cosas a su pueblo (liberación de Egipto y entrada a una nueva tierra), él comisionó a Moisés para que efectuara sólo la primera. Dios ya sabía que Moisés no entraría en la tierra prometida (Dt. 32:48–52).

3:11–15. Es evidente por su *consternación*, que **Moisés** se quedó sorprendido por las palabras de Dios (vv. 7–10). El mandamiento era difícil de creer. Inmediatamente después, Moisés puso objeciones al mandato de Dios, dando como excusa su falta de capacidad (v. 11) y de autoridad (v. 13). Moisés dudaba de su habilidad para confrontar al nuevo **Faraón** (Amenhotep II) con éxito así como de sacar de Egipto a la nación. **Dios** respondió a su objeción con dos promesas: le dio la certeza de su presencia personal (**yo estaré**, v. 12; cf.

el comentario del v. 14, **contigo**) y la promesa de que Moisés regresaría al monte Horeb (**serviréis** [pl., refiriéndose a Moisés y al pueblo] **a Dios sobre este monte**).

El propósito de la liberación era que Israel pudiera “servir a Dios”, i.e. adorar a Dios. Con frecuencia se cita este propósito en Éxodo (4:23; 7:16; 8:1, 20; 9:1, 13; 10:3, 7–8, 11, 24, 26; 12:31). La palabra hebr. que se trad. “adoración” es la misma que se usa para “ser esclavo” (*‘ābad*). Israel había sido esclavo (*‘ābōdīm*) de Egipto (6:6), y estaba en esclavitud (*‘ābōdāh*, 2:23) en ese país (“la tierra de esclavitud”, lit., “la casa de esclavos”, *bēt ‘ābādīm*, 13:3, 14; 20:2). Habiendo sido esclavos de los egipcios, ahora Israel debía servir a Dios, adorándole como súbdito.

En su segunda objeción, Moisés expresó que los israelitas dudarían de él cuando les dijera que Dios lo había **enviado** para libertarlos. Pero el Señor mandó a Moisés a que les dijera: **YO SOY EL QUE SOY** (*’ehyeh ’āšer ’ehyeh*, 3:14; cf. “Yo seré”, *’ehyeh*, v. 12) y **YO SOY** (*’ehyeh* me envió a vosotros [v. 14]). Ese “Yo”, dijo que estaría con su pueblo en tiempo de dificultad y necesidad. *’Ehyeh* es probablemente un juego de palabras relacionado con la palabra Yahweh (**Dios**) del v. 15. Así que el nombre Yahweh (Jehová), relacionado con el verbo “ser”, probablemente habla de la autoexistencia de Dios, pero significa más que eso. Generalmente, habla de su relación con su pueblo. Por ejemplo, como Jehová, él los redimió (6:6), les fue fiel (34:5–7), e hizo un pacto con ellos (Gn. 15:18).

La palabra **además** (Éx. 3:15) señala otra respuesta a la segunda objeción de Moisés (la primera respuesta está en el v. 14). El Dios siempre presente había demostrado su carácter en el pasado a sus **padres** (patriarcas; cf. vv. 6, 16; 4:5), y esa disposición de cuidar tiernamente de su pueblo es un atributo inherente de la divinidad. A él se le debe recordar con ese nombre **por todos los siglos**. Tal vez Moisés conocía a Dios como un soberano distante, pero no como el Dios inmanente que ama y cuida a sus escogidos. Ambas objeciones de Moisés (3:11, 13) fueron respondidas con lecciones tomadas del carácter y naturaleza de Dios (vv. 12, 14–15).

3:16–22. Después de percatarse de la naturaleza de su misión (vv. 7–10) y de la de Dios (vv. 11–15), Moisés recibió *instrucciones* detalladas acerca de cómo ejecutaría su tarea. Las instrucciones tienen que ver con los ancianos (vv. 16–17), el rey (vv. 18–20), y los israelitas (vv. 21–22). Dios dijo a Moisés que primero fuera a los **ancianos** (líderes y consejeros) **de Israel** y les relatara la teofanía, i.e., la aparición de **Dios** en la zarza, de su mensaje de preocupación (**he visto lo que se os hace**; cf. 2:24; 3:7) y de su plan para librarlos **de la aflicción de Egipto** y llevarlos a **la tierra** de Canaán (cf. v. 8 y su comentario). Moisés debía presentarse ante Amenhotep II junto con **los ancianos**. Más tarde, Moisés usó la frase **el Dios de los hebreos** cuando habló al faraón. Ese es un término que la gente politeísta podría entender (cf. 5:3; 7:16; 9:1, 13; 10:3).

Moisés y los ancianos simplemente tenían que pedir permiso para salir de **Egipto** para realizar un viaje corto (**camino de tres días**) con fines religiosos. Deliberadamente no le mencionó nada en cuanto al regreso.

Dios dijo a Moisés (3:19–20) que el faraón **no** aceptaría su petición sin que antes hubiera una intervención divina. (La **mano fuerte** de Dios, sugiriendo su firmeza y fuerza en acción, también se menciona en 6:1 [dos veces]; 13:14, 16; 32:11; Dt. 4:34; 5:15; 6:21; 7:8, 19; 9:26; 11:2; 26:8). Dios haría **maravillas** (las diez plagas) para persuadir al faraón de que los dejara **ir**.

Las plagas de Egipto traerían como resultado que los **egipcios** mostraran **gracia** hacia las mujeres y hombres israelitas (mencionados en 11:2) y les dieran **plata ... oro, y vestidos** (cf. Gn. 15:14b; Éx. 12:35–36). El pueblo de Dios **no** saldría **con las manos vacías**. Posiblemente ésta sería una compensación parcial por los cuatrocientos años de esclavitud. Más adelante, el oro y la plata se usarían para construir el tabernáculo (35:5, 22).

4:1–17. Una vez más (cf. 3:11–15), **Moisés** respondió con *quejas* acerca de su tarea, aduciendo que personalmente se sentía incapaz de llevarla a cabo. Las instrucciones detalladas de 3:16–22 pudieron haber aumentado la preocupación de Moisés en cuanto a su nuevo papel, así que presentó dos objeciones más: el temor de que sus compatriotas rechazaran su autoridad (4:1), y su falta de elocuencia (v. 10). Pero Dios, paciente y tiernamente, resolvió las aprensiones de Moisés. El temor a que los israelitas no creyeran que el Señor se le había aparecido era razonable, porque aparentemente Dios no se había aparecido a los israelitas en los cuatrocientos treinta años anteriores, todo el tiempo de la estancia en Egipto. La respuesta de Dios al dubitativo libertador fue que él lo capacitaría para llevar a cabo tres tareas sobrenaturales, dos inmediatas (vv. 3–5, 6–8) y una futura (v. 9).

La primera señal para Moisés era convertir su **vara** en una **culebra** y después volver a convertirla en **vara**. ¡Pero tomar una culebra **por la cola** era algo muy peligroso! Se necesitaba valor y fe para cumplir con la instrucción del Señor. Puesto que las culebras simbolizaban el poder y la vida para los egipcios, Dios estaba declarando a Moisés que él sería capaz de dominar a los poderes de Egipto. El Señor le dijo que ese milagro haría que los israelitas creyeran que **Jehová, el Dios** de los patriarcas (cf. 2:24; 3:6, 15–16) había hablado con Moisés.

La segunda señal fue que su **mano** se llenó de lepra y sanó. Esta enfermedad, aunque tal vez no sea la misma que actualmente se conoce como lepra, prevalecía en Egipto y se consideraba incurable. Moisés había huido por temor a la culebra (4:3) y seguramente quedó horrorizado al ver su **mano** leprosa. Sin duda, también se llenó de asombro reverente al ver que al instante se curó. Dios dijo que esa **postrera** señal podría ser más efectiva para el pueblo que la primera (v. 8). Finalmente, desapareció el temor de Moisés de que nadie creería que Dios lo había comisionado.

La tercera señal sería la milagrosa capacitación de Moisés para convertir **las aguas del río Nilo en sangre** (v. 9). Los egipcios consideraban ese río como fuente de la vida y la productividad. Así que Moisés, al demostrar a la gente que él tenía poder sobre el Nilo, probaría que Dios le había dado la capacidad de vencer a los egipcios. Más adelante, Moisés realizó estos milagros ante los israelitas (vv. 29–30), y como Dios predijo (vv. 5, 8), la gente le creyó (v. 31). Es interesante que la primera plaga fuera similar a la tercera señal: cuando Aarón golpeó el río Nilo con su vara, el agua se convirtió en sangre (7:17–21).

La cuarta objeción de Moisés fue su supuesta falta de elocuencia y de habilidades de oratoria (4:10–17; cf. 6:12, 30). **Tardo en el habla y torpe de lengua** significa que no tenía fluidez en el hablar. Aparentemente, **Moisés** estaba subestimando sus habilidades, porque Esteban dijo que él había sido “poderoso en sus palabras” (Hch. 7:22). La respuesta

inicial de Dios a la objeción de Moisés fue un recordatorio, por medio de una serie de preguntas, de que **Jehová** es el que determina las habilidades e incapacidades del hombre. Después, el Señor repitió su breve comisión (**Ahora ... vé;** cf. Éx. 3:10). Aunque se sintió reconfortado por el poder capacitador de Dios (**yo estaré con tu boca y te enseñaré;** cf. 4:15), la magnitud y dificultad de la tarea le asustaban.

Cuando **Moisés** le sugirió a Dios que consiguiera a otra persona (v. 13), el Altísimo se enojó. (Cf. otras cinco referencias al enojo de Dios: 15:7; 22:24; 32:10–12.) ¿Por qué se enojó el Señor? Probablemente porque percibió que las palabras de Moisés provenían más de la desobediencia que del temor. Así que le dijo a Moisés que debía dejar que su **hermano** hablara por él (4:14–16; cf. 7:1). No obstante, ese vocero de Moisés algún día elaboraría un becerro de oro (32:1–5), y se convertiría en un portavoz falso (32:22–24). A continuación, Dios le aseguró que él les ayudaría a ambos a hablar ante faraón y el **pueblo** (4:15–16; cf. v. 12; 7:1–2). Además, le dijo que tomara su **vara**, que se había convertido en culebra (4:2–4), como objeto que le ayudaría a lograr las maravillas que seguirían (cf. 7:9–10). En 4:20 se le llama “la vara de Dios”.

3. MOISÉS REGRESA A EGIPTO (4:18–31)

a. *Preparativos para el regreso (4:18–23)*

4:18–23. Moisés pidió permiso a **Jetro** para regresar a estar con sus **hermanos en Egipto**, diciéndole que estaba preocupado por su bienestar. **Jetro** lo dejó ir con su bendición. **Dios** había revelado a Moisés que durante sus cuarenta años de estancia en Madián, habían **muerto** aquellos que habían intentado matarle, sin duda incluyendo a Tutmosis III, y que no debía temer a las represalias. Por tanto, **tomó** consigo a **su mujer** (Séfora, 2:21) y a **sus hijos**. Su primogénito fue Gersón (2:22; cf. 18:3) y el segundo, que no se nombra sino hasta después, Eliezer (18:4). Quizá Eliezer nació después de que el Señor apareció a Moisés (3:1–17), cuando hubo regresado con Jetro.

Fue entonces que Dios explicó a **Moisés** cuál sería su futuro ministerio **delante de Faraón** (4:21–23). Moisés demostraría el poder de Dios a Amenhotep II. **Pero** Dios dijo que no habría una respuesta positiva, porque él endurecería el **corazón** del faraón, **de modo que no dejara ir al pueblo** de Dios. En numerosas ocasiones en el libro de Éxodo, se dice que Dios endureció el corazón del faraón. Para algunas personas, el endurecimiento de Dios parece que imposibilita el ejercicio de la voluntad del individuo. Pero faraón también endureció su propio corazón (7:13, “se endureció”; 14, “está endurecido”; 22, “se endureció”; 8:15, 19, 32 “endureció”; 9:7, 34, 35, “se endureció”; 13:15, “endureciéndose”, “rechazó obstinadamente”, otra palabra hebr. que significa “endurecido”). Las primeras dos referencias al endurecimiento de parte de Dios del corazón del faraón (4:21; 7:3) realmente fueron *predicciones* que él cumpliría en el futuro. Después, en las siguientes siete referencias, se dice que el faraón endureció su propio corazón (7:13–14, 22; 8:15, 19, 32; 9:7), *antes* de que se mencione que Dios lo endureció (9:12; 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8). El primer endurecimiento de parte de Dios vino después de la sexta plaga. El faraón endureció su propio corazón seis veces al negar la salida al pueblo de Israel. Después, se endureció nuevamente en respuesta a la séptima plaga, y Dios endureció su corazón después de cada una de las plagas 8–10. Dios confirmó la voluntad obstinada y desafiante del faraón emitiendo un acto judicial, y endureciendo su corazón (cf. Dt. 2:30; Jos. 11:20).

El arrepentimiento es un don que Dios extiende a algunos por su gracia, (Hch. 5:31; 11:18; 2 Ti. 2:25) aunque en su amor infinito, él desea que todos sean salvos (1 Ti. 2:4; 2 P.

3:9). Dios usa a ciertas personas para llevar a cabo ciertas partes de sus planes. Esto es lo que Pablo entendió cuando habló acerca de la obstinación del faraón (Ro. 9:17–18). En su infinita sabiduría, Dios usó a ese faraón en aquella ocasión para que al rebelarse contra Dios, pudiera ser instrumento para dar gloria a Dios. Debido a que el corazón del faraón iba a permanecer encallecido, era necesario sacudirlo con la última plaga, la muerte del primogénito. Es sorprendente que Moisés se lo haya dicho desde el principio (Éx. 4:22–23). Los egipcios valoraban mucho a sus primogénitos y les daban trato especial. De la misma manera, Israel era el hijo de Dios (cf. Os. 11:1) y por lo tanto, sagrado para él.

Otro factor del endurecimiento del corazón del faraón es que esto era opuesto a las creencias egipcias. Los egipcios creían que cuando una persona moría, su corazón se pesaba en la sala del juicio. Si el corazón de alguno estaba muy “pesado” por el pecado, esa persona era juzgada. Para ello, se colocaba un escarabajo de piedra sobre el corazón de la persona fallecida para suprimir su tendencia natural a confesar el pecado que lo sometería a juicio. Ese “endurecimiento del corazón” por medio del escarabajo, resultaba en salvación para el difunto.

Sin embargo, Dios invirtió ese proceso en el caso del faraón. En lugar de que su corazón se suprimiera y guardara silencio en cuanto a su pecado para poder ser liberado, su corazón se endureció, confesó su pecado (Éx. 9:27, 34; 10:16–17), y su corazón pesado y pecaminoso fue sometido a juicio. Para los egipcios, “endurecer el corazón” resultaba en silencio (ausencia de confesión de pecado) y por lo tanto, salvación. Pero el endurecimiento de Dios del corazón del faraón resultó en el reconocimiento de su pecado y su juicio.

b. Circuncisión del hijo de Moisés (4:24–26)

4:24–26. La circuncisión del hijo de Moisés (de Gersón o de Eliezer) parece extraña. Durante los años que vivió en Madián, **Moisés** había ignorado el mandamiento de Dios (cf. Gn. 17:10) de circuncidar a uno (¿o ambos?) de sus hijos. Por esa causa, Dios **quiso matarlo**, tal vez mandándole una enfermedad grave. **Séfora**, renegando, circuncidó a su hijo con **un pedernal afilado** y entonces el Señor curó a su profeta. El tocar los **pies** de Moisés con **el prepucio de su hijo** posiblemente era un acto simbólico de sustitución, en el que la obediencia sustituía a la desobediencia. Séfora llamó a Moisés **esposo de sangre**. El significado de esa frase es desconocido, pero algunos dicen que se usó en forma derogativa, para sugerir que ella no estaba de acuerdo con el rito. (¡Y aun así lo hizo para salvar la vida de su esposo!) Otros sugieren que ella vio en ese acto una especie de redención en la que la sangre del muchacho restauró a Moisés con Dios y también con ella, como si fuera un nuevo esposo.

Para entonces, Séfora y sus hijos quizá ya habían regresado con Jetro (18:2–3). La enfermedad repentina de Moisés era una advertencia de que él debía obedecer completamente a Dios y cumplir su misión. En ese incidente continúa haciéndose hincapié en los hijos que se inició en 4:22–23 (en el hijo del faraón e Israel como hijo de Dios).

c. Reunión con Aarón y el pueblo (4:27–31)

4:27–31. Como Dios lo había indicado (vv. 14–17), la reunión de Moisés con **Aarón** fue cordial. Se reunieron en el monte Horeb (Sinaí, **el monte de Dios**; cf. 3:1; 18:5; 24:13), donde **Moisés** había visto la zarza ardiendo. **Contó Moisés a Aarón** acerca de la tarea que el Señor le había asignado (4:28). Posteriormente, para autenticar su comisión, **reunieron a todos los ancianos ... e hizo [Moisés] las señales delante de los ojos del pueblo** (como se le había indicado en los vv. 8–9, 28) y explicó la preocupación de Dios al ver **su aflicción**

(cf. 2:24–25; 3:7, 9), así como su plan para liberarlos de Egipto (cf. 3:8, 10, 17). En respuesta, **el pueblo creyó** que Moisés era enviado por Dios (acallando así los temores internos de Moisés, cf. 4:1) y el pueblo adoró a Dios por su misericordioso cuidado.

C. *Lucha de Moisés con el faraón en Egipto (5:1–12:36)*

En esta prolongada sección, Moisés registró sus intentos de tratar de liberar al pueblo de Dios del dominio de Amenhotep II. El líder de Dios no sólo se enfrentó al enojo descontrolado del faraón, sino que también a la insatisfacción y falta de confianza de su propia gente. La sección consta de dos partes: (a) las confrontaciones de Moisés con el faraón, junto con la descripción de las acciones de los israelitas (5:1–7:13) y (b) los juicios de Dios sobre Egipto, comúnmente llamados plagas (7:14–12:36).

1. CONFRONTACIONES DE MOISÉS CON EL FARAÓN (5:1–7:13)

Moisés exigió la liberación del pueblo de Egipto en dos ocasiones (5:1–5; 7:10–13). Cada vez (como el Señor se lo había indicado previamente, 4:21) el faraón se negó a darles la libertad.

a. *La confrontación inicial (5:1–6:27)*

Moisés habló al faraón, quien en respuesta, incrementó la carga de trabajo de los israelitas (5:1–14). Como resultado, el pueblo acusó a Moisés de que por culpa suya la opresión había aumentado (5:15–6:9).

(1) La petición de Moisés. **5:1–4**. ¡Este debió haber sido un encuentro dramático! Como emisarios de Dios, **Moisés y Aarón**, ambos ya en sus ochentas, enfrentaron confiadamente a **Faraón**, que era considerado como dios por su pueblo. La petición se menciona en el v. 1 y se explica en el v. 3. Moisés y Aarón pidieron permiso para realizar un viaje **por el desierto** que duraría **tres días** para ofrecer **sacrificios a Jehová**, su **Dios** (cf. 3:18).

El faraón reaccionó de tres maneras: (1) Rechazó la autoridad de **Jehová**, el Dios de Israel (5:2). (2) Se endureció ante la posibilidad de que algún mal viniera sobre los israelitas por desobedecer a su Dios (vv. 2–3). (Acerca del título **el Dios de los hebreos** V. el comentario de 3:18; también cf. 7:16; 9:1, 13; 10:3). (3) Sintió preocupación por la pérdida de productividad en el **trabajo** (5:4–5). Ese faraón (probablemente Amenhotep II) veía a los israelitas como una posesión valiosa y consideraba sus servicios de gran utilidad, mientras que el faraón de 1:8–10, 22 (tal vez Ahmosis), quería exterminarlos.

(2) Faraón aumenta la carga de trabajo. **5:5–14**. La dureza del corazón del faraón se hace evidente por las palabras **aquel mismo día** (v. 6). De inmediato, decidió hacer la carga más pesada para los israelitas. El argumento del monarca parece haber sido que la gente que se encuentra en esclavitud sólo sueña con la libertad cuando tiene demasiado tiempo libre o cuando se le permite desperdiciar el tiempo (**estáis ociosos, sí, ociosos**; cf. v. 17). Para resolver ese problema, dijo a los capataces que les impusieran la producción de **la misma** cantidad de **ladrillo**, pero sin ayudarles trayendo la **paja**. Ésta se mezclaba con barro y arena, no tanto como agente de cohesión, sino para que el barro fuera más durable. Las órdenes del gobernante se cumplieron (vv. 10–13), pero el trabajo era tan pesado y requería de tanto tiempo, que la **tarea de hacer ladrillo** no se podía completar. Como resultado, **los capataces de los hijos de Israel** eran azotados por los **cuadrilleros de faraón**, quienes exigían que se cumplieran las órdenes de Amenhotep II.

(3) Las súplicas de los capataces israelitas. **5:15–19**. En respuesta a ese aumento de la opresión, los **capataces israelitas** buscaron tener una audiencia con el faraón para quejarse de esa demanda irracional. Sin embargo, esa reunión resultó inútil. Tres veces enfatizaron la lealtad que siempre le habían tenido los israelitas (**tus siervos**, vv. 15–16). Además, argumentaron que no podían cumplir con la tarea de producción de ladrillo asignada, porque además tenían que recoger la **paja**, que antes era un trabajo que realizaban los egipcios. Pero **Faraón** insistió en que estaban **ociosos** (cf. vv. 8–9). Los **capataces** se dieron cuenta de que el faraón no iba a cambiar sus órdenes.

(4) La acusación contra Moisés (5:20–23). **5:20–21**. Las palabras que los capataces dijeron a Moisés y Aarón fueron punzantes (vv. 20–21), y Moisés fue igualmente duro con Dios (vv. 22–23). No se sabe por qué **Moisés y Aarón** estaban esperando a los capataces **cuando salían de la presencia de Faraón**, pero las palabras ásperas sí son claras. El pueblo había sido oprimido severamente antes de que Moisés regresara, pero la presión adicional simplemente era demasiado excesiva para poder soportarla. El significado de la palabra **abominables** (v. 21) debe entenderse metafóricamente, como “despreciados o condenados”. Anteriormente, Moisés le había dicho al rey que el juicio de Dios podría caer sobre los hebreos si no se les permitía adorar en el desierto (v. 3), pero aquí los capataces se estaban quejando de la **espada de faraón**.

5:22–23. **Moisés** inmediatamente se volvió a **Jehová** para lamentarse. Él estaba de acuerdo con los capataces en que la última opresión de los israelitas había sido resultado de su confrontación con **Faraón**. Aquí le reclamó a Dios por haberlo enviado. La pregunta de Moisés estaba motivada por un corazón cargado, no por desconfianza en Dios, aunque el lenguaje que empleó (**y tú no has librado a tu pueblo**) es muy fuerte.

(5) La confianza de Moisés es restablecida (6:1–9). **6:1**. **Moisés** se quejó porque su petición de libertad irónicamente había *aumentado* la carga de su pueblo en vez de aligerarla. Así que **Dios** reconfortó y reafirmó a su mensajero, hablando con él dos veces (indicado por la palabra “todavía” en v. 2).

En la primera declaración (v. 1), Dios repitió a Moisés lo que él haría con **Faraón**, y en la segunda, repasó sus promesas para con su pueblo (vv. 2–8). Dios aseguró a Moisés que él libraría a su nación. Él estaba preparando las circunstancias para que el faraón los dejara ir y aun los obligara a marcharse. Todo esto sucedería por la **mano fuerte** de Dios (V. el comentario de 3:19; también nota sobre “brazo extendido” en 6:6). **Los echará**, o “expulsará”, se trad. *y^egāršēm* del vb. *gāraš* (cf. el comentario del nombre de Gersón [*gēršōm*], hijo de Moisés en 2:22).

6:2–5. Después, **Dios** recordó a Moisés los atributos de su carácter que se revelan en el nombre **Jehová** (cf. 3:14). Las palabras: **Yo soy JEHOVÁ** aparecen cuatro veces en 6:2–8. Jehová, como el Señor, está con los suyos y es siempre fiel y veraz con ellos.

¿Por qué dijo Dios que **no** se había dado a conocer a los patriarcas por su **nombre JEHOVÁ**? ¿Acaso los patriarcas **Abraham ... Isaac, y Jacob** no habían conocido a Dios por el nombre de Jehová? Sí, lo habían conocido así (e.g., Gn. 13:4). Pero principalmente se les aparecía como el **Dios Omnipotente** (*ʿēl šadday*), el que provee y sustenta (cf. el comentario de Gn. 17:1). Pero Dios no se había revelado a sí mismo *principalmente* con el nombre Jehová. Así que en Éxodo 3:14 Dios quiso dar a entender que ahora se estaba revelando a Moisés no sólo como sustentador y proveedor, sino también como el que

guarda sus promesas, el que estaba relacionado personalmente con su pueblo y el que los redimiría (cf. el comentario de 3:14–15).

6:6–8. A continuación, Dios dijo a Moisés que hiciera a un lado su espíritu quebrantado y sentimientos de insuficiencia y que regresara a su pueblo. En estos vv., Dios habla en la primera persona de sing. del tiempo futuro siete veces, enfatizando así que él es Dios y guarda sus promesas. Los “yo haré” se agrupan alrededor de tres promesas: la liberación de Egipto (v. 6, **yo os sacaré ... os libraré ... os redimiré**), la posesión del **pueblo** como suyo (v. 7), y el regalo de la **tierra** (v. 8). Este pasaje comienza y termina con la misma declaración: **Yo ... Jehová**. La liberación de su pueblo sería la base para establecer una relación pactal, la cual resultaría en su permanencia en **la tierra**. Estos vv. presentan un resumen de la historia de Israel desde su salida de Egipto hasta la conquista bajo el mando de Josué. La redención del pueblo **con el brazo extendido** de Dios (v. 6) significaba que su poder sería evidente (cf. Dt. 4:34; 5:15; 7:19; 11:2; Sal. 136:12; Ez. 20:33). La **mano** alzada de Dios (Éx. 6:8) era una señal que se hacía cuando se tomaba un juramento (así como se hace en la actualidad; cf. Gn. 14:22; Dt. 32:40; Neh. 9:15; Sal. 106:26; Ez. 20:5–6, 15, 23, 42; 36:7; 44:12; 47:14). Una vez más, el corazón debilitado de Moisés se vio fortalecido por la revelación del carácter y propósitos de Dios.

6:9. Con vigor renovado, **Moisés** regresó a su pueblo con las palabras de Dios, **pero ellos**, sintiéndose sumamente oprimidos, **no escucharon**. Trágicamente, olvidaron su respuesta inicial a Moisés y Aarón (4:31).

(6) Moisés es recomisionado para presentarse ante el faraón. 6:10–13. Una vez más, Dios dijo a Moisés que fuera ante Faraón y le dijera que dejara ir a los hijos de Israel. Moisés dudó, y su celo menguó debido a la respuesta negativa del pueblo (v. 9). Si no tenía poder para influir en su propio pueblo, ¿cómo podría persuadir a Faraón? Probablemente pensó que su fracaso con el pueblo se debía a su falta de habilidad en la oratoria (cf. 4:10). La frase soy torpe de labios (cf. 6:30) es lit., “estoy circuncidado de labios” (cf. BLA, nota mar.); i.e., moralmente impuro e incapaz. Esa objeción fue contestada por el mandato dado por el Señor—esta vez a ambos, a Moisés y Aarón—de que debían sacar al pueblo de la tierra de Egipto.

(7) Genealogía de Moisés y Aarón. **6:14–27**. Este pasaje confunde a algunos lectores, porque parece una inserción ilógica en la narración. Sin embargo, la genealogía fue colocada aquí para identificar a Moisés y Aarón con más precisión, ya que estaban asumiendo una posición prominente como representantes del pueblo ante el estado egipcio. Los vv. 26–27, que cierran este pasaje, conectan esta unidad con el v. 13 y explican por qué se da la genealogía: **Este es aquel Aarón y aquel Moisés** (v. 26; repetido en v. 27) **que hablaron a Faraón** (v. 27).

El título **los jefes de las familias** (v. 14) se repite, pero con una pequeña diferencia en las palabras, al final de la genealogía (v. 25). **Los hijos de Rubén y Simeón** se mencionaron (vv. 14–15) para poder llegar a **Leví**, tercer hijo de Jacob y antecesor de Moisés y Aarón. Los **hijos** de Leví se mencionan en el v. 16 y sus otros descendientes en vv. 17–19. **Amram**, padre de Moisés y Aarón, sus tíos, sus primos y la familia de Aarón se listan en los vv. 20–25. El Amram del v. 20 probablemente no es el **Amram** del v. 18 (**hijos** en el v. 18 podría significar descendientes). V. la tabla “Ancestros de Moisés desde Abraham” en el Apéndice, pág. 318 y el comentario de Nm. 26:58. (Habían pasado

cuatrocientos treinta años desde el tiempo en que Leví se fue a vivir con sus hermanos y su padre Jacob a Egipto, en 1876 a.C. hasta el éxodo, bajo el liderazgo de Moisés en 1446 a.C. Esto significa que pasaron más de dos generaciones entre Leví y Moisés.) De esta manera, Moisés y Aarón se identifican como miembros de la tribu de Leví y de la rama amramita de la familia de Coat.

Sin embargo, aunque se traza la descendencia de Aarón hasta sus hijos y su nieto **Finees** (Éx. 6:23, 25), el matrimonio de Moisés no se menciona. Tal vez esto se debe a que su esposa Séfora no era hebrea. Como se ha dicho, los vv. 26–27 subrayan el propósito de esta explicación genealógica—enfocar la ascendencia de Moisés y de Aarón, y por lo tanto, su autoridad para conducir a su pueblo fuera del control de faraón. En los vv. 20 y 26, **Aarón** se menciona antes que **Moisés** porque era el mayor (cf. 7:7). Pero en 6:27, el nombre de Moisés precede al de Aarón porque la responsabilidad principal del éxodo fue suya.

b. La segunda confrontación (6:28–7:13)

(1) El mandato de Dios a Moisés es renovado (6:28–7:7). **6:28–30**. Cuando Dios confrontó a **Moisés** en esta ocasión, el discurso resultó ser muy parecido a su primera llamada cuando le mandó que fuera a hablar con el faraón. Al dirigirse a Moisés, Dios comenzó con las palabras **Yo soy JEHOVÁ**, el Dios siempre presente que ama a su pueblo y que cumple sus promesas (cf. 3:14–15; 6:2, 6–8). Una vez más, **Moisés** objetó que el **Faraón** no respondería al ver su falta de elocuencia (cf. 4:10 y el comentario de 6:12).

7:1–5. Después de oír las palabras de Moisés acerca de su incapacidad (6:30), una vez más Dios le dijo que obedeciera. Además, le dijo a **Moisés** que **para Faraón** (cf. 4:16), él parecería como un **dios**, probablemente por las plagas que Dios enviaría milagrosamente por medio de él. Asimismo, **Aarón** sería su **profeta** (*nābî*, i.e., uno que habla por otro; cf. 4:16). El breve mensaje para el faraón fue el mismo que antes (7:2; 5:1; cf. 3:10, 18; 6:11). Varias cosas vendrían como resultado de esto (7:3–5). A pesar de la elocuencia de Aarón y la habilidad de Moisés para autenticar su autoridad con **señales** sobrenaturales, Dios endurecería **el corazón de Faraón** (V. el comentario de 4:21). La dureza del faraón traería como consecuencia los **grandes juicios** y **maravillas** de Dios (las diez plagas) sobre Egipto (7:8–12:36), los cuales permitirían la liberación del pueblo (7:4) y el reconocimiento por parte de los egipcios de que Dios es **Jehová** (v. 5).

7:6–7. **Moisés y Aarón** obedecieron a **Jehová**. Aquí se mencionan las edades de esos dos grandes hombres: **Moisés** tenía **ochenta años**, y **Aarón** tenía **ochenta y tres**. En el A.T., con frecuencia la edad de los personajes sobresalientes se menciona cuando está por ocurrir un acontecimiento importante (cf., e.g., Gn. 16:16; 17:24–25). Después de cuarenta años de peregrinar por el desierto, Moisés murió a la edad de 120 años (Dt. 34:7), y Aarón de 123 (Nm. 33:38–39).

(2) El mandato de Moisés al faraón. **7:8–13**. Sabiendo de antemano que **Faraón** estionaría la autoridad de Moisés y Aarón (cf. 5:1–2) y que los retaría a hacer algún **milagro**, Dios les dio instrucciones de cómo usar sus credenciales. Moisés tendría que decir a **Aarón** que echara su **vara** delante de **Faraón** y que ésta se convertiría en **culebra** (cf. 4:2–4). Sin embargo, cuando ellos hicieron esto, los **sabios y hechiceros** del faraón imitaron la hazaña **con sus encantamientos**, probablemente inspirados por Satanás, no sólo usando algún truco mágico. Satanás es capaz de realizar cualquier obra “con gran poder y señales y prodigios mentirosos” (2 Ts. 2:9) que engañan (2 Ts. 2:10; Ap. 13:11–15; cf. Mt.

24:24). Tal vez dos de los magos egipcios eran Janes y Jambres, quienes “resistieron a Moisés” (2 Ti. 3:8).

Los magos también pudieron imitar los milagros de las dos primeras plagas: convertir el agua en sangre (Éx. 7:22) y hacer que aparecieran ranas (8:7). Sin embargo, **la vara de Aarón devoró las varas de ellos**, demostrando así el poder superior de Dios.

Moisés y Aarón, emisarios de Dios, confrontaron a los emisarios de Satanás, a los dioses de Egipto y a sus magos. Cada uno de los juicios destruiría algún aspecto de la vida religiosa de Egipto (i.e., el dominio de Satanás), culminando con la muerte de su heredero-dios, el primogénito de Amenhotep II. El Dios de Israel triunfó sobre los poderes de las tinieblas y tal como Dios lo había predicho (4:21; 7:3; cf. v. 22; 8:15, 19), **el corazón endurecido de Faraón** no aceptó el mensaje ni se arrepintió para dejar ir al pueblo (7:13). Dios demuestra su absoluta soberanía sobre la humanidad usándola como a él le place; a algunos, como a Moisés, para honrarlo, a otros, como Amenhotep II, para deshonrarlo. Ambas clases de personas traen gloria a Dios, aunque esto sea incomprensible a la mente finita del hombre.

2. LOS DIEZ JUICIOS DE DIOS CONTRA EGIPTO (7:14–12:36)

Diez juicios fueron enviados sobre los egipcios (V. “Advertencias, usos de la vara, y reacciones de faraón a las plagas”, en el Apéndice, pág. 319). Esos juicios, comúnmente llamados plagas, pueden agruparse en tres unidades de tres plagas cada una, para culminar con el décimo juicio. El primero, cuarto y séptimo juicios que encabezan cada ciclo de tres, se inician con las palabras “por la mañana” (7:15) o “de mañana” (8:20; 9:13). Los primeros tres (sangre, ranas y piojos) eran repugnantes; los segundos tres, molestos (moscas) o dolorosos (muerte del ganado y úlceras en la gente y los animales); y el tercer grupo de tres fueron fenómenos “naturales” (granizo, langostas y tinieblas). La tercera plaga termina con la derrota de los hechiceros (8:19), la sexta con su incapacidad de estar delante de Moisés (9:11), y la novena con la separación de Moisés y el faraón (10:28).

En las plagas del 1 al 3, Aarón usó su vara (7:19; 8:5–6, 16–17) y en las plagas del 7 al 9, Moisés usó la suya (9:22–23; 10:12–13, 21–22; aunque en 10:21–22 sólo se menciona la mano de Moisés, pudo haber sostenido la vara). Ninguno de los dos usó su vara en las plagas 4–6.

Las diez plagas pudieron haber ocurrido en un lapso de nueve meses. La primera ocurrió en la época en que el nivel del Nilo crece (julio-agosto). La séptima (9:31) sucedió en enero, cuando la cebada madura y el lino florece. Los vientos fuertes provenientes del oriente en marzo o abril, pudieron haber traído las langostas de la octava plaga (10:13). Y la décima plaga (caps. 11–12) ocurrió en abril, el mes de la pascua. A través de las plagas, Dios estaba juzgando a los dioses de Egipto (que eran numerosos) y mostrando que él es superior a ellos (12:12; 18:11; Nm. 33:4). (V. “Las plagas y las deidades de Egipto”, en el Apéndice pág. 320.)

Asimismo, las plagas pueden haber sido diseñadas para enfrentar y poner de manifiesto la debilidad del faraón. El pueblo lo consideraba como el dios Horus, hijo de Hathor. El padre de Hathor fue el dios Amón-Ra. Las plagas también demostraron al faraón y a los egipcios que Jehová es el Señor (Jehová; Éx. 7:5, 17; 8:10, 22; 9:14, 16), verdad que también fue confirmada a Israel (10:2).

Es interesante la reacción que tuvo el faraón a cada una de las plagas. Después de la primera, ni siquiera se molestó en escuchar la petición de liberación para los israelitas

(7:22–23). En la segunda, aceptó dejar ir al pueblo si desaparecían las ranas (8:8). En la tercera, se rehusó a escuchar la sugerencia de sus hechiceros (8:19). Después de la cuarta, sugirió que los israelitas ofrecieran sacrificios en Egipto (8:25). Después aceptó dejarlos ir, pero no muy lejos (8:28), y más tarde se retractó de su promesa (8:32). Después de la quinta y sexta plagas, volvió a rechazar la petición (9:7, 12), pero después de la séptima, prometió dejarlos ir (9:28) si la lluvia y el granizo cesaban. Pero una vez más, se retractó (9:35). En la octava plaga ofreció dejar ir solamente a los hombres (10:11) y aun admitió su pecado (10:16). En la novena plaga, dijo que los hombres, las mujeres y los niños podían irse, pero no los animales (10:24). Después de la décima plaga, ¡los dejó ir, despidiéndolos con urgencia! (12:31–32) En Salmos 78:46–51; 105:28–36, se hace referencia a varias de las plagas como evidencia del poder y cuidado de Dios.

a. *Primera plaga: El Nilo se convierte en sangre (7:14–25)*

Este pasaje de la primera plaga puede dividirse en tres partes: Las instrucciones de Dios a Moisés y Aarón (vv. 14–19), el milagro realizado a través de Moisés y Aarón (vv. 20–21), y las reacciones del faraón y su pueblo (vv. 22–25).

7:14–19. Dios dijo a **Moisés** que llegara ante **Faraón** cuando éste saliera **al río** Nilo. Ese río representaba la fuente de vida de Egipto, y era considerado como un dios. Cuando llenaba su cauce en julio y agosto, inundaba toda la tierra circunvecina, haciendo posible que la gente pudiera tener cosechas abundantes. En ese tiempo, los faraones oficiaban ceremonias conmemorando las bendiciones traídas por el río. Tal vez Moisés interrumpió al faraón durante una de esas ocasiones especiales de celebración (cf. 8:20).

Moisés debía informar al faraón las razones que habían traído el juicio. Faraón había fallado en reconocer al **Dios de los hebreos** (7:16; cf. 3:18; 5:3; 9:1, 13; 10:3) como el Dios verdadero (7:16), lo que explica la naturaleza y las partes del juicio inminente (vv. 17–18). El juicio caería sobre **el río**, sus **arroyos**, y aun los **depósitos** más pequeños (v. 19).

7:20–21. Cuando **Aarón**, dirigido por **Moisés**, alzó **la vara** sobre **las aguas** del Nilo, cayó el terrible juicio—**las aguas ... se convirtieron en sangre**. Algunos comentaristas han sugerido que el agua no se convirtió lit. en sangre, sino que simplemente se puso rojiza. Cassuto sugiere que el color rojo provino de un “hongo pequeñísimo u otra materia rojiza de origen vegetal, o de pequeños insectos rojos” (*A Commentary on the Book of Exodus*, “Comentario del libro de Éxodo”, pág. 98). Sin embargo, esa alternativa no está comprobada, ni tampoco explica lo repentino del milagro y la muerte masiva de los peces. Aunque se desconoce la composición química de la sustancia roja, para los egipcios se veía como sangre y sabía a sangre. Los **peces** que murieron **en el río** causaron un olor putrefacto (v. 18; cf. **se corrompió**, v. 21). Ese milagro fue alarmante, porque el Nilo era vital para la agricultura y economía egipcias. Varios dioses egipcios estaban asociados con el Nilo, incluyendo a Apis, Isis y Khnum (V. “Las plagas y las deidades de Egipto”, en el Apéndice, pág. 320). Igualmente, el milagroso resurgimiento anual de Osiris, el dios de la tierra y la vegetación, simbolizaba la inundación del Nilo. Supuestamente, otros dioses protegían a los peces del Nilo. Es interesante notar que los egipcios creían que el río Nilo era el torrente sanguíneo del dios Osiris, y éste mismo fue el que se convirtió en **sangre** (Davis, *Moses and the Gods of Egypt*, “Moisés y los dioses de Egipto”, pág. 94).

7:22–25. Sin embargo, los **hechiceros** del faraón también pudieron imitar ese milagro, así que él endureció su **corazón** hacia Dios.

Si toda el agua se convirtió en sangre, ¿de dónde sacaron agua los magos para realizar su magia? La respuesta parece estar en el v. 24: las aguas del Nilo fueron afectadas, pero no

los **pozos**, ni las aguas filtradas por la tierra. La gente tuvo que abandonar el Nilo para poder **beber** agua. El olor fétido del **río** duró **siete días** (v. 25). Algunos dicen que eso significa que pasaron siete días entre la primera plaga (de un día) y la segunda. Sin embargo, ya que los intervalos no se mencionan entre ninguna de las otras plagas, es mejor asumir que el primer juicio duró siete días.

b. Segunda plaga: Las ranas (8:1–15)

8:1–4. Dios dijo a **Moisés** que regresara ante **Faraón** con un ultimátum para liberar a los israelitas. De no hacerlo, recibiría otro juicio, esta vez, de **ranas** (la frase **si no lo quisieras dejar ir**, también se menciona en 9:2; 10:4). Las **ranas** abundaban en el Nilo después de que las aguas bajaban en diciembre, pero la gente no las esperaba en agosto. Normalmente, las ranas se quedaban cerca del río, pero ahora, salieron del Nilo e invadieron las **casas** (8:3), patios y campos (v. 13) probablemente debido a la mortandad de peces en el Nilo. Los egipcios consideraban que las ranas tenían poder divino. En el panteón egipcio, la diosa Heqet tenía la forma de una mujer con cabeza de rana. Se creía que de su nariz salía el aliento que daba vida a los cuerpos creados del polvo de la tierra por su esposo, el gran dios Khnum. Por tanto, estaba prohibido matar a las ranas.

Dios dijo que él haría que otra de sus deidades fuera de maldición y no de ayuda para ellos. Esos animales sagrados se multiplicarían y entrarían a las recámaras de las personas. Esto es irónico, ya que se creía que la diosa-rana Heqet ayudaba a las mujeres durante el alumbramiento. Aquí, las ranas entraron en las cocinas y aun se trepaban en la gente (vv. 3–4).

8:5–7. Siguiendo las instrucciones de Dios, **Moisés** mandó a **Aarón** que hiciera cumplir el juicio (v. 5), y así lo hizo (v. 6). En las tres primeras plagas, Aarón usó su vara (7:19–20; 8:5–6, 16–17), y en las plagas 7 y 8 Moisés usó la suya (9:23; 10:13). Una vez más, los **hechiceros** egipcios lograron imitar el milagro (cf. 7:22), ¡pero irónicamente empeoraron su propia situación! (8:7)

8:8–11. Aquí la narración cambia y se centra en **Faraón**, que aparentemente no quería que los hechiceros repitieran la plaga, sino que la quitaran. Él buscó ayuda en **Moisés y Aarón**, lo que demuestra que su conocimiento del Dios de los hebreos había mejorado (cf. 5:2). Buscó ayuda divina, y estaba tan atribulado, que estuvo dispuesto aun a conceder a Moisés su petición. **Moisés** permitió que el rey determinara el tiempo para que pudieran descansar de la plaga, pero Moisés quería que supiera la razón: **para que conociera que no hay como Jehová ... Dios** (8:10). **Faraón** pidió a **Moisés** que orara al siguiente día para quitar las **ranas**.

8:12–15. **Moisés** oró a Dios y la plaga cesó al día siguiente. La carne de las ranas muertas ocasionó un insoportable hedor en todo el país (y **apestaba la tierra**). **Pero ... Faraón** se retractó de su promesa una vez más.

c. Tercera plaga: Los piojos (8:16–19)

8:16–19. A diferencia de las dos plagas anteriores, ésta vino sin advertencia. Igualmente sucedió con la sexta y la novena. Esto pudo haber sido por la promesa falsa de faraón de dejarlos ir (vv. 8, 15). El juicio fue repentino. **Aarón** extendió su **vara**, golpeó el **polvo de la tierra**, y grandes nubes de insectos voladores y ponzoñosos cubrieron **a los hombres** y **a las bestias**. La palabra hebr. que se trad. **piojos** es *kinnûm*, que aparece solamente aquí en el A.T. Puede significar piojos, o tal vez mosquitos. La declaración de

que **el polvo de la tierra** se convertiría en **piojos** quizá quiere decir que los piojos serían muy numerosos.

Esta plaga pudo haber sido un ataque en contra de Set, el dios del desierto. También pudo haber estado dirigida contra el sacerdocio egipcio. Los sacerdotes se enorgullecían de su pureza y lo mostraban por medio de lavamientos, rasurados frecuentes y vestimentas de lino. Aquí el Señor contaminó a los religiosos con insectos molestos.

Los hechiceros, incapaces de imitar ese milagro, admitieron que todo esto provenía de Dios. (**Dedo de Dios es este**; cf. 31:18; Dt. 9:10; Sal. 8:3; Lc. 11:20). **Como Jehová lo había dicho** (cf. Éx. 7:13, 22; 8:15), el faraón continuó obstinado y sin arrepentirse.

d. Cuarta plaga: Las moscas (8:20–32)

8:20–24. Con la cuarta plaga comienza el segundo ciclo de tres juicios. Esto se hace evidente por la frase **de mañana** (v. 20; cf. 7:15; 9:13). Al igual que las tres primeras plagas, éstas estaban dirigidas a los egipcios (**Yo apartaré la tierra de Gosén, en la cual habita mi pueblo**, 8:22). Esto muestra que Dios hizo una distinción entre los israelitas y los egipcios (cf. 9:4; 11:7), marcando a su pueblo para liberación y a los otros para juicio. Esto demostraría aún más la soberanía y el poder divinos.

El Señor dio instrucciones a Moisés para que se pusiera **delante de Faraón** una vez más, a la orilla del Nilo (cf. 7:15) para hablarle de la liberación de los hebreos. Por si el faraón rehusaba, Dios mandaría **toda clase de moscas** (8:21) sobre **los egipcios** y sobre **sus casas**. Las moscas pudieron haber sido atraídas por las ranas en descomposición. **Toda clase de moscas molestísimas** (v. 24) es lit. “un hervidero o enjambre pesado y opresivo”. Esas moscas pudieron haber sido lo que ahora conocemos como “moscas de perro”, que producen piquetes dolorosos. Tal vez representaban a Ra, una prominente deidad egipcia. También pudieron ser moscas *Ichneuman*, que representaban al dios Uatchit.

8:25–32. Al ver las tremendas consecuencias del juicio a través de las primeras cuatro plagas, el **Faraón** quiso pasarse de listo y sugirió una negociación. Dijo que los israelitas podían ofrecer **sacrificios a su Dios**, pero no en el desierto, sino en Egipto. Pero esa proposición fue inaceptable para **Moisés**. Él explicó que si ofrecían sacrificios allí, sería **abominación** para los egipcios. Probablemente porque los egipcios consideraban que el toro era sagrado, porque representaba al dios Apis o Ra, así como la vaca, representante de la diosa Hathor. Para **los egipcios**, esto sería blasfemia y ocasionaría una revuelta.

La segunda parte de la negociación por parte del faraón fue dejarlos salir, pero sólo una corta distancia, hacia el **desierto** (v. 28). **Moisés** aceptó esta proposición pero advirtió a **Faraón** que no volviera a engañarlos (vv. 8, 15). Esta fue una declaración sorprendente—y aún desafiante—ya que faraón era supuestamente un ejemplo de justicia y verdad.

Moisés salió de la presencia de Faraón, pensando que el monarca iba a cumplir su palabra. Así que como se lo había pedido el faraón, Moisés **oró a Jehová**, para que quitara la plaga. Pero una vez más, **Faraón** cambió de opinión y rehusó guardar su palabra.

e. Quinta plaga: Muerte del ganado (9:1–7)

9:1–4. Otra vez, **Moisés** exigió la liberación de los israelitas. (Acerca del **Dios de los hebreos**, cf. 3:18; 5:3; 7:16; 9:13; 10:3). Si el faraón no accedía, **la mano de Jehová** (cf. 3:19; 6:1) traería una **plaga gravísima** sobre sus animales domésticos: **caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas**. Con innumerables ranas muertas, y los enjambres de moscas dispersando gérmenes por toda la tierra, esa pestilencia tan destructiva para la vida animal, pudo haber ocasionado la enfermedad infecciosa llamada ántrax. Tal vez esto sucedió en

enero, cuando llevaban al ganado a pastar después de que bajaba la inundación del Nilo. Esa plaga ocasionó una grave depresión en la economía de los egipcios. Murieron muchos de los animales sagrados (cf. 8:26), particularmente, como se mencionó antes, el toro, que representaba al dios Apis o Ra, y la vaca, que representaba a Hathor, la diosa del amor, la belleza y el gozo. Hathor tenía la forma de una mujer con cabeza (o a veces solamente los cuernos) de vaca. Igualmente, Khnum era el dios-carnero. Los animales de **los israelitas**, protegidos por la misericordia de Dios, no fueron afectados por la plaga (9:4; cf. 8:22–23; 11:7).

9:5–7. La plaga ocurrió como **Jehová** lo había dicho: **murió todo el ganado de Egipto**. **Faraón** investigó en Gosén para ver si el **ganado de los hijos de Israel** también había muerto. A pesar de que vio que Dios ciertamente había hecho una distinción (v. 4), rehusó arrepentirse.

Si todo el ganado murió en esa plaga, ¿cómo podemos explicar la presencia de animales más adelante en el v. 10 y de ganado en los vv. 20–21? Dos explicaciones son posibles: (1) La palabra “todo” (v. 6) puede ser usada hiperbólicamente, como una figura de lenguaje para describir una gran cantidad, sin querer decir la totalidad del ganado. (2) Tal vez una mejor explicación es que la plaga mató a todos los animales que estaban **en el campo** (v. 3), pero no a aquellos que estaban en los establos.

f. Sexta plaga: Las úlceras (9:8–12)

9:8–12. Así como la tercera y novena plaga, ésta no se anunció a **Faraón**. Fue la primera en poner en riesgo la vida humana, porque resultó en heridas abiertas (**sarpullido con úlceras**, vv. 9–10) **en** los cuerpos de los **hombres** y de **las bestias**. El hecho de que Moisés haya esparcido la **ceniza del horno** pudo haber sido un acto simbólico, así como él y Aarón usaron sus varas en varias plagas. **Los egipcios** conocían algo acerca de las epidemias y las temían. Adoraban a Sekhmet, una diosa con cabeza de león, que supuestamente tenía poder sobre la enfermedad; a Sunu, el dios de la peste, y a Isis, diosa de la sanidad. Sin embargo, esas deidades no pudieron librar al pueblo y animales de sus tormentos. **Los hechiceros** de Egipto una vez más se vieron impotentes (cf. 8:18), ya que ellos también fueron afligidos (9:11) y se dieron cuenta de que sus deidades carecían de poder. Aún así, **Faraón** persistió en su terquedad (v. 12).

g. Séptima plaga: El granizo (9:13–35)

Con este juicio comienza el tercer ciclo de plagas. Estas tres plagas (séptima, octava y novena) fueron más severas que las anteriores y se describen con más detalle. La séptima plaga creó una gran amenaza económica. Claramente, fueron desafiadas las habilidades de varios dioses egipcios. Nut, la diosa del cielo, no pudo detener la tormenta; y Osiris, el dios de la fertilidad agrícola, no pudo proteger a las cosechas del granizo; ni tampoco Set, el dios de la tormenta, pudo controlar la tempestad.

Esta larga sección que describe la plaga, incluye cuatro cosas: instrucciones para Moisés (vv. 13–19), la destrucción que causó la plaga (vv. 20–26), el discurso de Moisés con faraón (vv. 27–32) y la impenitencia del faraón (vv. 33–35).

9:13–19. Una vez más, **Moisés** tuvo que ponerse **delante de Faraón** por la **mañana** (cf. 7:15; 8:20). La causa del juicio inminente era otra vez la necedad del monarca de no dejar ir al **pueblo**. **Faraón** todavía no quería reconocer la dignidad que tenía el **Dios de los hebreos** (cf. 3:18; 5:3; 7:16; 9:1; 10:3). Él no aceptó **que no hay otro como Dios en toda la tierra**. Aunque el Señor había sido misericordioso al no desplegar su ira con toda su

furia (9:15), esa **plaga** sería una pequeña muestra de su **poder**. De hecho, Dios dijo que para eso mismo había **puesto** al faraón (cf. Ro. 9:17, 22). Dios estaba a punto de demostrar su poder por medio de una tormenta **de granizo** de enormes proporciones, y sin precedente histórico (Éx. 9:18; cf. v. 24). Aun así, Dios, en su gracia, le dijo al rey que recogiera a su **ganado** (cf. el comentario de los vv. 5–7) y a su pueblo y los metiera en sus casas. En Egipto, generalmente el ganado permanecía afuera desde enero a abril, antes de que llegara el calor del verano.

9:20–26, 31–32. Al escuchar la advertencia de Moisés, algunos egipcios creyeron a la **palabra** de Dios y actuaron en consecuencia.

Jehová trajo destrucción sobre los egipcios como lo había predicho, por medio del granizo, aunque éste (y la lluvia, vv. 33–34) no cayeron sobre los **hijos de Israel ... en la tierra de Gosén** (v. 26). **Hombres** y **bestias** murieron por el **granizo**, y las cosechas fueron destrozadas. Sin embargo, la frase **todo lo que estaba en el campo** (vv. 22, 25) se delimita por lo dicho en los vv. 31–32. “Todo” se refiere a aquellos cultivos que estaban listos para ser cosechados, i.e., el **lino** (usado para hacer ropa) y la **cebada**. Pero el **trigo y el centeno** (una clase inferior de trigo) no fueron afectados. El lino y la cebada florecían en enero y se cosechaban de marzo a abril. El trigo y el centeno maduraban casi un mes después (en abril) y se cosechaban en junio y julio. (V. “Calendario de Israel”, en el Apéndice, pág. 321). De aquí que es probable que esa plaga haya ocurrido en febrero.

9:27–30, 33–35. Este despliegue tan admirable de la omnipotencia de Dios provocó un arrepentimiento de parte de **Faraón (he pecado esta vez**, v. 27; cf. 10:16). Reconoció que Dios es **justo** (9:27) y consintió en dejar ir a los israelitas (**yo os dejaré ir**, v. 28). **Moisés** prometió que pediría a Dios que hiciera cesar la plaga a pesar de que sabía que el arrepentimiento del faraón era superficial y egoísta (v. 30).

Si la plaga consistió en una fuerte lluvia con granizo mortal cayendo sobre Egipto, excepto Gosén, ¿cómo pudo Moisés desplazarse tan libremente? Seguramente, la plaga estaba sobre los campos (cf. v. 3) y era selectiva en cuanto a lo que destruía (i.e., gente, animales, árboles, cebada y lino). **Moisés** tenía razón (cf. v. 30); a pesar de que el Dios verdadero estaba extendiendo su gracia al hacer cesar ese holocausto, **Faraón** permaneció endurecido contra él.

h. Octava plaga: Las langostas (10:1–20)

Este registro sobre la octava plaga puede dividirse en cuatro secciones: instrucciones para Moisés (vv. 1–6), discurso ante faraón (vv. 7–11), la destrucción ocasionada por las langostas (vv. 12–15), y humillación y endurecimiento del faraón (vv. 16–20).

10:1–6. Esa plaga revela otro propósito de los juicios. Aparte de humillar al faraón y traer liberación a Israel, las plagas desplegaban el poder divino ante los hijos de *Israel*, para que ellos a su vez lo contaran a sus **hijos y a sus nietos**. Por medio de esas **señales**, Israel sabría que **Jehová** Dios es el Señor (Jehová).

Si el faraón rehusaba humillarse **delante** de Dios, entonces el Señor traería una infestación terrible de langostas. Éstas, volando por millones, pueden devastar completamente grandes extensiones de cultivos (cf. Jl. 1:2–7; Am. 7:1–3), comiéndose las hojas, e incluso la corteza de los árboles. Las langostas pueden hacer desaparecer completamente en minutos u horas gran parte de la reserva de comida de una ciudad o nación.

Lo que la plaga anterior de granizo no destruyó—trigo y centeno (9:32), frutos (10:15) y otra vegetación del campo (10:12, 15)—ahora sería devorado. Así como las ranas (8:3–4)

y las moscas (8:21, 24), las langostas entrarían en las **casas** de la gente. Y al igual que el granizo (9:18), la invasión de langostas no tenía precedentes en Egipto (10:6; cf. v. 14).

10:7–11. Ese desastre económico tan grande provocó que **los siervos de Faraón** se percataran de que el precio que tenían que pagar por retener a sus esclavos era demasiado alto. Por eso, dijeron que **Egipto** estaba **ya destruido**. Así que **Faraón** sucumbió a la petición general de Moisés y le dijo: **Andad** (v. 8). Aunque Moisés nunca le dijo que el pueblo no regresaría, el faraón presentía que no volverían si se llevaban a todos los miembros de sus familias, así como sus **ovejas y ... vacas** (v. 9). Esto le pareció muy mal al faraón, así que se le ocurrió otro arreglo (cf. 8:25, 28): **Id, ahora vosotros los varones** (10:11). Pero como **Moisés y Aarón** no aceptaron esa propuesta, **los echaron de la presencia de Faraón** (*gāraš*, cf. el comentario de 2:22; 6:1).

10:12–15. Como resultado de la impiedad y terquedad de faraón, Dios **dijo a Moisés** que extendiera su **mano** (cf. 9:22; 10:21) **para traer la langosta**. Él extendió **su vara y un viento oriental** sopló **todo el día**. Algunos dicen que “viento oriental” significa “viento furioso”, porque en esa región, los vientos generalmente soplan del sur. Sin embargo, esta interpretación es forzada, porque más adelante (v. 19), Moisés menciona que un viento occidental arrojó las **langostas** al mar Rojo (lit., “mar de los Juncos [de papiro]”; cf., el comentario de 14:2). La devastación fue inimaginable; las langostas eran tan numerosas, que se **oscureció la tierra** (10:15). Además, **toda la tierra de Egipto** se vio despojada de su belleza natural, lo cual trajo consecuencias catastróficas tanto en lo económico, como en lo social y lo teológico. Nut, la diosa egipcia del cielo, no pudo controlar las langostas y Osiris, dios de la fertilidad agrícola, no pudo evitar la destrucción de las cosechas.

10:16–20. Una vez más, **Faraón** se arrepintió de su pecado (cf. 9:27) e imploró alivio, pero sus acciones revelaban que su corazón permanecía aferrado a su pecado. En respuesta a la petición de Moisés, Dios hizo cesar su juicio y nuevamente el faraón quebrantó su promesa.

i. Novena plaga: Las tinieblas (10:21–29)

10:21–23. Al igual que la tercera y la sexta plagas, este noveno juicio llegó inesperadamente. Cuando Moisés extendió su **mano** (cf. 9:22; 10:12–13), la tierra (excepto la región de Gosén), fue cubierta **por tres días** con densas **tinieblas**. Se desconoce la naturaleza exacta de esas **tinieblas**, pero debido a que Gosén quedó exento de ellas, no pudo haber sido un eclipse de sol. Algunos interpretan **tinieblas ... que cualquiera las palpe** (10:21) como una tormenta masiva de arena cuya oscuridad y calor ocasionó que la gente buscara refugio. Estando la tierra vacía por la pérdida de las cosechas, por el granizo y las langostas, una tormenta de arena en el mes de marzo, posiblemente soplando del sur, debió haber sido excepcionalmente terrible.

Esa plaga fue dirigida contra una de las deidades principales de Egipto, el dios sol Ra, de quien faraón era representante. Ra era el encargado de proveer la luz del sol, el calor y la productividad. Otros dioses, incluyendo Horus, se asociaban con el sol. Nut, la diosa del cielo, también fue humillada por esa plaga (así como también lo hicieron las plagas de granizo y langostas).

10:24–29. Sintiendo terriblemente miserable, **Faraón hizo llamar a Moisés y le dijo** que estaba dispuesto a dejar ir al pueblo, pero no a sus **ovejas y ... vacas**. Este fue el cuarto intento de faraón de negociar (cf. 8:25, 28; 10:11). Si retenía a los animales, le ayudaría a recobrar los que se perdieron durante la quinta y séptima plagas. Pero **Moisés** no cedió ni

un ápice (**no quedará ni una pezuña** atrás). Él insistió en que el pueblo había sido llamado a **servir** (adorar), y que por lo tanto, no dejarían a ningún animal que pudieran utilizar en los sacrificios.

En actitud beligerante, el **Faraón** ordenó a Moisés que se retirara de su presencia. **Moisés** respondió tranquilamente que nunca más vería su **rostro**. Aquí parece que hay una contradicción, porque posteriormente Moisés y Aarón tuvieron otra confrontación con el faraón (12:31). Esto se puede explicar si entendemos que Moisés lo dijo (en 10:29) cuando vio la furia del faraón y quiso decirle que no volvería ante él en actitud misericordiosa, trayendo una respuesta de Dios a su oferta. En otras palabras, si Moisés volvía a ver al faraón otra vez, sería para anunciar un juicio inevitable, o para venir a petición suya, para recibir permiso de sacar a los israelitas de la tierra.

j. Décima plaga: La muerte de los primogénitos (11:1–12:36)

Después de los tres ciclos de tres plagas, la tierra quedó en ruinas. Dios había demostrado su gran poder poniendo en evidencia la debilidad de los dioses de Egipto. La devastación de esa poderosa nación y su hecatombe económica llenó de temor a la población. Dios provocó que los egipcios se preocuparan y desearan que los israelitas se marcharan. Sin embargo, el faraón todavía tenía que ser humillado. La décima plaga traería lamento a *todas* las familias egipcias que tuvieran hijos y como resultado, se lograría la liberación del pueblo de Dios.

(1) Anuncio de la última plaga (cap. 11). **11:1–3**. Después de **una plaga** más, Dios dijo que **Faraón** dejaría ir a sus esclavos sin reserva alguna (cf. 8:25, 28; 10:11, 24). Hasta ese punto, **Moisés** no sabía exactamente cuántas plagas caerían sobre la nación de **Egipto**. A la luz de su liberación cercana, los israelitas debían pedir **alhajas de plata y de oro** a los **egipcios**, quienes aparentemente estaban mejor dispuestos que el propio monarca (cf. 3:21–22; 12:35–36). Aun **Moisés era tenido por gran varón** ante los **siervos de Faraón** (probablemente por los milagros que habían visto) **y a los ojos del pueblo**. Esto ayuda a entender por qué los egipcios dieron algunas de sus joyas valiosas a los israelitas.

11:4–8. Al igual que la tercera, sexta y novena plagas, la décima vino sin advertencia previa y sin dar oportunidad al faraón para que se arrepintiera antes de que sucediera. Posiblemente estos vv. son la continuación de la narración de la confrontación entre faraón y Moisés de 10:24–29. El juicio fue específico: en toda familia egipcia, el **primogénito** moriría **a la medianoche ... , desde** el más pobre (**el primogénito de la sierva**) hasta el de la casa real (**el primogénito de Faraón**). El primogénito recibía un honor especial, y el del faraón, que era el heredero al trono, era considerado como un dios. El **clamor** por causa de la pérdida de los hijos, no tendría precedente.

¿Por qué traería Dios tal calamidad sobre los egipcios? Debemos recordar que el Señor es soberano sobre todos los asuntos humanos. La prosperidad o juicio de la gente no es resultado del favoritismo de Dios, sino de su deseo de hacer que se cumpla su voluntad en la tierra. Ya que sólo él es santo, tiene derecho a usar y disponer de la raza humana como él quiere. Cualquier cosa que hace el Altísimo es justa, porque ¡él es Dios! (Sal. 115:3) También debemos recordar que los egipcios eran politeístas y que adoraban a muchos ídolos y dioses falsos. Al rehusarse a adorar al Dios verdadero, vinieron a ser objeto de su juicio (cf. Ro. 1:18–23).

La diosa Isis, esposa y hermana de Osiris, supuestamente protegía a los niños. Sin embargo, ¡esa plaga demostró su total incapacidad para realizar lo que sus seguidores egipcios pensaban que podía hacer!

Durante esa terrible plaga, los israelitas no perderían a nadie. De hecho, a la medianoche, **ni un perro** ladraría (lit., “ni un perro afilaría su lengua”). Esto quiere decir que ningún perro gruñiría o mordería, ya que no vendría daño sobre el pueblo de Dios. Con ese trato especial dado a los hebreos, **los egipcios** sabrían que Dios favorecía a los **israelitas** (cf. Éx. 8:23; 9:4). Por tanto, los **siervos** del faraón, que habían sugerido al rey después de las primeras ocho plagas que dejara salir a los israelitas (cf. 10:7), pidieron a Moisés en forma directa y urgente que se llevara a su pueblo de ahí.

En varias confrontaciones anteriores, **Moisés** dio al faraón la oportunidad de dejar ir al pueblo para que no cayera sobre ellos la plaga anunciada. Sin embargo, en esta ocasión no fue así. La plaga vendría, y *después*, el faraón dejaría salir al pueblo. El severo pronunciamiento de Moisés era final. Nunca más, confrontaría a **Faraón** con la opción de arrepentirse (cf. el comentario de 10:28–29). En las plagas anteriores, Moisés y Aarón intervinieron de alguna manera, pero ese último juicio fue exclusivamente obra de Dios.

11:9–10. Estos vv. resumen el obcecado espíritu del faraón (Dios había dicho que **Faraón** se rehusaría a escuchar; cf. 7:22). Sus respuestas negativas trajeron como consecuencia el despliegue de las **maravillas** de Dios en medio de esa tierra idólatra y el endurecimiento del **corazón** del gobernante (cf. el comentario de 4:21).

(2) La celebración de la primera pascua (12:1–28). En vez de enfocar las confrontaciones de Moisés con el faraón, la narración ahora cambia a Moisés y el pueblo de Israel. Este pasaje tiene dos partes: instrucciones del Señor a Moisés concernientes al banquete (vv. 1–20) y la observancia del festival (vv. 21–28).

12:1–2. Primero, Dios **habló ... a Moisés y a Aarón** acerca del tiempo en que se llevaría a cabo la pascua. Esa fiesta marcaría una nueva época en la historia de Israel (**este mes os será principio de los meses**). Aunque los acontecimientos de este cap. ocurrieron en el séptimo mes de acuerdo con el año civil (el cual había empezado en septiembre-octubre), este es el primer mes del calendario religioso de Israel. Este mes es llamado Abib (lit., “espigas tiernas y frescas” de, e.g., cebada). Esa era la época en que la cebada estaba lista para cosecharse (marzo-abril). Con un nuevo calendario, los israelitas recibirían una nueva identidad como pueblo favorecido por el Dios verdadero.

Después de que Israel fue llevado al cautiverio, los babilonios cambiaron los nombres de cuatro de los doce meses, y abril fue llamado nisán (cf. Neh. 2:1; Est. 3:7), que significa “temprano” o “comienzo”. (V. “Calendario de Israel”, en el Apéndice, pág. 321).

12:3–6. La frase **toda la congregación del pueblo de Israel** (cf. v. 6) se usa aquí por primera vez en el A.T. para referirse a la nación. La palabra sugiere un nuevo comienzo. La celebración de la pascua se llevaría a cabo en los hogares. **En el día diez de este mes** (marzo-abril), **cada** familia israelita tenía que escoger **un cordero** o una cabra (*śeh*, la palabra que se trad. **cordero**, puede significar una oveja o una cabra joven; cf. v. 5). Si una familia era **tan pequeña** que no pudiera comer un animal entero, podía reunirse con otra familia para compartir la cena. El animal debía ser **macho de un año ... sin defecto**.

lit. literalmente

trad. traducción, traductor

Cuatro días después (**el día catorce**), cada animal debía ser sacrificado **entre las dos tardes**. Es decir, que pudo haber sido entre el atardecer y la noche, o entre las 3:00 y las 5:00 p.m. Probablemente esta última opción es más correcta, ya que así había más tiempo para el sacrificio y preparación del animal, el cual se necesitaría después, cuando se ofrecieran numerosos sacrificios en el santuario.

12:7–11. En estos vv. se dan instrucciones acerca de cómo debe observarse la pascua. Aunque la fiesta se llevaba a cabo en cada hogar israelita, la adoración en grupo y simultánea les ayudaría a unirse en una sola comunidad (cf. v. 3). **La sangre** de los animales debía ponerse **en los dos postes y en el dintel de las casas, la carne** debía asarse **al fuego**, y la gente debía comerla con **hierbas amargas ... y panes sin levadura**. El sacrificio de los animales (en lugar de los primogénitos de los israelitas, v. 13), y la sangre puesta en el marco de las puertas prefiguraban la muerte vicaria de Cristo. Él es “nuestra pascua” (1 Co. 5:7), “un cordero sin mancha, y sin contaminación” (1 P. 1:19; cf. Jn. 1:29). El sacrificio que presentó es el medio por el cual cada creyente escapa de los horrores de la muerte espiritual.

Las hierbas amargas (probablemente escarolas, achicorias y dientes de león) simbolizaban lamento o sufrimiento (cf. Lam. 3:15) por los pecados pasados, o la amarga experiencia de la opresión de los israelitas en Egipto. El pan sin levadura simbolizaba su partida apresurada (Éx. 12:11, 39; Dt. 16:3). La **carne** debía ser asada, y no debían comerla **cruda**, como acostumbraban algunos paganos. El pueblo debía comer toda la cena rápidamente ya vestido y listo para viajar (acerca de **ceñidos vuestros lomos**, V. el comentario de “ciñe como varón tus lomos”, Job 38:3; 40:7).

De esta manera, bajo la protección de la sangre derramada, la congregación recordaría el lavamiento del pecado (cf. He. 9:22) y que fueron peregrinos en una tierra extranjera. **Es la pascua de Jehová**, significa que el cordero pascual era para el Señor (cf. “una fiesta solemne para Jehová”, Éx. 12:14).

12:12–14. Dios dijo que **aquella** misma **noche** (a la medianoche, 11:4; 12:29), después de que los israelitas hubieran comido los corderos de la pascua con las hierbas y el pan, él mataría a **todo primogénito ... de los hombres** y de las **bestias** de cada familia egipcia (cf. 11:5; 12:29–30). El propósito de esa última plaga fue el mismo que el de las anteriores: ejecutar **juicios en todos los dioses de Egipto** (cf. Nm. 33:4), mostrando así que **Jehová** es el Señor. El hijo mayor y sucesor de faraón supuestamente tenía cualidades divinas. Min, el dios egipcio de la reproducción e Isis, la diosa del amor, que era la que ayudaba a las mujeres durante el alumbramiento, fueron juzgados y evidenciados como inútiles ante esta catastrófica plaga.

La **sangre** que fue rociada en las **casas** de los israelitas proveyó protección de la muerte cuando Dios destruyó a los primogénitos egipcios. El sustantivo que describe la fiesta “pascua” (*pesah*), viene del verbo *pāsaḥ*. Así como la sangre de un animal fue el medio para alcanzar liberación y salvación de la muerte, asimismo, la sangre de Cristo es el medio para obtener la redención de los creyentes (Ro. 5:9; Ef. 1:7).

La pascua debía observarse cada año (**durante vuestras generaciones**) como un **estatuto perpetuo** (cf. Éx. 12:17, 24; 13:10). Otros eventos y fiestas anuales, así como los reglamentos levíticos se llamaron “estatutos perpetuos” (e.g., 27:21; 28:43; 29:9; 30:21; Lv.

16:29, 31, 34; 23:14, 21, 41). La pascua era una **fiesta solemne** para **Jehová** (cf. Éx. 5:1; 10:9).

12:15–20. Seguidamente, Dios dio instrucciones para que la fiesta de los **panes sin levadura** se convirtiera en una celebración nacional que recordara la redención de Israel de la esclavitud de Egipto. Las fiestas de la pascua y de los panes sin levadura estaban tan ligadas, que frecuentemente las dos se consideraban como una (cf. Lc. 2:41; 22:1; Hch. 21:3–4, y V. el comentario de Lc. 22:7–38; Jn. 19:14). La fiesta de los panes sin levadura debía celebrarse por **siete días** (Éx. 13:6–7), del día 15 al día 21 del primer **mes** (Lv. 23:6; Nm. 28:17). Obviamente, no se debía comer ningún pan con **levadura** durante la pascua (Éx. 12:8). La **levadura** debía eliminarse de las casas (vv. 15–16) porque era símbolo del pecado (1 Co. 5:8). La ausencia de levadura sugería que aquellos que estaban seguros bajo la sangre derramada, quedaban limpios de la corrupción del pecado ante un Dios santo. Si alguno comía alguna **cosa leudada** durante esos días de fiesta, sería **cortado de la congregación de Israel** (Éx. 12:19), i.e., excluido del campamento, privado de las bendiciones y derechos que ofrece el pacto, y posiblemente, expuesto a la muerte. Asimismo, el **primer** día y el **séptimo** de la fiesta, el pueblo debía reunirse para tener servicios especiales. **Ninguna obra** o trabajo debía realizarse, solamente podían preparar lo que iban a **comer**. Al igual que la pascua, la fiesta de los panes sin levadura debía ser un **estatuto perpetuo** (v. 17; cf. v. 14) para beneficiar a las **generaciones** venideras. Juntas, la pascua y la fiesta de los panes sin levadura eran “estatutos” que debían obedecerse (vv. 14, 17, 24) y “ceremonias” que debían observarse (vv. 25–26). La pascua era una “fiesta solemne” (v. 14) que requería “una víctima” (v. 27). Los vv. 19–20 repiten las instrucciones dadas en vv. 15–16, quizá para darles mayor énfasis.

12:21–28. Enseguida, **Moisés** dio instrucciones a los **ancianos** (vv. 21–23) acerca de la **pascua**, similares a aquellas que el Señor le dio a él (vv. 3–11). **La sangre** en el dintel y en los postes de las puertas (v. 7), debía ser puesta con **un manojo de hisopo**, arbusto que era muy común y crecía en superficies rocosas. Se usaba mucho en Israel para los ritos de purificación (cf. Lv. 14:4, 6, 49, 51–52; Nm. 19:6, 18). **El heridor** (cf. He. 11:28), el que mató a los primogénitos, puede haber sido el Ángel de Jehová (Cristo preencarnado; cf. el comentario de Gn. 16:9) u otro ángel. Se le dijo al pueblo que se asegurara de guardar la pascua **en la tierra** que Dios les había prometido. Asimismo, tendrían que enseñar a sus **hijos** su significado (Éx. 12:26–27; cf. 13:14–15). **Los hijos de Israel**, agradecidos por su próxima liberación de siglos de esclavitud, **hicieron puntualmente así**, y adoraron a **Jehová**; i.e., obedecieron sus estatutos.

(3) Destrucción causada por la plaga (12:29–36). Las largas instrucciones acerca de las fiestas de la pascua y de los panes sin levadura hicieron crecer el suspenso, pero enseguida vino el clímax: el juicio sobre los primogénitos egipcios (vv. 29–30), y finalmente la liberación de los israelitas (vv. 31–36).

12:29–30. La décima plaga se describe en términos de su tiempo (la **medianoche**), extensión (todo **primogénito**, cf. 4:22–23), y efectos (causó **un gran clamor**, cf. 11:6). La nación se llenó de luto por la destrucción de los hijos favorecidos de todas las familias, sin importar su estrato social, desde la realeza hasta los cautivos **que estaban en la cárcel** (cf. 11:5). Esto presenta un vívido recordatorio de la furia de Dios en contra de los pecadores, y del terrible precio que el pecado obliga a pagar. ¡Obviamente “una mano fuerte”—la de Dios—había obligado al faraón a dejar salir a su pueblo! (3:19)

12:31–33. En respuesta a la tragedia, **Faraón** dejó salir a los israelitas esa misma noche sin imponerles ninguna restricción. Incluso les *exigió* que salieran. Dios había predicho “él

os dejará ir” (3:20; 6:1). Admirablemente, el faraón, que era considerado un dios, había sido humillado hasta el punto de pedir a **Moisés y Aarón** que lo bendijeran (cf. 8:28). Él quería estar bajo la bendición de Yahweh, no bajo la maldición de sus plagas. Aun el pueblo egipcio pidió con urgencia a los israelitas que se fueran rápido, por temor de que **todos** murieran.

12:34–36. El éxodo ocurrió tan rápido, que **el pueblo se llevó su masa antes de que se leudase**. No tenían tiempo para cocinar pan (v. 39). El evidente poder de Dios a través de las plagas hizo que el **pueblo hallara gracia ... delante de los egipcios**, quienes estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para apresurar su salida. Inclusive, les regalaron joyas costosas y **vestidos** (cf. 3:21–22; 11:3). Con esto se cumplió la promesa de Dios hecha a Abraham acerca del cautiverio de sus descendientes (Gn. 15:13–14). De manos de los egipcios, recibieron “pago” por sus 400 años de servidumbre.

D. Liberación de Israel de Egipto (12:37–18:27)

Esta sección bosqueja el éxodo de los hebreos desde su partida de la ciudad de Ramesés hasta su llegada al monte Sinaí tres meses después. Por medio del rociamiento de la sangre, los israelitas habían sido librados de la muerte (12:13); ahora serían rescatados de la esclavitud con el propósito de llevar vidas de santidad y adoración.

1. SALIDA DE EGIPTO HACIA EL MAR (12:37–13:22)

12:37–42. El pueblo partió de **Ramesés**, donde aparentemente el pueblo estaba concentrado (cf. 1:11), hacia **Sucot**, que ahora es Tel el-Maskutah, cerca del lago Timsah. El número de **hombres** era de **como seiscientos mil** (en 38:26 y Nm. 1:46 la cantidad exacta es 603,550). Contando a las mujeres y niños, el total de los israelitas probablemente ascendía a dos millones. Junto con ellos salió un grupo de personas no israelitas de las que no se sabe la cantidad (“gente extranjera que se mezcló con ellos” Nm. 11:4). En el desierto, ellos fueron los que ocasionaron que los israelitas se quejaron contra Moisés.

En el camino, **cocieron ... las tortas de la masa** (cf. Éx. 12:34). Moisés concluye esta sección acerca del comienzo del éxodo con una nota histórica, haciendo un recordatorio de la fidelidad de Dios y un llamado a celebrar. Aquí se dice que el tiempo que Israel estuvo en **Egipto** fue de **cuatrocientos treinta años** (cf. Gá. 3:17), mientras que en otros pasajes se dice que fue de cuatrocientos años (Gn. 15:13, 16; Hch. 7:6) y “como por cuatrocientos cincuenta años” (Hch. 13:20; cf. el comentario ahí). Aparentemente, el tiempo total que pasó Israel en Egipto fue de cuatrocientos treinta años (de 1876 a 1446 a.C.; cf. el comentario de Hch. 7:6; Gá. 3:17). El pueblo debía recordar el cuidado de Dios en la noche del éxodo. Así como **Jehová** guardó a su pueblo, ellos también debían guardar esa fecha **para Jehová** y honrarle. Se les instó a ser sobrios y vigilantes, porque esas son cualidades divinas.

12:43–51. En Sucot, **Moisés y Aarón** recibieron instrucciones para celebrar la **pascua** (vv. 43–51) y para la dedicación de los primogénitos (13:1–16). Aparentemente, los no israelitas que se unieron al éxodo y que se habían identificado con la religión de los hebreos, necesitaban conocer las reglas para la celebración de la pascua. Si un hombre no se identificaba con las promesas del pacto por medio del rito de la circuncisión, no podía **celebrar la pascua** (12:44, 48–49). La fiesta se llevaba a cabo en **casa**, y **toda la congregación de Israel** la conmemoraba (cf. vv. 3, 6, 19).

13:1–16. Después de una declaración introductoria acerca de los primogénitos israelitas (vv. 1–2), que debían ser consagrados para el servicio a **Jehová** (debido a que habían sido librados de la décima plaga), **Moisés** se dirigió **al pueblo** una vez más con el tema de la pascua y la fiesta de los panes sin levadura (vv. 3–10). Seguidamente, regresó al tema de los primogénitos (vv. 11–16).

Moisés recordó otra vez al pueblo la importancia del día de su liberación (cf. 12:24–27) de la **casa de servidumbre** (lit., “casa de esclavos”) por la **mano fuerte** de Dios (cf. el comentario de 3:19) para llevarlos a **la tierra** de la promesa. (Acerca de los cananeos y otros grupos mencionados en 13:5, V. el comentario de 3:17; y acerca de la **tierra que fluye leche y miel**, V. el comentario de 3:8.) Este evento victorioso debía recordarse cada año en la **fiesta de los panes sin levadura**, la cual duraba **siete días**.

Al igual que la pascua (12:26–27), la fiesta de los panes sin levadura tenía un gran valor educativo en el hogar (13:8–9). La fiesta sería como una **señal sobre su mano** y en la frente, i.e., debía ser un memorial constante de la liberación divina y poderosa de **Egipto**. En la actualidad, algunos judíos ortodoxos interpretan este pasaje (y Dt. 6:8; 11:18) literalmente. Por eso, escriben pasajes enteros de la ley (e.g., Éx. 13:2–10; Dt. 6:4–9; 11:13–21), y los meten en pequeñas bolsas, llamadas filacterias. Aunque probablemente esa no era la intención de Dios, las amarran a sus brazos y frentes.

Una vez que estuvieran en la tierra prometida (Éx. 13:11), todo **primogénito macho** de hombre o animal debía ser dedicado **para Jehová** (cf. v. 2; Nm. 18:15). Se incluyó a los animales porque “ellos también se beneficiaron de la redención de la décima plaga que Dios envió” (Davis, *Moses and the Gods of Egypt*, “Moisés y los dioses de Egipto”, pág. 154). Por causa de que los asnos eran considerados animales ceremonialmente impuros (Lv. 11:2–4), éstos no podían ser sacrificados, pero sí podían ser redimidos (*pādâh* “comprar otra vez por precio”), y sacrificar ovejas en su lugar. Obviamente, el sacrificio humano era inaceptable para los hebreos, así que los **hijos** también debían ser “redimidos”. Esto también sería de gran valor educativo en el hogar (cf. Éx. 12:26–27; 13:8). Jehová, en su juicio, **hizo morir ... a todo primogénito** egipcio, y los “primogénitos” israelitas eran sacrificados (los animales) en sustitución o redimidos (los **hijos**) por medio de un sacrificio. Al igual que la fiesta de los panes sin levadura (vv. 7–9), la consagración de los primogénitos era una **señal**, un recordatorio de la poderosa liberación de Dios (v. 16). Ambos eran memoriales de la liberación por gracia de la tierra de servidumbre.

13:17–22. La vía más corta a la tierra de Canaán era **por el camino ... de los filisteos**, en dirección a Beerseba y el Neguev. El camino corría paralelo al mar Mediterráneo, la ruta militar de los egipcios. Pero la trayectoria que **Dios** escogió fue hacia el sureste, rumbo a Sinaí, para evitar una posible confrontación militar con los guardias egipcios que podrían hacer que el pueblo volviera a **Egipto**. Se desconoce la ubicación exacta de la ruta del desierto, pero probablemente conducía hacia los lagos Amargos (V. “Posible ruta del Éxodo”, en el Apéndice, pág. 337). Que los israelitas estaban **armados**, probablemente significa que estaban organizados para marchar, en vez de que estuvieran equipados con armaduras, o arcos y flechas para guerrear.

Moisés había escuchado la petición de **José** en el sentido de que sus **huesos** fueran sacados de Egipto (cf. Gn. 50:25), así que honró esa petición. Posteriormente, los huesos de José fueron enterrados en Siquem (Jos. 24:32). Esteban indicó que los restos de otros hijos de Jacob fueron colocados allí (Hch. 7:15–16; V. el comentario ahí).

Después de pasar algún tiempo en **Sucot**, los israelitas **partieron** hacia **Etam** (V. “Posible ruta del Éxodo”, en el Apéndice, pág. 337). El pueblo de Israel viajaba cada día cierta distancia, y era guiado sobrenaturalmente por una **columna de nube** durante el día y por una **columna de fuego** durante la noche. Aparte de guiarlos, la nube simbolizaba la presencia de Dios, y les aseguraba su bondad y fidelidad. (Había una nube, no dos; cf. Éx. 14:24). Así, el pueblo fue llevado **a la entrada del desierto** (cf. Nm. 33:6).

2. EL CRUCE DEL MAR ROJO (DE LOS JUNCOS) (CAP. 14)

a. *El campamento a la orilla del mar Rojo (de los Juncos; 14:1–4)*

14:1–4. Después de que los israelitas viajaron algunos días hacia el sureste, acamparon en Etam. **Jehová** dijo a **Moisés** que dijera a **los hijos de Israel** que dieran **la vuelta** hacia **Pi-hahiot, entre Migdol y el mar, hacia Baal-zefón** (cf. Nm. 33:7). Esas ciudades estaban al oriente de Ramesés. El cambio de dirección daría la impresión a **Faraón** de que **los hijos de Israel** estaban confundidos. Como resultado del endurecimiento del **corazón de Faraón** (cf. el comentario de Éx. 4:21), él intentaría esclavizar al pueblo otra vez, y por lo tanto, Dios demostraría su gran poder a través de otro gran juicio.

El mar se llama el mar Rojo en 10:19; 13:18; 15:4, 22. “Mar Rojo” (*yām sūp*) es lit., “mar de los Juncos (de papiro)”. Hay varias razones para decir que se localiza más al norte del extremo norte del golfo de Suez (la entrada noroccidental del mar Rojo que se encuentra entre Egipto y la península de Sinaí): (1) El golfo de Suez no tiene juncos. (2) La punta norte del golfo de Suez está mucho más al sur que Pi-hahiot y Migdol. (3) El área donde los israelitas acamparon era cenagosa, pero la tierra que estaba al occidente del golfo de Suez no es así. (4) Desde “el mar”, los israelitas viajaron hacia el oriente o sureste hasta el desierto de Shur (15:22), también llamado desierto de Etam (Nm. 33:8), ubicado en la parte noroeste de la península del Sinaí. Posiblemente, en aquel tiempo, el mar que el Señor secó para que los israelitas pasaran fue el lago Balah (V. “Posible ruta del Éxodo”, en el Apéndice, pág. 337).

b. *Persecución de los egipcios (14:5–9)*

14:5–9. Al darse cuenta de las implicaciones de haber dejado ir a los hebreos (**¿cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, para que no nos sirva?**; cf. 1:14), **Faraón** y **sus siervos** determinaron que debían evitar que escaparan. A pesar de que el número de los varones israelitas era de más de seiscientos mil, el faraón confiaba en la superioridad de su fuerza militar y en la aparente confusión de Israel. Probablemente, el faraón se enteró de inmediato de la partida de los israelitas de Ramesés el día 15 del mes, y sin duda no tomó acción inmediata porque los egipcios estaban ocupados en enterrar y llorar a sus muertos (cf. Nm. 33:3–4), y porque Moisés había dicho que sería solamente un viaje de “tres días de camino” (Éx. 3:18; 5:3; 8:27). Al percatarse de que el viaje de los israelitas no era temporal, juntó **seiscientos carros**, sus cocheros, y todas sus tropas para alcanzar a los israelitas cerca de **Pi-hahiot**.

c. *Clamor del pueblo y la fe de Moisés (14:10–14)*

14:10–14. Cuando el ejército y **caballería** de **Faraón** se acercaron, el campamento se llenó de temor. Estaban atrapados entre el mar Rojo (lit., “mar de los Juncos, o de Papiro”; V. el comentario del v. 2), que estaba frente a ellos y por detrás, por el feroz enemigo que

los seguía. La reacción de los israelitas en esa situación es muy parecida a la que tuvieron en otras ocasiones (cf. 5:21) cuando pasaban por tiempos de dificultad y temor. Aunque ellos **clamaron a Jehová**, en realidad no creían que él podía ayudarles. Rápidamente habían olvidado el pasado y con amargura acusaron a **Moisés** de haberlos engañado llevándolos al **desierto** para que murieran. Por eso, le dijeron: **¿No es esto lo que te hablamos en Egipto ... déjanos servir a los egipcios?** Moisés, reconociendo que el temor estaba distorsionando su memoria y agitando sus emociones contra él, intentó animarlos diciéndoles que **Jehová** los libraría peleando **por** ellos (cf. 15:3; Neh. 4:20; Sal. 35:1) si permanecían firmes y confiados. Es sorprendente que precisamente cuando llegó al momento más grandioso de su liberación, el pueblo de Dios estuviera tan lleno de temor y desconfianza.

d. El mar Rojo (de los Juncos) se divide (14:15–22)

Dios comunicó a Moisés sus intenciones (vv. 15–18), el ángel de Dios protegió a los israelitas (vv. 19–20) y finalmente cruzaron por tierra seca (vv. 21–22).

14:15–18. Dios dijo a **Moisés** que salvaría milagrosamente al pueblo y que pasaría por **en medio del mar**. Él sólo tenía que alzar su **vara** para que el mar se dividiera y que los carros del faraón persiguieran ingenuamente a los israelitas mar adentro. Al igual que en las plagas, Dios demostraría aquí su poder y gloria al destruir a las fuerzas militares egipcias. **Los egipcios** sabrían así que él es **Jehová**.

14:19–22. **El ángel de Jehová**, probablemente fue una teofanía (cf. el comentario acerca de Gn. 16:9) o un mensajero angelical, que **iba delante** de los israelitas. Él tomó una posición en la retaguardia para protegerlos del ataque de los egipcios. ¡El ángel pasó de guía, a guardián! Durante toda la noche, **la columna de nube**, que también se había puesto **a sus espaldas** para estar entre los dos campamentos, ocasionó una impenetrable oscuridad, lo cual hizo imposible que avanzara el ejército egipcio. **Aquella noche**, Dios estaba realizando otro milagro: dividió el **mar** (cf. Sal. 74:13) **por un recio viento oriental** y secó la tierra (cf. Sal. 66:6; 106:9). El mar era lo suficientemente profundo (cf. Éx. 15:5) como para ahogar a los egipcios (14:28). El viento mantenía el suelo del mar seco y las aguas divididas. Así que los israelitas pudieron caminar por tierra seca **por en medio del mar** (cf. v. 16; Sal. 78:13). El camino debió haber sido ancho, para que pudieran pasar cerca de dos millones de personas junto con sus rebaños y manadas. ¡Ciertamente, ése fue un viento milagroso!

La salvación de Israel de la esclavitud en Egipto refleja la misericordia divina al rescatar a todos los suyos de la opresión. Haciendo un despliegue asombroso de su poder, el Señor liberó a Israel.

e. Destrucción de los egipcios (14:23–31)

14:23–28. **Los egipcios** persiguieron a los israelitas mar adentro, pasando por tierra seca, pero en **la vigilia de la mañana** (entre las 3 a.m. y el amanecer), **Jehová ...** los **trastornó** y se llenaron de pánico. Según Salmos 77:16–19, Dios mandó una fuerte lluvia con truenos, rayos y un temblor de tierra. Tal vez la lluvia anegó rápidamente la parte seca, lo cual ocasionó que las **ruedas de sus carros** se atascaran. También se escuchaba el viento agitado que golpeaba las aguas represadas. **Los egipcios** trataron de escapar, dándose

cuenta demasiado tarde, de que el Dios de los hebreos estaba peleando por **Israel** (cf. Éx. 14:14). **Cuando amanecía**, las aguas se volvieron a juntar, y **los egipcios** fueron completamente arrasados (lit. “echados abajo”) **en medio del mar**. Las paredes de agua aplastaron a los egipcios, de tal manera que **no quedó de ellos ni uno**.

14:29–31. Dios libró a su pueblo, llevándolos por tierra seca. Al mismo tiempo, destruyó a **los egipcios** en el mar. Sus cuerpos quedaron flotando y llegaron a la orilla. Esto fue un recordatorio del asombroso poder que Dios utilizó para castigarlos. Como resultado, **el pueblo temió** y confió en **Jehová**. Israel a menudo fluctuaba entre la confianza y la protesta, entre la fe y la incredulidad (4:31; 5:21; 14:10–12, 31; 15:24; 16:2–4; 17:2–3).

3. ALABANZAS DE MOISÉS Y MARÍA POR LA LIBERACIÓN (15:1–21)

La inconformidad y el clamor de los israelitas (14:10–12) se convirtió en alabanza. Moisés (15:1–18) y su hermana María (vv. 19–21), dirigieron al pueblo en cánticos de alabanza y triunfo.

a. *Alabanza de Moisés (15:1–18)*

Este poema de alabanza consta de tres secciones principales (vv. 1–6, 7–11, 12–16) y una conclusión (vv. 17–18). Al final de cada sección, ciertas palabras se repiten: “Tu diestra, oh Jehová” (v. 6); “¿quién como tú?” (v. 11) y “hasta que haya pasado tu pueblo” (v. 16).

15:1–6. En la primera sección, inmediatamente se menciona el tema—la destrucción del ejército egipcio **en el mar** (v. 1; cf. v. 4). Moisés reconoció la **fortaleza** (v. 2; cf. v. 13) y el poder (v. 6; cf. v. 16) del único **Dios** verdadero que realizó tan maravillosa liberación (**salvación**). Por esa razón, Moisés dijo que Dios lo hizo regocijarse (**cantaré yo a Jehová**).

15:7–11. Esta segunda sección detalla el aniquilamiento de los egipcios por el Señor y enfatiza el poder supremo de Dios (**la grandeza de tu poder**, v. 7) para controlar los elementos y usarlos para destruir a sus adversarios. **Al soplo de tu aliento** se refiere al viento que primero dividió (v. 8) y luego dejó correr (v. 10) las aguas; estos son antropomorfismos poéticos. Los egipcios, creyendo que la victoria era suya (v. 9), persiguieron a los hijos de Israel, pero con sólo descargar una minúscula parte de su poder, Dios los destruyó (**se hundieron como plomo**; cf. v. 5, “descendieron a las profundidades como piedra”). Al reconocer las maravillas divinas, Moisés exaltó al Dios incomparable: **¿Quién como tú?** (Cf. Sal. 35:10; 71:19; 77:13; 89:6; 113:5; Mi. 7:18). Ciertamente no hay nadie como él en **santidad** y gloria.

15:12–18. En seguida, Moisés describe los resultados de la liberación de Israel efectuada por un Dios tan grande. El Señor triunfó con **su diestra**, realizando **prodigios** y **maravillosas hazañas** (cf. v. 6) y por eso, en su **misericordia**, (*hesed*, “amor leal”), conduciría a los suyos a su **santa morada** en la tierra prometida. Otro resultado sería que otras naciones temerían a Israel, en especial, aquéllas a las que entraría posteriormente. La grandeza de Egipto había sido despedazada, su tierra quedó devastada, su gente, sumida en gran luto, y su ejército, destruido. Al escuchar del poder del Dios de los israelitas, otras naciones se acobardarían y temerían. La gente que estaba en **la tierra de los filisteos**,

mencionados en primer lugar, fueron algunos de los primeros que escucharon del cruce del mar Rojo (de los Juncos). **Edom** estaba ubicada al sur y oriente del mar Muerto, y **Moab** estaba justo al norte de Edom. Según el relato de Josué acerca de la conquista, los cananeos ya tenían temor de los israelitas (cf. Dt. 2:25; Jos. 2:9–11, 24; 5:1).

En el cántico triunfal de Moisés, se incluye una reafirmación (Éx. 15:17) de que Dios introduciría a su pueblo a la tierra prometida y a Jerusalén, al **monte de su heredad**, donde su presencia sería evidente en **el santuario**. Moisés también aseguró nuevamente que **Jehová reinará** sobre su pueblo **eternamente y para siempre**. Dios debe ser alabado por lo que hizo—realizar una liberación tan poderosa—por lo que estaba haciendo—preparando la tierra para ser conquistada—y por lo que haría en su reino eterno.

b. Cántico de María (15:19–21)

15:19–21. Aunque a primera vista pudiera parecer que el v. 19 está fuera de lugar en la narración, su propósito es repetir la razón que tenían para regocijarse y alabar a Dios—la derrota del ejército egipcio **en el mar** (cf. v. 1), y la liberación de **los hijos de Israel**. Este v. tiene tres frases; cada una termina (en hebr.) con la palabra **mar**. **María** (cf. Nm. 12:1–2), es la primera mujer en la Biblia a quien se le llama **profetisa**. Miqueas sugiere que ella, junto con Moisés y Aarón, ejercieron un importante liderazgo sobre Israel durante la peregrinación en el desierto (Mi. 6:4). Si Moisés tenía 80 años y Aarón 83 durante el tiempo del éxodo (Éx. 7:7), es probable que María anduviera en los noventa, ya que ya era una jovencita cuando Moisés nació (2:4, 7–9). Ella y **las mujeres** bailaron con **panderos** (cf. 1 S. 18:6) durante su gozosa respuesta al cántico de Moisés que relata el triunfo de Dios sobre los egipcios (cf. Éx. 15:21 con v. 1)

4. EL VIAJE HACIA EL MONTE SINAÍ (15:22–18:27)

El pueblo de Dios rebotaba de alabanza por haber sido redimido milagrosamente de la esclavitud. Pero ahora enfrentaba el desierto. ¿Podrían el gozo de la libertad y el conocimiento que habían adquirido de Dios, darles fuerza interior para resistir las pruebas que venían por adelante? Esta sección del libro describe el recorrido del pueblo desde el mar Rojo (de los Juncos), hasta el monte Sinaí, el cual duró tres meses (19:1). El resto del libro (caps. 19–40), describe el trato que Dios dio a su pueblo mientras acamparon en ese lugar.

a. Provisión de agua en Mara (15:22–27)

15:22–26. Los israelitas salieron de la región de los lagos y entraron al **desierto de Shur** en la parte norte de la península de Sinaí. Ese desierto también se llamaba desierto de Etam (Nm. 33:8). Viajaron hacia el sur por **tres días ... sin hallar agua**, hasta que **llegaron a Mara** (es probable que actualmente sea Ain Hawarah). Pero **no pudieron beber las aguas ... porque eran amargas**. Así que murmuraron **contra Moisés**. Esta reacción es asombrosa a la luz de la salvación reciente y de los cánticos triunfales de alabanza. Ellos eran muy privilegiados, pero aún así, las dificultades rápidamente los condujeron a acusar a Moisés (cf. Éx. 14:10–12; 16:2; 17:3; Nm. 14:2; 16:11, 41).

Al ver que el agua no podía beberse, **el pueblo** se desanimó, pero Dios respondió con misericordia a la oración de Moisés e hizo potables **las aguas** de ese lugar (Éx. 15:25). El **árbol** que Moisés echó **a las aguas** no tuvo un efecto mágico en ellas, simplemente fue un

acto simbólico que anticipaba la realización de un milagro por parte de Dios (así como Moisés había alzado su vara sobre el mar, 14:16).

Enseguida, Dios instituyó un principio muy sencillo para su pueblo: la obediencia trae bendición, y la desobediencia trae juicio. Las enfermedades (cf. Dt. 7:15; 28:60) pueden referirse a las plagas, o lo que es más probable, a las úlceras (cf. Dt. 28:27), que eran muy comunes en la región del delta en Egipto. El endulzamiento de las aguas con una rama de árbol fue otro de los milagros que Dios realizó para proteger a su pueblo. Actualmente, el oasis de Ain Hawarah solamente tiene aguas amargas.

15:27. De Mara, el pueblo viajó a **Elim**, probablemente Wadi Gharandel, a unos 11 kms. al sur de Mara, donde había **aguas** en abundancia y sombra, como sigue siendo en la actualidad. **Había doce fuentes y setenta palmeras** en Elim. No se menciona exactamente cuánto tiempo **acamparon allí**. Quizá el conocimiento de Moisés acerca de la región, ayudó al pueblo a llegar a Elim.

b. Provisiones en el desierto de Sin (cap. 16)

(1) La provisión de maná y codornices (16:1–20). **16:1–12.** Desde su salida del desierto de Shur (15:22), los israelitas viajaron un mes (cf. 12:6) hasta entrar al **desierto de Sin ... entre Elim y Sinaí**. Durante el viaje a Sinaí, el Señor les proveyó de varias cosas, incluyendo pan (16:4), y codornices (v. 13; cf. vv. 8, 12). Seguramente después de varias semanas de recorrido, el abastecimiento de pan (cf. 12:34) se había agotado, así que el pueblo redimido **murmuró contra Moisés** una vez más (cf. 15:24). La falta de pan ocasionó que la gente se olvidara de la gran aflicción que había padecido en **Egipto**, que pensara solamente en el pan que había tenido allá (cf. Nm. 11:5), y que cuestionara las motivaciones de su líder. Al igual que la queja del pueblo en las aguas de Mara, **Jehová** respondió inmediatamente y les dio **pan del cielo** (al cual llamaron “maná”; V. el comentario de Éx. 16:31). El pan caía por **la mañana** (vv. 8, 12–13)—realmente durante la noche (Nm. 11:9)—y se derretía con el calor del día (Éx. 16:21). Cada día, el pueblo debía recoger solamente la **porción de un día**. ¡Esto implica que tenían que confiar en que **Jehová** traería la comida cada mañana! **En el sexto día** debían **recoger** suficiente para ese día y el siguiente, ya que Dios no mandaría pan en el séptimo día (v. 5; cf. v. 26). **Moisés y Aarón** reprendieron al pueblo por murmurar contra ellos (v. 7) y **Jehová** (v. 8), y les aseguraron que el Señor tenía poder para satisfacer su necesidad. Tal provisión enseñaría a la **congregación** que **Jehová** es **Dios** (v. 12).

16:13–20. Esa misma **tarde**, milagrosamente Dios les mandó **codornices** en respuesta a su petición de carne (v. 3; cf. Nm. 11:31–32, que se refiere a una ocasión diferente; Sal. 78:27–28; 105:40). En el otoño, esa pequeña ave, similar al faisán y al guaco, emigra desde el sur de Palestina y Arabia, hacia África Central, y regresa durante la primavera. Algunas piezas de arte egipcio muestran a personas atrapando pájaros con redes pequeñas.

El **pan** (cf. Éx. 16:4, 12) caía junto con el rocío. Cuando el **rocío** se secaba, quedaba **una ... menuda ... escarcha sobre la tierra** del desierto. El pueblo nunca había visto algo semejante y se preguntaba: **¿Qué es esto?** (V. el comentario acerca del “maná”; 16:31–36). El salmista Asaf llamó a ese pan “pan de nobles” (“pan de ángeles” BLA, VP) porque

descendía del cielo (Sal. 78:25). Dios les dijo que tomaran **un gomer** (ca. dos litros); (V. la “Tabla de pesas y medidas en la Biblia” en el Apéndice, pág. 304) **por cabeza** y que lo guardaran **en su tienda**. Y así **hicieron** obedientemente **los hijos de Israel** (Éx. 16:17). Sin embargo, algunos no acataron la instrucción siguiente (v. 19), y guardaron provisión para el **otro día**. Como resultado de su falta de fe, Dios hizo que se pudriera el pan.

(2) Provisión del descanso sabático para el pueblo. **16:21–30**. Esta es la primera mención del sábado en la Biblia. Después de trabajar seis días durante la creación, Dios descansó en el séptimo día (Gn. 2:2–3). Las palabras hebr. que se trad. “séptimo” y “descansó”, son similares. El mandamiento de Dios para los israelitas de descansar el sábado, vino a formar parte del decálogo (Éx. 20:8–11). Siguiendo las instrucciones del Señor (16:4), la mayoría de la gente recogía suficiente pan para cada día, y **el sexto día** recogía el **doble**, porque el séptimo día era **de reposo** (v. 23; cf. v. 26), **el reposo consagrado a Jehová** (cf. v. 26). Dios no mandaría pan ese día, por consiguiente, una parte del alimento del sexto día debía ser cocinado para conservarlo para el séptimo día. Haciendo caso omiso de las instrucciones divinas (v. 23), **algunos del pueblo salieron en el séptimo día a recoger** pan. La falta de fe en la palabra de Dios equivale a desobediencia. Molesto, **Jehová** les preguntó: **¿Hasta cuándo no querréis guardar mis mandamientos y mis leyes?**

(3) Provisión de un recordatorio de la gracia de Dios en el desierto. **16:31–36**. **La casa de Israel ... llamó** al pan **maná** (*mān hūʾ*, “¿qué es esto?” cf. v. 15). Las piezas de maná eran **hojuelas** delgadas (v. 14), **blancas ... como semilla de culantro** (una hierba). Tenían aspecto de resina (Nm. 11:7, tal vez dando a entender que eran de color claro y/o pegajosas), y sabían a **hojuelas con miel**. También tenían el sabor como “de aceite [de oliva] nuevo” (Nm. 11:8). Algunos escritores han sugerido que el maná era una secreción dulce, dejada por los insectos en las ramas de los árboles tamariscos en junio y julio. Sin embargo, el maná caía sobre el suelo todo el año, y además, las secreciones de los tamariscos no se pudren en 24 horas.

Dios le dijo a **Moisés** que guardara **un gomer** de maná (ca. 2 litros, o **la décima parte de un efa**, Éx. 16:36), en **una vasija** como memorial de la bondad de Dios para las generaciones futuras. El maná debía ponerse **delante del Testimonio** (v. 34). “El Testimonio” se refiere a las dos tablas de la ley (25:16; 31:18; 32:15; 34:29) que estaban en “el arca [del pacto] del Testimonio” (25:16, 21) en el lugar santísimo. La palabra hebr. (y la palabra académica correspondiente) que se trad. “Testimonio” pudo haber sido un término técnico usado para designar las estipulaciones del pacto. Para una discusión sobre si el maná se guardó dentro del arca, como sugiere Hebreos 9:4, o si se puso frente a ella, V. el comentario de 2 Crónicas 5:10.

El Señor siguió proveyendo maná **hasta que llegaron** a Gilgal, donde empezaron a comer los productos de la tierra (Jos. 5:12). El maná en el arca era un recordatorio perpetuo de la lealtad de Dios al proveer para su pueblo sus necesidades. Jesús, refiriéndose al maná de los israelitas (Jn. 6:31, 49, 58), se llamó a sí mismo “el verdadero pan [espiritual] del cielo” (Jn. 6:32), “el pan de Dios ... del cielo (Jn. 6:33), “el pan de vida” (Jn. 6:35, 48), y “el pan vivo ... del cielo” (Jn. 6:51). Él dijo que todo aquél que creyere en él, tendría vida eterna (Jn. 6:33, 51, 58).

c. *Provisiones en Refidim (cap. 17)*

Este cap. registra dos provisiones adicionales de Dios para su pueblo: agua (vv. 1–7) y victoria en la batalla (vv. 8–16). El Señor les estaba demostrando que él era capaz de sustentar y cuidar a los suyos.

17:1–7. Después de que los israelitas partieron del **desierto de Sin ...**, **acamparon en Refidim**. (Pero también habían acampado en Dofca y Alus antes de Refidim, Nm. 33:12–14.) Tradicionalmente se cree que Refidim es en la actualidad Wadi Refayld, cerca de Gebel Musa, la supuesta ubicación del monte Sinaí.

Cansados del viaje, llegaron a un oasis y **no** encontraron **agua**. **El pueblo** se quejó contra **Moisés** otra vez y lo culparon por haberlos sacado de **Egipto** (cf. Éx. 16:3). Esta ocasión, su murmuración fue peor que las anteriores y que su falta de fe en Mara (15:24) o en el desierto de Sin (16:2), ya que aquí el pueblo **altercó con Moisés** (17:2) y hasta querían apedrearle (v. 4). Moisés dijo que con tal enfrentamiento estaban tentando a **Jehová** (v. 2); i.e., que estaban desafiando al Señor o poniendo a prueba su paciencia (v. 7), en lugar de confiar en él.

Pero Dios fue paciente con su pueblo desobediente y quejumbroso. Él dijo a **Moisés** que tomara su **vara ...**, **con la que** había golpeado **el río** Nilo (7:20), y que golpeará **la peña** en Horeb (17:6). Esa “vara de Dios” (4:20; 17:9) era un símbolo de poder; tomarla era señal de dependencia y fe en Dios. Aunque Horeb es otro de los nombres dados al monte Sinaí, el pueblo de Israel no acampó en Sinaí sino hasta tiempo después (19:1). Sin embargo, “Horeb” también puede usarse para designar la región del Sinaí. Refidim estaba cerca de Sinaí, de tal suerte que las faldas del monte llegaban hasta ese lugar. Cuando Moisés golpeó la roca, el Señor se complació porque vio que su pueblo saciaba su sed en la abundancia de las **aguas**. Así fue como el Señor realizó otro milagro para suplir las necesidades de su pueblo. Debido a que el pueblo había tentado a **Jehová** en ese lugar, **Moisés lo llamó** de dos maneras: **Masah** (“tentar”) y **Meriba** (“altercado”).

17:8–16. En **Refidim**, el Señor también le dio a su pueblo una victoria militar. Los amalecitas eran tribus nómadas que merodeaban por el desierto al sur de Canaán (cf. 1 S. 15:7; 27:8). Descendían de Esaú por la línea de Elifaz (Gn. 36:12). Es evidente que estaban tratando de desalojar a los israelitas de ese placentero oasis para defender su territorio y evitar una posterior invasión. Durante esa crisis, **Moisés** llamó a **Josué**, quien se menciona aquí por primera vez. Aunque Josué entró en la batalla con celo, la victoria ya era segura, y Dios mostraría su poder de manera especial. El hecho de que Moisés levantara **la vara de Dios** (cf. Éx. 4:20) sobre su cabeza con ambas manos, simboliza la absoluta dependencia de Israel en el poder divino. Cuando Moisés bajaba sus manos, **prevalecía Amalec**, porque mostraba la falta de dependencia en el Señor. Con la ayuda de **Aarón y Hur**, Moisés mantuvo sus manos levantadas, y así se logró una gran victoria. (Hur se menciona solamente aquí; 17:12; y en 24:14; 1 Cr. 2:19–20; el Hur que se cita en Éx. 31:2; 35:30; 38:22 probablemente es otra persona. Y aun hay otro personaje llamado Hur, un rey madianita, que se menciona en Nm. 31:8; Jos. 13:21).

La derrota de los de **Amalec** fue algo que Dios quería que Josué recordara. Los amalecitas siguieron siendo enemigos acérrimos y perpetuos de Israel (cf. Nm. 14:45; Jue. 6:33; 1 S. 14:48; 15:7; 27:8), hasta que fueron totalmente destruidos por el rey David (1 S. 30). **Moisés** conmemoró la victoria de ese día construyendo **un altar**, al cual puso por **nombre Jehová-nisi**, que significa Jehová es mi estandarte. Un dato interesante es que en Éxodo 17:4 se menciona por primera vez que se escribió un registro oficial de los acontecimientos, aunque seguramente Moisés llevaba algún tipo de diario de la

peregrinación (Nm. 33:2). En todo tiempo, el Señor se mostró fiel con su pueblo, protegiéndolo y preservándolo.

d. Provisión de consejo sabio para Moisés (cap. 18)

Existe un contraste entre la historia de la visita de Jetro y la confrontación con el pueblo de Amalec. Éste vino a pelear, y el otro vino a buscar sabiduría; con el primero hubo guerra, y con el otro, juicio o mediación para la paz; con uno, la mano de Moisés fue pesada, con el otro, el líder se dio cuenta de que el trabajo que realizaba era demasiado pesado. El cap. tiene tres secciones: el escenario de la visita de Jetro (vv. 1–6), la alabanza de Jetro (vv. 7–12), y el consejo de Jetro (vv. 13–27).

18:1–6. Jetro ... suegro de Moisés (cf. 4:18; también conocido como Reuel, 2:18), escuchó acerca del éxodo y fue a visitar a **Moisés** cuando los israelitas estaban acampando en Refidim, **junto** a Sinaí (V. el comentario de 17:16 respecto a Horeb y Sinaí), **el monte de Dios** (18:5; cf. 3:1; 4:27; 24:13). Aparentemente, **Jetro** había seguido de cerca los asuntos de su yerno, así que cuando los israelitas llegaron a Refidim, decidió ir a verlo. También aprovechó la oportunidad para reunir a sus nietos **Gersón** (“destierro”; cf. el comentario de 2:22) y **Eliezer** (“Dios es mi ayudador”), y a su hija **Séfora** con Moisés, ya que es evidente que Moisés los había mandado con Jetro después de que él y Aarón viajaron hacia Egipto. Aunque no se menciona la razón que tuvo para hacer esto, es probable que Moisés hubiera querido protegerlos de los horrores de la opresión egipcia. Así que después de varios meses, Moisés se reunió de nuevo con su familia.

18:7–12. El encuentro de Moisés con Jetro se distingue por las muestras de respeto (**se inclinó**) y agradecimiento (**lo besó**) que manifestaron al saludarse. **Moisés** le **contó** todas las cosas emocionantes que habían ocurrido después de que regresó a Egipto, especialmente de **cómo los había librado Jehová**. Fascinado por esas noticias maravillosas, **Jetro** exclamó: **Bendito sea Jehová**. Enseguida, dio testimonio de que conocía que **Jehová es más grande que todos los dioses**. Convencido de la superioridad de Jehová, **Jetro** ofreció **holocaustos y sacrificios** para mostrar respeto hacia **Dios**. Los **holocaustos** fueron totalmente consumidos por el fuego. Sin embargo, los otros **sacrificios** eran parte de una comida comunal que Jetro compartió con los líderes de Israel, tal vez para celebrar algún pacto o acuerdo de paz. La escena que describe el pasaje fue de alabanza jubilosa y compañerismo, aunque no se menciona explícitamente la condición espiritual de Jetro. Él regresó a Madián (v. 27) tal vez convertido al único Dios verdadero, o quizá siguió siendo sacerdote de los madianitas idólatras. Más tarde, las palabras que dijo a Moisés sugieren que ya temía a Dios (“Dios estará contigo”, v. 19; “escoge ... varones ... temerosos de Dios” v. 21; “si ... Dios te lo mandare”, v. 23).

18:13–23. Jetro observó que Moisés invertía demasiado tiempo en resolver asuntos y juzgando **entre el uno y el otro**. **El pueblo** venía a él (su profeta, Dt. 34:10) **para consultar** acerca de la voluntad de **Dios**. Pero Jetro advirtió a Moisés contra esa práctica, diciéndole que muy pronto se agotarían sus fuerzas, debido a la pesada carga de trabajo que estaba tratando de hacer él solo (**¿Por qué te sientas tú solo ...? ... no podrás hacerlo tú solo**, Éx. 18:14, 18). Por otro lado, **también el pueblo** se cansaría de esperar su turno para presentar sus casos (v. 18).

Con sabiduría, Jetro aconsejó a Moisés que delegara algunas de sus responsabilidades. No obstante, el líder era el que debía seguir enseñando al pueblo **las leyes** de Dios (cf. v. 16) y la forma en que debía **andar**. Por tanto, era necesario que designara **varones** con excelentes cualidades espirituales y morales para que **juzgaran** y vigilaran que se

cumpliera la ley (vv. 20–21). Esos hombres debían ser “sabios ..., entendidos ..., expertos ..., los principales” de sus tribus (Dt. 1:13, 15). **Moisés** sería su maestro y estaría representando al **pueblo delante de Dios** (Éx. 18:19), pero la mayoría de los asuntos judiciales estarían a cargo de los otros. Como **jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez** (palabras que se usan para aquéllos que tenían rangos militares), ellos debían actuar en los distintos niveles de las cortes civiles para dictaminar en los casos de acuerdo a su grado de importancia.

18:24–27. Moisés aceptó el consejo de su suegro, y evidentemente implantó ese sistema judicial después de que la ley fue dada en el monte Sinaí (Dt. 1:9–15; cf. Horeb en Dt. 1:6). Si esto sucedió así, entonces la sección de Éxodo 18:24–26, relativa a la implementación posterior del plan, se incluye aquí para completar el relato del consejo de Jetro. En ocasiones en el A.T., los escritores hacían el relato por tópicos en vez de ponerlos por estricto orden cronológico.

II. Revelación al pueblo de Dios en Sinaí (caps. 19–40)

Los israelitas llegaron al monte Sinaí, y allí permanecieron durante todo el tiempo que duraron los acontecimientos que se registran desde Éxodo 19:1 hasta Números 10:10. En total, estuvieron en Sinaí 11 meses y 6 días—desde el día 15 del tercer mes de su primer año de peregrinación (cf. Éx. 12:2, 6 con 19:1), hasta el “año segundo, en el mes segundo, a los veinte días del mes” (Nm. 10:11). Moisés recibió la ley de Dios en ese lugar junto con sus muchas instrucciones relativas a la adoración del pueblo redimido.

A. Pacto de Dios con su pueblo (caps. 19–31)

Dios había liberado a su pueblo de Egipto, de “casa de servidumbre” (13:3, 14; 20:2; cf. el comentario de Dt. 5:6), por medio de la sangre rociada (Éx. 12), y haciéndolo cruzar en forma milagrosa el mar Rojo (de los Juncos; Éx. 14). Después, los llevó a Sinaí, donde concertaría un pacto con ellos. La ley fue la “carta constitutiva” nacional para ese estado teocrático que viviría bajo el reinado de su Dios, Jehová.

1. ESCENARIO DE LA REVELACIÓN DE LA LEY (CAP. 19).

El pacto o “convenio” mosaico es similar en su forma a los tratados de vasallaje que existían entre los reyes del Cercano Oriente con sus súbditos. Muchas partes de esos tratados están incluidas en el pacto mosaico de Dios con su pueblo. Es evidente que esa era una estructura literaria común en aquellos días. (V. “El pacto mosaico comparado con los acuerdos de vasallaje”, en el Apéndice, pág. 322). Aquí, Dios es el soberano absoluto y los vasallos serían los israelitas.

a. El campamento frente al monte Sinaí (19:1–2)

19:1–2. Exactamente tres meses después **de la salida ... de Egipto**, los israelitas llegaron **al desierto de Sinaí** y acamparon **delante del monte Sinaí**. La palabra “desierto” no siempre significa tierra árida; a veces se refiere a una porción de tierra deshabitada donde pastaba el ganado. Se desconoce la ubicación exacta del monte Sinaí, pero tradicionalmente se identifica con Gebel Musa, que se encuentra en la parte sur de la

península de Sinaí. También se le llama el monte de Dios (cf. 3:1; 4:27; 18:5; 24:13), o monte Horeb, y fue donde el Señor se apareció a Moisés en la zarza ardiente.

b. Beneficios del pacto (19:3–6)

19:3–4. Mientras los israelitas acampaban en Sinaí, **Moisés subió** al monte, donde Dios habló con él acerca del pacto que ratificaría con su pueblo (**Jacob e Israel** son sinónimos del nombre de la nación).

Dios comparó la liberación del pueblo de la opresión egipcia, después pasando a través del mar Rojo (de los Juncos) y por último, llevándolos hasta Sinaí, con la acción de llevarlos **sobre alas de águilas** (cf. Dt. 32:10–11). Cuando los aguiluchos están aprendiendo a volar, la madre vuela por debajo de ellos con sus alas extendidas para salvarlos si caen.

19:5–6. Ese convenio hecho por Dios (**mi pacto**), otorgaría a Israel una posición privilegiada entre los **pueblos** a cambio de que aceptaran las leyes justas de Dios. Si ellos aceptaban y obedecían las estipulaciones del tratado, Dios prometió hacerlos su **especial tesoro** (cf. Dt. 7:6; 14:2; 26:18; Sal. 135:4; Mal. 3:17). Sería su pueblo, muy valioso para él, y además gozarían de una relación con él. También serían **un reino de sacerdotes**, i.e., cada miembro de la nación, cuyo rey es Dios, tendría acceso a su presencia y a mediar como sacerdote a favor de otros. Asimismo, sería **gente santa**, una nación moralmente pura y dedicada por completo al servicio del Señor. Él había redimido a Israel para que pudiera tener comunión con él y para separar a la nación para sí.

c. Preparativos para el pacto (19:7–25)

19:7–15. **Moisés** informó a **los ancianos** y al **pueblo** acerca del pacto de Dios y de su plan de poseerlos en forma exclusiva. **El pueblo respondió** gustosamente y de todo corazón, prometiendo que obedecería su ley estrictamente. Como preparación, Dios les mandó que se apartaran de impurezas y que se consagraran a él. El rito de purificación consistía en lavar sus vestidos y abstenerse de tocar **mujer**. Además, durante ese período de tres días, ninguna persona o **animal** podía tocar el **monte**, o **de seguro** moriría. Esta preparación tan minuciosa subraya la importancia del acontecimiento que estaba por ocurrir. El Dios de los cielos estaba a punto de hacer un pacto con su pueblo. A diferencia de las deidades paganas, que supuestamente moraban en las montañas, el Dios de Israel descendería del cielo (1 R. 8:30, 49) a las montañas para conversar con su pueblo. Solamente cuando escuchara el sonido de **la bocina** (cf. Éx. 19:16, 19), podría el pueblo acercarse al **monte** (v. 13).

19:16–25. **Al tercer día** de los preparativos, el Dios de los cielos descendió al monte **Sinaí** haciendo un extraordinario despliegue de poder y majestad. El Señor mostró su santidad y grandeza; y no es de sorprender que el pueblo **se estremeció**, mientras permanecía **al pie del monte** (v. 16; cf. 20:18). Los israelitas escucharon el ruido de los **truenos** y un **sonido de bocina muy fuerte** (cf. 19:13); además, vieron **relámpagos, fuego y humo ... como ... de un horno**. Asimismo, sintieron que el **monte se estremecía en gran manera**, como un terremoto violento. La “nube negra” de humo ocasionó “oscuridad” en el cielo (Dt. 4:11; cf. Éx. 20:21).

Solamente a **Moisés** (19:20) y a **Aarón** (v. 24) se les permitió estar en el monte; **los sacerdotes y el pueblo** sólo podían estar de pie frente a él porque morirían si llegaban a ver a **Jehová** por curiosidad (cf. el comentario de 33:11, 20; Jn. 1:18). Debido a que todavía no se establecía el sacerdocio levítico, los ancianos (Éx. 3:18), o algunos jóvenes (24:5)

fungían como sacerdotes. **Moisés** hizo tres viajes de ida y vuelta a la cima de la montaña (19:3, 7; vv. 8–9; vv. 20, 25). Las instrucciones que recibió el caudillo hicieron que el pueblo recordara vívidamente la distancia abismal que hay entre lo divino y lo humano, así como el milagro de la revelación divina.

2. EL DECÁLOGO (20:1–21).

Uno de los grandes acontecimientos de la historia de Israel, y quizá de toda la humanidad, es el momento en que Dios promulgó su ley. Ésta no fue dada para que los israelitas pudieran llegar a ser justos si la cumplían (Ro. 3:20a; Gá. 3:11), porque la justificación ante Dios siempre ha sido a través de la fe (confianza) en el Señor (Gn. 15:6; Ro. 4:3, 22; 5:1; Gá. 2:16; 3:6, 21). Más bien, la ley serviría para que los israelitas pudieran ver su pecado (Ro. 3:19–20b; 7:7) al compararlo con los estándares de santidad y justicia divinas, y para condenar a la humanidad. La ley mosaica que aparece en Éxodo consta de tres partes: el decálogo (Éx. 20:1–21), el libro del pacto, que incluye las ordenanzas civiles y religiosas (20:22–24:11) y los reglamentos ceremoniales (24:12–31:18).

a. *Introducción al decálogo (20:1–2)*

20:1–2. Los diez mandamientos (la frase de 34:28 “diez mandamientos” es lit., “diez palabras”) son el eje de todas las leyes civiles y religiosas de Israel y consta de dos partes. Los primeros cuatro mandamientos tratan de la relación de los israelitas con Dios, y los otros seis tratan de las relaciones sociales que se debían observar dentro de la comunidad del pacto. Antes de dar esas diez estipulaciones, **Dios** habló; i.e., hizo un preámbulo en el que trató el asunto de su relación única con su pueblo (**Yo soy Jehová tu Dios**, 20:2a) y en ese prólogo histórico resumió brevemente todo lo que él había hecho por ellos (**te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre**, v. 2b; cf. 13:3, 14; Dt. 5:6; 6:12; 7:8; 8:14; 13:5, 10). Siglos antes, Dios había llamado a Abraham para que dejara su tierra de Ur (Gn. 15:7); y después, sacó de Egipto a los descendientes de ese patriarca.

Los diez mandamientos son un excelente resumen de las diez reglas divinas que deben regir la conducta humana. Pueden llamarse reglas acerca de (1) religión, (2) adoración, (3) reverencia, (4) tiempo, (5) autoridad, (6) vida, (7) pureza, (8) propiedad, (9) lengua y (10) contentamiento.

b. *El primer mandamiento (20:3)*

20:3. El primero de los diez mandamientos estipuló que Israel debía servir al único Dios verdadero. Adorar a **dioses** falsos equivaldría a poner rivales ante el Señor (**delante de mí** puede significar “en oposición a mí” o bien, “en mi presencia”) y cuestionar el hecho de que él es el único Dios (cf. vv. 22–23). Desafortunadamente, Israel a menudo desobedeció ese primer mandamiento y adoró a los ídolos de otras naciones. Al final, esto fue lo que provocó que los israelitas fueran exiliados a Asiria y Babilonia.

c. *El segundo mandamiento (20:4–6)*

20:4–6. La adoración a Dios debía ser espiritual, no material. A Israel se le prohibió adorar ídolos (v. 3) así como hacer imágenes de Dios. La palabra **imagen** es *pesel*, y significa “madera o piedra labrada”, y viene de *pāsal*, “labrar”. Posteriormente (34:17), también se prohibieron los “dioses de fundición” que se hacían con metal derretido. Como

Dios es espiritual, ninguna representación material puede parecerse a él. Asimismo, se les prohibió hacer ídolos en representación de Dios que se parecieran a cosas que estaban en el cielo (sol, luna, estrellas) o **en la tierra** (animales), o **en las aguas debajo de la tierra** (peces, cocodrilos o algún otro tipo de vida marítima), porque **Dios** es un Dios **celoso** (cf. 34:14; Dt. 5:9; 6:15; 32:16, 21; Jos. 24:19); i.e., desea que la devoción sea otorgada exclusivamente a él. Su carácter único (Éx. 20:3), merece devoción única. La ausencia de tal dedicación se llama pecado y tiene repercusiones en las generaciones futuras. Por tanto, aquellos que le **aborrecen** serán castigados por él. En contraste, él siempre es leal (hace **misericordia *hesed***, “amor leal”) a aquellos que le **aman** y que demuestran ese amor por medio de la obediencia (cf. 1 Jn. 5:3).

d. El tercer mandamiento (20:7)

20:7. El nombre de Jehová debe ser protegido y honrado. Los israelitas no debían utilizar su nombre con propósitos ociosos, frívolos o falsos (tal como al hacer un juramento sin intención de cumplirlo, Lv. 19:12). El pueblo no debe utilizar el nombre santo con fines egoístas y malvados (cf. Sal. 139:20; también V. el comentario de Dt. 5:11), tratando así de usurpar su autoridad.

e. El cuarto mandamiento (20:8–11)

20:8–11. Debía guardarse un día solemne de adoración a **Dios** cada semana. Guardar el **día de reposo para santificarlo** significa que debía separarse el **séptimo día** de los otros seis y hacerlo un día especial para **Jehová**. El pueblo tenía que trabajar **seis días** y adorar a Dios en el séptimo. Esto contrastaba con la esclavitud en Egipto, donde se supone que los israelitas no podían romper la rutina diaria. La base de este mandamiento es que Dios creó el universo en **seis días** y descansó **en el séptimo día** (Gn. 2:2–3; Éx. 16:23). Esto no quiere decir que el séptimo debe ser un día de ocio o pereza, sino de servicio espiritual en el que se cumplan las ordenanzas religiosas. En caso de que este mandamiento fuera violado, Dios impuso la pena de muerte (Éx. 31:15; Nm. 15:32–36). En la era actual de la iglesia, el día de adoración ha sido cambiado de sábado a domingo, ya que la resurrección de Jesús se efectuó en el primer día de la semana (cf. Hch. 20:7; 1 Co. 16:2).

f. El quinto mandamiento (20:12)

20:12. Los mandamientos del quinto al décimo forman la segunda porción de la ley (vv. 12–17) y tratan de las relaciones personales con los demás. Todos los mandamientos incluyen una prohibición, con excepción del cuarto (el último del primer grupo), y del quinto (el primero del segundo grupo). El quinto mandamiento se refiere al respeto (honor) que se debe dar a los padres e implica la obediencia y sumisión a ellos (cf. Ef. 6:1–2). La promesa de longevidad que acompaña al mandamiento (**para que tus días se alarguen**) se refiere a la permanencia de Israel como nación bajo la relación pactal con Dios (**en la tierra que Jehová tu Dios te da**), y no a la longevidad de cada individuo que obedezca. El maldecir a los padres, lo que equivale a rechazar su autoridad, se consideraba como ofensa capital (Éx. 21:17; Lv. 20:9; Pr. 20:20).

g. El sexto mandamiento (20:13)

20:13. Para preservar a la humanidad y porque toda persona tiene la imagen divina (Gn. 9:6), Dios dijo a los israelitas: **no matarás** (*rāṣah*, “asesinar”) a nadie.

h. El séptimo mandamiento (20:14)

20:14. Este mandamiento fue específicamente estipulado para proteger la santidad del hogar (He. 13:4; V. el comentario de Gn. 2:24; Mr. 19:1–12), la unidad fundamental donde se edifica la sociedad. El voto matrimonial es un pacto sagrado que **no** debe quebrantarse bajo ninguna circunstancia practicando la infidelidad sexual. El adulterio (*nā'ap*) se refiere a la infidelidad, ya sea por parte del hombre o de la mujer (Lv. 20:10).

i. El octavo mandamiento (20:15)

20:15. Este estatuto fue dado para promover el respeto por la propiedad de otros. Este también es un elemento importante para tener una sociedad estable. Y está íntimamente relacionado con el décimo mandamiento.

j. El noveno mandamiento (20:16)

20:16. Este mandamiento tiene que ver con emitir un **falso testimonio** contra alguien con objeto de causarle daño sin justificación. Guardar esta ley ayuda a mantener la estabilidad en la sociedad y protege la reputación de los individuos.

k. El décimo mandamiento (20:17)

20:17. Este mandato es una medida de seguridad general para evitar muchos otros pecados, especialmente los mencionados en los mandamientos sexto al noveno. Los israelitas **no** debían codiciar, o desear ávidamente, lo que legítimamente pertenecía a otros.

Estos estatutos son las declaraciones fundamentales para establecer una sociedad íntegra, como la ordenada por el Dios santo y justo. Aunque en la actualidad los creyentes no están bajo la ley (Ro. 6:15), sí están obligados a someterse a los santos preceptos que se presentan en los diez mandamientos. Nueve de estas diez reglas se repiten en el N.T. con estipulaciones adicionales que son aún más exigentes que las de Éxodo 20:3–17. El que no se repite es el que ordena guardar el sábado; aún así, debe consagrarse el primer día de la semana para adorar a Dios en memoria de la resurrección del Salvador.

l. La respuesta del pueblo (20:18–21)

20:18–21. El **pueblo**, al estar frente al **monte**, respondió con temor y asombro (cf. 19:16). Reconoció el gran poder y majestad de Dios, y quería escucharlo *a través* de **Moisés**—no directamente, porque serían destruidos. **Moisés** les aseguró que el propósito de este despliegue de poder y santidad de Dios era probarlos y ver su reacción. El **temor** hacia él detendría su desobediencia. Pero trágicamente, Israel perdió pronto el temor a Dios (Éx. 32)—un tema que se repite con frecuencia a través de su historia.

3. EL LIBRO DEL PACTO (20:22–24:11).

Dios aplicó y amplió el decálogo exponiendo las implicaciones civiles y religiosas que tendría para la nación. Esta sección se llama “el libro del pacto”, frase que se encuentra en 24:7.

a. Estatutos acerca de la adoración (20:22–26)

20:22–26. Dios dio a la nación reglamentos acerca de cómo debía adorarle a él, el Dios verdadero y cómo construir un **altar**. El Señor había descendido **desde el cielo** hasta el

monte Sinaí (19:20) para darles los diez mandamientos. Aquí (20:22–23:19) amplía algunos de ellos. El mandamiento de adorar solamente a Dios, y no a otros dioses (20:23), y la advertencia en cuanto a que no debían hacer ídolos de piedra, **de plata** o **de oro**, enfatiza una vez más el primero y segundo mandamientos (vv. 3–4).

El pueblo debía ofrecer sobre un altar **holocaustos** y **ofrendas de paz**, en **memoria de su nombre** y ellos recibirían bendiciones. La referencia a un solo altar indica que Dios quería que la adoración se centralizara en un sólo sitio. El altar no debía estar adornado por artesanos, sino que debía ser **de tierra** (i.e., de piedras naturales; cf. Dt. 27:5–7), y sin **gradas**, para que los sacerdotes no mostraran su **desnudez**. En aquella época, eran muy comunes los altares ornamentados con complicados labrados, plataformas elevadas y escaleras, donde se adoraba a las falsas deidades.

b. Estatutos acerca del trato a los esclavos (21:1–11)

21:1–6. El tema de los vv. 1–11 se refiere a los reglamentos que gobiernan los derechos de los esclavos hebreos, sean varones (vv. 1–6) o mujeres (vv. 7–11). Dentro de la sociedad israelita, un individuo podía venderse a sí mismo y a su esposa como esclavos en caso de extrema pobreza o por excesivas deudas (Lv. 25:39; Dt. 15:12; 2 R. 4:1; Neh. 5:5), pero la esclavitud debía limitarse a **seis años** (Éx. 21:2). Este era un servicio que se prestaba de común acuerdo entre el esclavo y su amo. Además, el **amo** tenía la obligación de proveer para su **siervo** cuando quedara en libertad (Dt. 15:13–14). Si un **siervo** deseaba permanecer al servicio de su amo, su petición debía ser aprobada por **los jueces**, en cuyo caso su **oreja** sería horadada con una **lesna**, como símbolo de servicio voluntario (Sal. 40:6). Una **sierva** podía hacer lo mismo (Dt. 15:17).

21:7–11. Las siervas eran tratadas en forma diferente. Muchas veces, se convertían en concubinas o esposas secundarias (cf. Gn. 16:3; 22:24; 30:3, 9; 36:12; Jue. 8:31; 9:18). Algunos padres hebreos pensaban que era más ventajoso que sus hijas se convirtieran en concubinas de sus vecinos bondadosos y ricos que ser esposas de hombres de su misma clase social. Si una **hija** que hubiere sido vendida como **sierva**, no agradaba a su amo, ella podía ser redimida por un pariente cercano (cf. Lc. 25:47–54), pero nunca vendida a un **pueblo extraño** (Éx. 21:8); también, ella podía redimirse sola. Si se casaba con el **hijo** de su amo, se le otorgaba el mismo estatus de la familia (v. 9). Si el amo se casaba con alguien más, era su obligación proveer de tres cosas a su sierva: **alimento ... vestido** y techo (**deber conyugal** quizá se refiere a un lugar en que pudiera vivir y no a privilegios sexuales).

c. Estatutos acerca de la pena capital (21:12–17)

21:12–17. Estos vv. enumeran cuatro crímenes que merecen la pena de muerte: asesinato premeditado (vv. 12, 14; cf. el sexto mandamiento en 20:13 y Gn. 9:6); violencia física contra los padres (Éx. 21:15); secuestro (v. 16; cf. Dt. 24:7); y abuso verbal contra los padres (Éx. 21:17; cf. el quinto mandamiento en 20:12 y Lv. 20:9). Había tolerancia para las muertes accidentales o sin intención (Éx. 21:13). Una persona “culpable” podía escapar a una de las seis ciudades de refugio una vez que el pueblo de Israel estuviera establecido en la tierra prometida (Nm. 35:6–34; Dt. 19:1–13; Jos. 20). Ya que el hogar es tan importante, se cuida su santidad, se protege a los padres y se controla a los hijos; la falta de respeto debía tratarse con la misma severidad que el asesinato.

d. Estatutos acerca de daños físicos (21:18–27)

En este pasaje se dan algunos reglamentos en relación con ciertas infracciones civiles, que no son tan severas como para ameritar la pena de muerte.

21:18–19. En una riña, la parte agredida, ya sea que el daño haya sido premeditado o no, debe recibir compensación por el tiempo que la persona **estuvo sin trabajar** (mientras **anduviere fuera sobre su báculo**), y por los gastos médicos.

21:20–21. Los amos no debían tratar cruelmente a sus siervos, aunque fueran considerados **de su propiedad**. Si un amo golpeaba a su **siervo ... y muriere**, el amo debía ser **castigado** (pero probablemente no con la muerte). Sin embargo, si el siervo se recuperaba pronto, no sería **castigado** (ya que no había intento de homicidio); y la pérdida de días de trabajo del siervo constituía una pérdida para el amo.

21:22–25. Si una **mujer embarazada** daba a luz a su hijo prematuramente por causa de un golpe, pero ni ella ni el hijo sufrían “ningún otro daño” (RVR95), la parte culpable debía pagar la compensación del daño, siendo éste determinado por el **marido y los jueces**. Sin embargo, **si hubiere muerte** (“si le causan otro daño”, RVR 95) de la madre o del hijo por nacer, entonces el culpable debía ser penalizado proporcionalmente al daño ocasionado. Generalmente, la muerte sin premeditación no era castigada con pena capital (cf. vv. 12–13), pero en definitiva, aquí sí. En este pasaje, un feto es considerado como un ser humano completo al igual que la madre; y el aborto era considerado un homicidio. El daño físico que se hiciera a alguna persona debía ser pagado en igual proporción por el agresor (vv. 24–25); esta es la ley del talión (cf. Lv. 24:19–20; Dt. 19:21). Esa ley estaba diseñada para *restringir* la aplicación del castigo, de manera que fuera equitativo.

21:26–27. Sin embargo, la ley de la venganza no se aplicaba a un amo que hiriera a su **siervo**. Cualquier daño permanente causado al siervo resultaba en su liberación legal (el amo **le dará libertad**).

e. Estatutos acerca de la negligencia (21:28–36)

21:28–36. Aquí se dan mandamientos para casos de agravio por negligencia. Primero, Dios dio reglas en cuanto a los daños ocasionados por animales (vv. 28–32). **Si un buey** corneaba a una persona y ésta moría, el animal debía morir. Pero si el animal tenía la costumbre de atacar violentamente a la gente, y **su dueño** no hacía nada para prevenirlo, ambos, **el dueño y el buey** debían morir por ocasionar la muerte de alguien. El dueño podía evitar la pena de muerte si compensaba económicamente lo que determinarían los parientes del difunto. Si un **siervo** era muerto por un **buey**, el dueño del animal tenía que remunerar al **amo** del siervo con **treinta siclos de plata** (cf. Mt. 26:14–15), que aparentemente era el precio de un **siervo**.

En segundo lugar, en caso de pérdida de un animal por negligencia de alguna persona (e.g., no cubrir un **pozo**—quizá de los usados para almacenar agua de lluvia—para impedir que un animal cayera dentro), la parte culpable tenía que pagar la compensación completa por la pérdida del animal (Éx. 21:33–34). Este reglamento era importante porque los animales eran una posesión vital para los israelitas.

En tercer lugar, **si el buey** mataba al **buey de su prójimo**, la pérdida debía compartirse equitativamente entre los dueños, vendiendo el **buey vivo** y dividiendo el dinero (v. 35). Pero **si un hombre**, sabiendo que su buey era **acorneador** y negligentemente lo dejaba salir, él debía pagar **buey por buey**.

f. *Estatutos acerca de los ladrones (22:1–4)*

22:1–4. Estos reglamentos tienen que ver con el robo de animales. Estos vv. amplían el octavo mandamiento (20:15). Si una persona robaba, mataba o vendía una **oveja o buey** de otra persona, debía compensar (**pagará, šālēm**, “pagar una responsabilidad legal”; cf. 2 R. 4:7; Jl. 2:25) por la pérdida del animal devolviendo la misma clase de animal. Aquí de nuevo la restitución era en especie. Sin embargo, debían pagarse **cinco bueyes** por la pérdida de uno, y **cuatro ovejas** por la pérdida de una. Sin duda, esta compensación tan severa erradicó eficazmente el robo de animales. **Si** el animal robado estaba aún **vivo**, la remuneración era menor, pero también muy costosa (Éx. 22:4).

Si un ladrón entraba de noche a robar, y el dueño de la casa lo mataba, entonces, el que lo había herido no sería **culpado** de asesinato. **Pero si** lo mataba de día, el dueño de la casa sería culpado de **homicidio**. (Aparentemente durante el día, se podía ver al ladrón y pedir ayuda con facilidad). El código mosaico buscaba proteger la vida humana, aun la de los criminales. El **ladrón** tenía que compensar el robo con sus propios bienes materiales, o ser vendido como esclavo.

g. *Estatutos acerca de los daños a la propiedad (22:5–6)*

22:5–6. Si el ganado de un hombre pastaba en la propiedad de otro, o si el **fuego** destruía las cosechas de alguien, el agresor tenía que restituir completamente al afectado con el producto de su campo. En ese entonces, los arbustos de **espinos** se quemaban con facilidad y el fuego se propagaba con rapidez por los campos vecinos. El código mosaico enfatizaba el derecho a la vida y a la propiedad.

h. *Estatutos acerca de los depósitos de seguridad (22:7–13)*

22:7–13. En el antiguo Cercano Oriente no había bancos, así que a veces las personas daban sus pertenencias a sus vecinos para que las custodiaran. El que recibía las cosas valiosas de otro (**plata o alhajas**, vestidos, o animales) era responsable de ellas. Si los bienes se perdían y no se hallaba al **ladrón**, el que guardaba las cosas tenía que venir ante **los jueces** y probar que no las había robado, o tendría que hacer la restitución y pagar **el doble** (vv. 7–9). Si se daba un **animal a guardar** y éste resultaba dañado o robado, el que lo cuidaba tenía que presentar evidencias de que no había sido negligente, o tendría que pagar por la pérdida (vv. 10–13).

i. *Estatutos acerca de los préstamos (22:14–15)*

22:14–15. Cuando alguien tomaba **prestado** un animal, el que lo pedía era responsable por el bienestar de él. **Si el dueño** no estaba presente cuando el animal era dañado o moría, el que lo pidió tenía que pagar por la pérdida; él era el responsable. Pero **si el dueño** estaba presente, el que lo pidió prestado no era culpable. Si un animal era alquilado y algo le sucedía, entonces la compensación para el dueño era el dinero del **alquiler**.

j. *Estatutos acerca de la seducción sexual (22:16–17)*

22:16–17. Estos estatutos amplían el séptimo mandamiento (20:14). Las hijas solteras y sin compromiso matrimonial de Israel eran consideradas propiedad de su padre; por eso, cuando la hija perdía su virginidad, su valor disminuía y el padre debía recibir la compensación. Engañar a una joven que estaba comprometida con otro traía como consecuencia el apedreamiento de ambos (Dt. 22:23–24). Si alguien engañaba o seducía a

una joven virgen no comprometida y ésta cedía a la tentación, el varón debía **dotarla y tomarla por mujer**. Normalmente, se pagaba a los padres de una joven una dote cuando se confirmaba el compromiso (cf. Gn. 34:12; 1 S. 18:25). **Si su padre** no quería que su hija se casara, el varón todavía estaba obligado a pagar **la dote de las vírgenes**.

k. Estatutos acerca de las costumbres idólatras (22:18–20)

22:18–20. Los tres pecados mencionados en estos vv. merecían la pena capital y son un anticipo de la lucha que tendría Israel contra la adoración de ídolos. El primero habla de las hechiceras (que predecían el futuro o controlaban a otros por medio del poder demoníaco; V. el comentario de Dt. 18:9–12 y en Dn. 2:2); el segundo es el bestialismo (cf. Lv. 20:16; Dt. 27:21) que comúnmente era practicado por los cananeos en sus ritos de adoración a Baal (cf. Lv. 18:23–24); y el tercero habla acerca de los sacrificios a **otros dioses** en vez de **solamente a Jehová**, el único Dios verdadero (cf. Éx. 20:3–5).

l. Estatutos acerca del cuidado de los necesitados (22:21–27)

22:21–27. Dios cuida de los débiles (**soy misericordioso**, v. 27). Por tanto, incluyó varias leyes para proteger a los menos privilegiados. A los extranjeros debía tratárseles con benevolencia, ya que los mismos israelitas habían sido **extranjeros ... en la tierra de Egipto** (v. 21; cf. 23:9). Tampoco debían aprovecharse de los que no tenían padres, o de las mujeres sin esposo, porque ya estaban desprotegidos (22:22–24). El maltrato hacia ellos provocaría el **furor** de Dios y los culpables perderían la vida.

Durante las cosechas, debía dejarse algo de grano en los campos y en los rincones (Lv. 19:9–10) para las viudas y los huérfanos (Dt. 24:19–21). Los sirvientes debían ser recibidos en forma especial en los banquetes (Dt. 16:11–14), además, debían recibir un diezmo especial cada tercer año (Dt. 14:28–29; 16:12–13), y debía permitírseles sembrar en el campo de otros durante el año sabático (Éx. 23:11–12).

Igualmente, los israelitas con problemas económicos podían obtener préstamos sin **usura** (22:25–27; cf. Lv. 25:35–38; Dt. 15:7–11; 23:19–20). Cuando se hacía un préstamo a alguna persona pobre, alguna pertenencia valiosa de ésta, usualmente su **vestido**, era entregada como prenda de que pagaría la deuda. Sin embargo, su vestido debía ser regresado **a la puesta del sol** para que pudiera cubrirse en la noche (cf. Dt. 24:10–13; Job 22:6).

m. Estatutos acerca de la reverencia (22:28–31)

22:28–31. En los vv. anteriores (vv. 21–27) se discutieron las necesidades de la gente de clase social baja. Este pasaje (vv. 28–31) menciona las reglas para aquellos que estaban en una clase social más alta. No debían maldecirse ni el nombre de Dios, el regidor supremo, ni el de los líderes humanos. Israel siempre debía recordar que **el primogénito de sus hijos** y animales le pertenecían a Dios (cf. 13:2, 12). Los hijos debían ser dedicados al Señor cuando cumplían ocho días de nacidos, y el dinero de la redención también debía pagarse entonces (13:13). Por otra parte, el primogénito del **buey** y de la **oveja** debían ser sacrificados.

Israel no debía comer animales que hubieren sido destrozados **por las fieras** carnívoras, ya que la sangre no había sido drenada y tendrían contacto, aunque indirecto, con el animal

m. murió, muerto

impuro que lo devoró. Se suponía que la santidad interna de Israel debía ir acompañada de la separación física de cualquier forma de impureza.

n. Estatutos acerca de la justicia (23:1–9)

23:1–9. Estas advertencias, que amplían el noveno mandamiento (20:16), hablan acerca de la necesidad de actuar con justicia imparcial en las cortes. Los israelitas debían llevar testigos veraces a los juicios. No debían permitir que la justicia se pervirtiera, ni dejarse influenciar por la mayoría, ni estar a favor de los pobres injustamente. Las palabras **enemigo** (23:4) y aquel **que te aborrece** (v. 5), probablemente se refieren a un “adversario legal”. Un israelita debía ser amable aun con los animales de alguien con el que estuviera legalmente en desacuerdo. Estaba prohibido negar la justicia al **mendigo** debido a su baja clase social (v. 6; cf. v. 3), o presentar testimonio de **mentira** que pudiera ocasionar la muerte **al inocente** (v. 7), o aceptar **presente** (pago por favoritismo en la corte, v. 8; cf. Dt. 16:19—éste era un problema común en el antiguo Cercano Oriente), ni oprimir **al extranjero** (cf. Éx. 22:21; tal vez 23:9 se refiere a casos que se llevaban a la corte).

ñ. Leyes acerca del sábado (23:10–13)

23:10–13. El Señor dio instrucciones a Israel acerca del año sabático (vv. 10–11) y del día sábado (vv. 12–13), las cuales amplían el cuarto mandamiento (20:8–11). El año sabático era para recordar a Israel que Dios es dueño de la tierra y que solamente la tenían prestada (Lv. 25:23). También el año sabático era una provisión para que **los pobres** pudieran recoger los rebuscos de los campos.

El descanso del **séptimo día**, permitía a los hombres y los animales tomar **refrigerio** para poder trabajar otros seis días. Esta sección (Éx. 23:13) termina con una amonestación general a obedecer los mandamientos de Dios y una advertencia en contra de reconocer la existencia de otros **dioses**, que se manifestaría al mencionar sus **nombres**.

o. Estatutos acerca de las fiestas anuales (23:14–19)

23:14–19. Aquí, Dios da instrucciones para tres fiestas agrícolas que debían celebrarse anualmente: (a) **La fiesta de los panes sin levadura** en el **mes de Abib** (marzo-abril), cerca del tiempo de la cosecha de cebada; (b) **la fiesta de la siega** durante la primavera y al comienzo de la cosecha de trigo (cf. 34:22) cuando se daban **los primeros frutos** al Señor, y (c) **la fiesta de la cosecha** a principios del otoño (septiembre-octubre; V. “Calendario de Israel”, en el Apéndice, pág. 321).

La primera de estas grandes fiestas agrícolas era un recordatorio del éxodo apresurado de **Egipto** (cf. 12:15–20). La segunda, en la cual se presentaban ante el Señor dos panes hechos de grano nuevo (Lv. 23:15–21), también era llamada la fiesta de las semanas (Éx. 34:22) porque se celebraba siete semanas (cincuenta días) después de la fiesta de los panes sin levadura. En el N.T. (Hch. 2:1; 20:16; 1 Co. 16:8) se le llama el día de Pentecostés. La tercera fiesta era la de la cosecha—al final del **año** civil o agrícola—que también se llamó la fiesta de los tabernáculos (Lv. 23:33–36; Dt. 16:13–15; 31:10).

Estos eran recordatorios constantes de las provisiones de Dios para su pueblo. Así que **tres veces al año** (Éx. 23:14, 17; 34:23), todos los varones adultos de Israel debían adorar en el tabernáculo (después en el templo) trayendo ofrendas de granos y de animales. La ofrenda que se consumía en el altar, no podía tener levadura. Solamente lo mejor **de los primeros frutos** debían presentarse ante Jehová.

La prohibición de cocinar un **cabrito en la leche de su madre** (23:19; cf. 34:26; Dt. 14:21) pudo haber sido porque en los ritos religiosos de la fertilidad, los cananeos incluían la presentación de cabritos cocinados en la leche de su madre. Dios no quería que su pueblo participara en nada que se relacionara con la adoración idólatra. Otra posibilidad es que Dios diera esta prohibición por el trato tan salvaje que se le daba a los pequeños animales. En la fiesta de la cosecha (Éx. 23:16b) los israelitas podrían enfrentarse a la tentación de seguir una práctica común beduina de cocinar la carne de los cabritos en leche de cabra, en vez de dejarlos con sus madres. En otras palabras, es posible que la prohibición significaba que los israelitas no deberían usar aquello que servía para promover la vida (la leche de la cabra) como agente para destruirla. Esta ley puede ser la base para la costumbre judía actual de no mezclar productos lácteos con carne.

p. Epílogo: Promesa de conquistar la tierra (23:20–33)

La sección de leyes (que comienza en 20:22) contiene una promesa alentadora en cuanto a la dirección de Dios para su pueblo al entrar en la tierra prometida, donde se practicarían las leyes enumeradas anteriormente. Asimismo, tiene promesas de maldición por la desobediencia y bendición por la obediencia, similares a aquellas que se encuentran en Levítico y Deuteronomio.

23:20–26. En primer lugar, el Señor subrayó la necesidad de ser obedientes. El **Ángel** (vv. 20, 23) pudo haber sido un ángel de la guarda especial para Israel (tal vez Miguel, Dn. 12:1) o, más probablemente, el Señor mismo, o Cristo preencarnado (cf. Gn. 24:7 con Gn. 24:27; y V. el comentario de Gn. 16:9), ya que tenía la capacidad de perdonar. Dios prometió guiar a su pueblo cada día; y más específicamente, la dirección vendría a través de Moisés y de Aarón. Cuando el pueblo llegó a Canaán, Dios prometió que destruiría a sus enemigos (para información acerca de los nombres mencionados en Éx. 23:23, V. el comentario de 3:8). Los israelitas debían destruir los ídolos y **estatuas** de los cananeos (cf. 34:13; Dt. 7:5; 12:3). Posiblemente esas estatuas eran símbolos de la fertilidad masculina. Si ellos adoraban y obedecían a Dios, gozarían de salud, longevidad y abundancia.

23:27–30. Dios también prometió dar a los israelitas la tierra gradualmente. Sus enemigos, aterrados por Dios, se confundirían y huirían. Así como se huye del ataque de una **avispa**, así escaparían los cananeos; con pánico y temor (cf. 15:15; Nm. 22:3; Jos. 2:9–11, 24; 5:1; 9:24). Sin embargo, algunos estudiantes de la Biblia toman lit. la referencia de “la avispa”. Otros dicen que se refiere a la armada egipcia.

La conquista se llevaría a cabo en más de un **año**; de hecho, la conquista de Josué, en la cual no exterminó a todos sus enemigos, duró siete años (1406–1399 a.C). Si Dios les hubiera dado toda la tierra inmediatamente, en lugar de hacerlo **poco a poco** (cf. Jue. 1), **la tierra** hubiera quedado **desierta** y **las fieras del campo** la hubieran invadido antes de que Israel pudiera asentarse en ella y cultivarla.

23:31–33. A continuación, el Señor les delineó las fronteras de la tierra prometida. **El Mar Rojo** en este caso, es la parte del mar Rojo que se conoce con el nombre de golfo de Aqaba (que probablemente formaba la frontera sureste de la nación). **El mar de los filisteos** sería la frontera occidental (el mar Mediterráneo), **el desierto**, la frontera sur, y el río **Eufrates** sería la frontera norte (o nordeste). Ese territorio estuvo ocupado durante el tiempo de Salomón (1 R. 4:21), aunque una buena parte no estaba bajo el dominio de Israel.

lit. literalmente

Grupos de sus enemigos todavía vivían en la tierra como vasallos de Israel (cf. Dt. 11:24 y V. el comentario de Dt. 1:7). De esa manera, la presencia de esos enemigos en **la tierra** representaba una constante amenaza para Israel, tal como Dios lo había predicho. Josué 9:3–15 registra una violación al mandamiento de Dios de **no hacer alianza** o tratado (cf. Éx. 34:12) **con** ninguno de los pueblos extraños de Canaán. Si Israel fracasaba en echar **de delante de ellos** a sus enemigos (23:31), el resultado sería que se vería tentado a pecar, principalmente por medio de la idolatría. En la historia futura de Israel, se demostraría que esto era verdad.

q. *Confirmación del pacto (24:1–11)*

Ya estaban dadas las estipulaciones del pacto—incluyendo el decálogo y las ordenanzas—con las cuales se regulaba la conducta del pueblo de Israel como pueblo del Dios verdadero. Ahora, faltaba que el pueblo ratificara el pacto.

24:1–4a. Dios convocó a **Moisés** y a **Aarón**, a los dos hijos mayores de Aarón, **Nadab y Abiú**, (cf. Lv. 10), y a **setenta ... ancianos** (líderes) **de Israel**. Todos esos 73 varones, con excepción de **Moisés**, debían guardar cierta distancia (cf. Éx. 19:12–13, 24) del Señor en señal de respeto por su majestad y santidad. Moisés subió a la cima del monte, los otros 73 líderes estaban en el monte, pero no en la cumbre, y el resto del pueblo estaba abajo, al pie del monte.

Dios estaba listo para confirmar el pacto mosaico con su pueblo. **Moisés** repasó ante el **pueblo todas las palabras de Jehová, y todas sus leyes** (20:22–23:33), llamadas “el libro del pacto” (24:7). Después de escuchar las leyes, el pueblo conmovido prometió someterse a ellas y obedecerlas (cf. 19:8) y **Moisés escribió todas las palabras de Jehová**.

24:4b–8. Enseguida, Moisés preparó al pueblo para ratificar la ley. En primer lugar, construyó un **altar al pie del monte** Sinaí y erigió **doce columnas** que representaban a las **doce tribus**. Puesto que el sacerdocio levítico todavía no estaba organizado, algunos **jóvenes de los hijos de Israel** (quizá los primogénitos consagrados, 13:1–16), y **Moisés**, fungieron como sacerdotes y **ofrecieron holocaustos y ... sacrificios de paz a Jehová**. En la ceremonia de ratificación, **Moisés roció sangre sobre el altar** (24:6) y sobre el pueblo (v. 8); i.e., los que habían escuchado leer **el libro del pacto**, y que otra vez prometieron obedecerlo (v. 7; cf. v. 3). Esta es la única vez en el A.T. donde *el pueblo* fue rociado con sangre. Posiblemente el pueblo fue rociado en el sentido de que las columnas fueron rociadas y éstas lo representaban (v. 4). (Acerca de la relación entre la obediencia y el rociamiento de la sangre, V. el comentario de 1 P. 1:2.) Entonces, la sangre rociada, simbolizaba la transacción legal entre Dios (representado por el altar, Éx. 24:6), y el pueblo (representado por las columnas). Por lo tanto, en esta ceremonia, Israel fue apartado por medio de sangre (**la sangre del pacto**) para ser el pueblo del Dios verdadero. Más adelante, el nuevo pacto, establecido por Jesús, fue ratificado también con sangre, pero esta vez, su propia sangre (Lc. 22:20; 1 Co. 11:25–26).

24:9–11. **Moisés ... Aarón**, los dos hijos mayores de Aarón y los **setenta ancianos ... subieron** al monte para confirmar y ratificar el pacto delante de Dios. Ya que nadie puede ver a Dios y seguir viviendo (V. el comentario de 33:11, 20; Jn. 1:18), probablemente **vieron al Dios de Israel** en el sentido de que tuvieron una visión de él, en la que pudieron discernir quién era. Es evidente que la visión fue tan grandiosa y maravillosa, que sus ojos sólo miraron **debajo de sus pies**. El resplandor de Dios se parecía al brillo del **zafiro** (cf. el trono de zafiro de Ez. 1:26). A continuación, **comieron** con él. Era común usar la comida como símbolo de la ratificación de un pacto (cf. Gn. 26:30; 31:54; Lc. 22:15–20).

4. LEYES CEREMONIALES (24:12–31:18).

El pacto mosaico ya estaba confirmado (24:1–11) e Israel ya era una teocracia, un gobierno o nación dirigida por Dios. El pueblo de Dios, habiendo sido redimido de la esclavitud y habiendo hecho pacto bajo las leyes divinas, recibió instrucciones acerca de cómo debía adorar a su Dios. Así que el Señor llamó a Moisés a su presencia para entregarle el decálogo, así como otros mandamientos (24:12) escritos en piedra. Moisés regresó cuarenta días después (31:18; 34:28). En ese período, Dios le comunicó la forma en la que Israel debía adorarle. El tabernáculo sería el centro de adoración a Dios. Esta gran sección del libro (24:12–31:18) habla de las ordenanzas relacionadas con el santuario y el ministerio sacerdotal—las leyes ceremoniales que acompañaban al pacto.

a. Contexto en que se dio la ley ceremonial (24:12–18)

24:12–18. Jehová llamó a **Moisés** para que subiera al **monte** para entregarle las **tablas de la ley** (el decálogo, 20:2–17; cf. 34:28) y los **mandamientos** relacionados con la adoración de Israel. Dios ya le había dado el decálogo a Moisés anteriormente, pero ahora estaba inscrito en piedra.

El liderazgo del pueblo fue delegado temporalmente en **Aarón y Hur** (cf. 17:10, 12), mientras **Moisés con Josué** subieron a Sinaí, el **monte de Dios** (cf. 3:1; 4:27; 18:5). Josué, que se menciona por primera vez en 17:9, empezó a destacar cada vez más hasta hacerse prominente (cf. 33:11). Es posible que Josué solamente haya subido parte del camino.

Una nube, representando la gloria de Dios (cf. 19:16), fue la que anunció el acercamiento de Dios para encontrarse con Moisés. **La gloria de Jehová ... cubrió** el monte **por seis días** y desde **el séptimo día**, Dios tuvo comunión con **Moisés**. **A los ojos** del pueblo, **la gloria de Jehová era como un fuego abrasador** (cf. 19:18). Durante **cuarenta días**, Moisés no comió ni bebió nada (cf. Dt. 9:9).

b. Instrucciones para el tabernáculo (caps. 25–27)

El tabernáculo fue muy importante para la vida nacional de Israel porque simbolizaba la morada de Dios entre su pueblo (25:8; 29:45), y era el lugar donde él podía reunirse con los líderes (29:42) y con el pueblo (29:43); la gloria de Dios se manifestaba en el tabernáculo (40:35). También, era el centro visible de adoración a Dios de esta nueva teocracia. El tabernáculo prefiguró a Cristo, de quien se dice que “habitó” (Jn. 1:14) o moró entre su pueblo.

Al tabernáculo se le dieron varios nombres (Éx. 25:9): santuario, i.e. lugar sagrado (25:8); tienda (26:7, 11–14, 36), por su estructura parecida a la de una tienda; tabernáculo de reunión (27:21), refiriéndose a su estructura y propósito; tabernáculo del testimonio (38:21; cf. Hch. 7:44) y tienda del testimonio (Nm. 9:15), haciendo referencia al lugar donde estaban guardadas las dos tablas de la ley (i.e., en el arca, en el lugar santísimo; cf. 25:16, 21; el “testimonio”; cf. Éx. 31:18 y V. el comentario de 16:34). (V. “Croquis del tabernáculo”, en el Apéndice pág. 323.) Algunos eruditos bíblicos piensan que el tabernáculo tenía la forma de Λ , como una tienda de dos aguas con un soporte en el centro. Sin embargo, las Escrituras no mencionan tal apoyo. De igual manera, el techo de dos aguas incrementaría las medidas del techo y sobrepasarían el ancho de 4.5 mts., así que las cortinas no cubrirían adecuadamente las tablas cubiertas de oro. Por lo tanto, es preferible el modelo del tabernáculo con techo plano.

(1) Recolección de los materiales. **25:1–9**. **Jehová** describió a **Moisés** los materiales que se debían preparar para construir el **tabernáculo**. Los israelitas debían traer **ofrenda ... de su voluntad**, de cada persona cuyo **corazón** así lo dispusiera. El **oro, plata y cobre** serían los metales de la construcción. Probablemente el oro se mencionó en primer lugar por ser el máspreciado. Después de los tres metales se mencionan cuatro materiales: estambres de lana de tres colores y lino. **Lino** viene de una palabra egipcia que en hebr. es šēš. “Egipto era productor por excelencia de lino, especialmente de lino tejido, en el que cada hilo y cada hebra se torcían. Los esclavos hebreos seguramente aprendieron a hacer las artesanías y manualidades egipcias ... durante su estancia en Egipto” (R. Alan Cole, *Exodus: An Introduction and Commentary*, “Éxodo: Introducción y Comentario”, pág. 189). Los otros materiales eran **pieles de carneros ... y pieles de tejones** (“marsopa”, BLA, animal marino parecido al delfín). “La marsopa es un mamífero herbívoro nativo del mar Rojo y del golfo de Aqaba, y en la actualidad los beduinos hacen sandalias con su piel” (Ronald F. Youngblood, *Exodus*, “Éxodo”, pág. 114; cf. Ez. 16:10, donde la misma palabra hebr. se trad. marsopa).

La **madera** de los árboles de **acacia**, común en la península de Sinaí, es muy adecuada para la construcción. Otros materiales que debían reunirse incluían **aceite** de olivo, **especias**, y **pedras** preciosas. El oro, plata y lino probablemente provinieron de los egipcios (cf. 12:35–36). Algunos de los otros materiales tal vez eran el botín que recogieron al derrotar a los amalecitas (17:8–16) o resultado del trueque con los beduinos.

(2) El arca y la cubierta de la expiación (25:10–22). La sección anterior (vv. 1–9) finalizó con el mandamiento dado por Dios a Moisés para construir y amueblar el tabernáculo de acuerdo a sus instrucciones. (Los caps. 35–40 registran la ejecución cuidadosa de Moisés para llevar a cabo esos planes). En Éxodo 25:10–27:21; 30:1–6 se dan los detalles de dichas instrucciones (cf. He. 9:23–24). Varios artículos del mobiliario del tabernáculo se describen (Éx. 25:10–40) antes que el tabernáculo mismo (cap. 26), ya que eran primeros en importancia; el tabernáculo servía para proteger el mobiliario. El objeto más importante del tabernáculo se describe primero. Era la única pieza que estaría en el segundo compartimiento del tabernáculo (el lugar santísimo).

25:10–16. El **arca** también era llamada cofre, “el arca del testimonio” (v. 22), y “el arca del pacto de Jehová” (Nm. 10:33; Dt. 10:8, 31:9, 26). También se le “llamaba” con el nombre de Jehová Dios (V. el comentario de 1 Cr. 13:6). El arca debía ser un cofre rectangular (68 cms. de ancho, 1.14 mts. de largo, y 68 cms. de alto) hecho de **madera de acacia** y cubierto por dentro y por fuera de **oro puro**. El cofre debía estar montado en **cuatro** patas y debía tener cuatro **anillos**, para que se pudieran meter dos **varas de madera** cubiertas de **oro** para transportarlo. En él, Moisés debía guardar las dos tablas de piedra, con el decálogo (o **el testimonio**) escrito sobre ellas (Éx. 25:16, 21), las cuales habría de recibir en el monte (31:18). Según Hebreos 9:4–5, el arca también tenía un recipiente con maná (cf. Éx. 16:33 y V. el comentario de 2 Cr. 5:10), así como la vara de Aarón (V. el comentario de Nm. 17:10).

25:17–22. El arca de oro debía tener una cubierta (**propiciatorio**, “asiento de misericordia”). La tapa del arca (68 cms. x 1.14 mts)—con **dos querubines** mirándose cara

a cara—debía ser de **una sola pieza de oro fino**. Es evidente que los **querubines** de oro debían parecerse a los ángeles alados que se encuentran en la presencia de Dios (cf. 1 S. 4:4, Sal. 80:1; 99:1; Is. 37:16). Las cortinas que cubrían el tabernáculo también llevaban **querubines** tejidos (Éx. 26:1–6), y de la misma manera, la cortina que estaba entre el lugar santo y el lugar santísimo (26:31–33).

Era de crucial importancia que supieran que Dios se manifestaría a su pueblo **sobre el propiciatorio ..., entre los dos querubines**, encima del arca. Ahí, en el día de expiación (Lv. 16:1–20), el sumo sacerdote rociaba sangre en el propiciatorio (*kappōret* “cubierta”). La sangre cubría (*kāpar* “cubrir”, “hacer expiación por”; cf. Éx. 30:10) el pecado de Israel. El propiciatorio simbolizaba para el pueblo lo que después fue realizado por Cristo, quien como Cordero de Dios (Jn. 1:29), hizo expiación por el pecado (Ro. 3:25; He. 9:11–14) al derramar su sangre (Ef. 1:7; 1 P. 1:18–19).

(3) La mesa del pan de la proposición. **25:23–30**. Debía construirse **una mesa**, de 46 cms. de ancho, 91 cms. de largo y 68 cms. de alto **de madera de acacia** (al igual que el arca, v. 10), cubierta **de oro puro**. Al igual que el arca, debía cargarse con **varas de madera** cubiertas de **oro**. Una **moldura** de 7 cms. de ancho (**un palmo** menor) colocada alrededor de la orilla evitaría que los objetos se cayeran de la mesa. Encima de la mesa que se ubicaba en el lado norte del lugar santo debían colocarse doce panes (26:35; 40:22). Esos panes debían ponerse en dos montones de seis cada uno y debían reemplazarse cada sábado (Lv. 24:5–9). Igualmente, debían colocarse sobre la mesa **platos** de oro (tal vez para cargar los panes), y **cucharas ... cubiertas y tazones** para las libaciones. El pan fue llamado **el pan de la proposición** (BLA, “pan de la presencia”), porque era colocado ante la presencia de Dios (**delante de mí**). Esa mesa, con los doce panes que quizá representaban a las doce tribus de Israel, simbolizaba la comunión de Dios con su pueblo. Los sacerdotes, al comer el pan (Lv. 24:9) demostraban que la comunión espiritual es la que sustenta la vida espiritual.

(4) El candelero de oro. **25:31–40**. El **candelero** (*mēnōrâh*) era la pieza más decorativa del mobiliario del tabernáculo. Sus **copas** en forma de flores, **sus manzanas y sus flores** serían de una sola pieza de **oro** (vv. 31, 36). En cada uno **de sus lados**, había **tres brazos** extendidos hacia arriba (v. 32). Cada brazo tenía **tres copas en forma de flor de almendro** (v. 33) y la caña central tenía cuatro de estas copas. Encima de la **caña central del candelero** y de cada uno de los otros siete brazos había una lámpara (v. 37). Las **siete lamparillas** del candelero alumbraban el tabernáculo (v. 37).

El **candelero**, que debía estar encendido continuamente, era atendido por los sacerdotes en la mañana y al atardecer (27:20–21; Lv. 24:3–4). Se necesitó **un talento** de **oro** (ca. 34 kgs.) para hacer esa pieza del mobiliario con sus accesorios, las **despabiladeras y sus platillos** (quizá para el aceite). Así como el **candelero** proveía luz para las tareas sacerdotales que se realizaban delante de Dios, así Cristo es ahora la luz del mundo (Jn. 8:12), quien muestra el camino hacia Dios (Jn. 14:6, 9).

(5) Las cortinas del tabernáculo (26:1–14). **26:1–6**. El cap. 26 se centra en el **tabernáculo**, que protegía las tres piezas del mobiliario (y también el altar del incienso que se describe en 30:1–10). El edificio portátil medía 4.5 mts. por 13.5 mts. (V. “Croquis del Tabernáculo”, en el Apéndice, pág. 323) y tenía un marco de madera a los lados, arriba y

atrás. Para cubrir la parte de arriba y la de atrás de la estructura, se colocaban **diez cortinas** que funcionaban como una gran tienda. El tabernáculo, junto con su gran carpa, estaba rodeado por un amplio patio (27:9–19).

Las diez **cortinas** estaban hechas de **lino** y estambre (cf. 25:4) de brillantes colores (**azul, púrpura y carmesí**) y bordadas **con querubines** (cf. el comentario de 25:18). Las cortinas medían 1.80 mts. de ancho y 12.80 mts. de largo.

Cinco cortinas se unían a lo largo, y las medidas de la nueva cortina eran de 9 mts. por 12.80 mts. Al juntar los dos juegos de cinco cortinas, las medidas de las diez cortinas (unidos los dos juegos de cinco con **cincuenta corchetes de oro** en las orillas) medían 18 mts. por 12.80 mts.

Con esas **cortinas** de 18 mts. de ancho (diez cortinas de 1.80 mts.), se podía cubrir la parte superior del **tabernáculo** (14.5 mts. a lo largo) así como la parte trasera (4.5 mts. de altura). El lado que medía 12.80 mts. (que también era el largo de cada cortina) se extendía sobre la parte alta del tabernáculo (4.5 mts. de ancho), y bajaba por cada lado (de 4.5 mts.) hasta llegar a 45 cms. (un codo) del piso.

26:7–13. Encima de esas cortinas que formaban un tapiz exquisito, por sus colores y bordados que colgaban dentro **del tabernáculo** (vv. 1–6) y que forraban las paredes, techo y parte trasera, estaba otro juego de **cortinas**. Esas **once cortinas** estaban hechas de **pelo de cabra**, material negro, resistente a las inclemencias del tiempo, que todavía usan los beduinos para hacer sus tiendas. Éstas eran más largas que las cortinas interiores (medían 13.70 mts. en vez de 12.80 mts.), para que tocaran la tierra a **los lados del tabernáculo** (v. 13). Esa cubierta escondía de la vista los brillantes colores de las cortinas y las valiosas piezas del mobiliario de **el tabernáculo**.

26:14. Cinco de las once cortinas de pelo de cabra debían estar unidas de igual manera que las interiores, y asimismo las otras seis. Cuando los dos juegos se unían (por **corchetes de bronce**, v. 11), la longitud total era de 20 mts. Esto permitía cubrir todo el largo del tabernáculo (que medía 13.5 mts.) y la parte trasera (que medía 4.5 mts). Del 1.80 mts. restante, 90 cms. se doblaban en el frente (v. 9), y 90 cms. en la parte trasera (v. 12). Sobre las cortinas de pelo de cabra se colocaron otras dos cortinas: **de pieles de carneros teñidas de rojo, y ... pieles de tejones** (V. el comentario de 25:5). No se dan las medidas de estas cubiertas. Quizá se colocaban encima de las cortinas de pelo de cabra, porque ésta sigue siendo la costumbre entre los beduinos.

(6) El marco del tabernáculo **26:15–30.** Aparentemente las “paredes” del **tabernáculo** no eran sólidas, sino que consistían de **tablas de madera** que formaban un enrejado sobre el cual se colgaban las cortinas. Si las paredes hubieran sido sólidas, las cortinas llenas de colores no podrían verse desde dentro del tabernáculo. **Cada tabla** medía 4.5 mts. de alto, coincidiendo con la altura del **tabernáculo**, y 67 cms. de ancho. Parece que esas tablas estaban colocadas de canto con su parte gruesa hacia afuera del tabernáculo. Josefo escribió que las tablas eran de 8 cms. de espesor (*The Antiquities of the Jews*, “Antigüedades de los judíos” 3. 6. 3). Si esto fuera así, entonces había un espacio de 61 cms. entre cada tabla.

Las **dos espigas** que tenía cada tabla servían para colocarlas en las **basas de plata**. En total se usaron cuarenta y ocho tablas, **veinte ... al sur y al lado del norte, veinte tablas. Al occidente** (la parte de atrás) **... seis tablas**, una más en cada esquina para darle mayor resistencia. Las tablas estaban aseguradas con una serie de 15 **barras** (**cinco** en cada uno de los dos lados y **cinco** en la parte trasera) que entraban horizontalmente en **anillos de oro** (vv. 26–30). Estas barras debían estar cubiertas con **oro**. La barra central de cada lado debía extenderse a todo lo largo; aparentemente, las otras eran más cortas.

(7) Las cortinas interiores y exteriores. (26:31–37). Además, debían hacer dos cortinas: una que separara el lugar santo del lugar santísimo (vv. 31–35), y una para la entrada del tabernáculo (vv. 36–37).

26:31–35. El **velo** interior debía fabricarse de estambre y **lino** de colores brillantes, y como las diez cortinas debían ir ricamente bordadas **con querubines**, similares a los que estaban sobre el tabernáculo. Ese **velo**, colgado con **corchetes** de oro sobre **cuatro columnas (cubiertas de oro y sobre basas de plata;** cf. vv. 18–21) dividía el tabernáculo en dos secciones. En la de adentro, **el lugar santísimo**, estaba colocada **el arca y el propiciatorio** (cf. 25:10–22). En la de afuera, **el lugar santo**, estaba **la mesa** (i.e., del pan de la proposición; cf. 25:23–30) y **el candelero** (cf. 25:31–39). En el lugar santo también estaba el altar del incienso, aunque no se menciona sino hasta después (30:1–10).

26:36–37. La **cortina** de la entrada del tabernáculo debía ser de los mismos materiales que el velo interior, pero parece que no llevaba el bordado de querubines. Las **basas** para los **capiteles de oro** debían ser de **bronce**, no de plata (cf. v. 32), porque esa cortina era parte del exterior, el cual estaba cubierto de bronce. Esa cortina iba colgada de **cinco columnas**, no cuatro como el velo interior (cf. v. 32). Como había más columnas en este espacio de 4.5 mts, el espacio entre ellas era más angosto que el que había entre las cuatro columnas para entrar al lugar santísimo.

(8) El altar de bronce **27:1–8.** Dios dio las instrucciones acerca del tabernáculo de manera progresiva, empezando desde adentro (el arca y el propiciatorio) hacia afuera del tabernáculo hasta llegar al atrio.

En el atrio había un altar llamado “el altar del holocausto” (30:28; Lv. 4:7, 10, 18) o “altar de bronce” (Éx. 38:30). A diferencia del altar del incienso (30:1–10), el de bronce era para sacrificar animales. Estaba hecho de **madera de acacia**. Formaba un **cuadrado** de 2.25 mts. por lado y de 1.35 mts. de **altura**, tenía **cuernos** (una protuberancia que parecía cuerno de animal) **en sus cuatro esquinas** y estaba cubierto **de bronce**. Sus **utensilios** también eran de **bronce** (27:3). Los cuernos debían ser cubiertos con sangre durante la consagración de los sacerdotes (29:1, 10–12; Lv. 8:14–15; 9:9) y en el día de la expiación (Lv. 16:18).

El **enrejado**, o **rejilla de bronce**, colocada **dentro del cerco** hasta **la mitad del altar** (a poco más de 60 cms. de altura) ayudaba a reforzar el altar y pudo haber sido el lugar donde se colocaba la carne del animal que iba a cocinarse. Las **varas** también debían estar cubiertas **de bronce**, y debían insertarse en **anillos de bronce** en las **esquinas** del altar para así poder cargar **el altar**. En la parte baja del **altar** quedaba un **hueco**. Sin embargo, después pudo llenarse con piedras pequeñas, no con tierra como algunos sugieren, para que el fuego pudiera encenderse sobre ellas. No se menciona la posición exacta de este **altar**, pero vemos que estaba “a [justo adentro de] la entrada del tabernáculo” (40:29). La fuente estaba colocada entre el altar y el tabernáculo (30:18). El **altar** ilustra el hecho de que uno puede acercarse a Dios únicamente a través del sacrificio; i.e., por medio de éste se hace expiación por el pecado. Sobre ese altar—el primer objeto que un adorador veía en el atrio del tabernáculo—continuamente se hacían los sacrificios por el pecado. Pero nuestro Señor Jesucristo ofreció el sacrificio definitivo (He. 10:1–18).

(9) El atrio. **27:9–19.** El conjunto del **tabernáculo** (el tabernáculo más su atrio) era rectangular (22.5 mts. x 46 mts., vv. 9, 13, 18) y tenía una pared exterior hecha con **cortinas de lino torcido** colgadas de **veinte columnas** en el lado **sur**, **veinte columnas** en el lado **norte** y **diez columnas** en el lado **occidental**. Las columnas estaban puestas sobre bases **de bronce**, y de ellas colgaban las cortinas con **molduras de plata** (para sostener las

cortinas; vv. 10–11, 17). Los postes estaban a ca. 2.30 mts. de distancia entre uno y otro, y las cortinas se mantenían bien estiradas con las **estacas de bronce** (v. 19).

La entrada oriental medía 9 mts. y las **cortinas** colgaban 7 mts. de cada lado de la entrada (23 mts. - 7 mts. - 7 mts = 9 mts.). Las cortinas que estaban a cada lado de la entrada iban sostenidas por **tres columnas**, las cuales estaban a 2.30 mts. de distancia entre uno y otro.

Al igual que las cortinas de la entrada al lugar santo (26:36), y las del lugar santísimo (26:31–33), la **cortina** de la entrada al **atrio** también estaba hecha de estambre **azul, púrpura y carmesí**, y de **lino**. La cortina para entrar al lugar santo colgaba de cinco columnas (26:36–37), pero esa cortina debía colgar de **cuatro** columnas (27:16). La altura de la cortina que estaba alrededor era de 2.30 mts. (27:18). Pero ésta era lo suficientemente alta como para impedir que las personas que pasaran por allí intentaran mirar hacia adentro; i.e., tenía sólo la mitad de la altura total del tabernáculo, así que éste todavía se podía ver.

(10) El aceite para las lámparas. **27:20–21. Para el alumbrado** adecuado del tabernáculo, se necesitaba una provisión constante de **aceite puro de olivas** para **hacer arder** el candelero con sus siete **lámparas** (cf. 25:31–39). **Los hijos de Israel** debían ser los que proveyeran el aceite para que los sacerdotes pudieran mantener siempre encendidas las lámparas **como estatuto perpetuo** (cf. el comentario de 12:14). Como ya se mencionó, el **testimonio** consistía de los diez mandamientos que habían sido grabados en piedra y que debían guardarse en el arca del pacto. El candelero que estaba en el lugar santo estaba colocado **delante** del arca, aunque un velo separaba los dos compartimientos dentro del tabernáculo.

c. Instrucciones para el sacerdocio (caps. 28–29)

Una vez que se describió el tabernáculo y su mobiliario, Dios dio instrucciones a Moisés para los sacerdotes que iban a dirigir la vida religiosa de la nación. Los sacerdotes debían ministrar en el conjunto del tabernáculo de varias formas: quemando incienso dos veces al día en el altar del incienso, mantener encendido el candelero, vigilar la mesa de los panes de la proposición, ofrecer sacrificios en el altar de bronce y bendecir al pueblo. Además, mediaban en casos civiles (e.g., Nm. 5:5–31; Dt. 19:17; 21:5), instruían al pueblo en la ley (Dt. 17:9, 11; 33:8, 10), y ofrecían consuelo durante tiempos de guerra (Dt. 20:2–4).

(1) Las vestiduras de los sacerdotes (cap. 28). **28:1.** Los **sacerdotes** elegidos para desempeñar el ministerio en el tabernáculo fueron **Aarón** y **sus** cuatro **hijos**. Posteriormente, **Nadab** y **Abiú** murieron por causa del juicio de Dios (Lv. 10:1–2), así que el sacerdocio de Aarón continuó a través de sus dos hijos menores: **Eleazar**, quien sucedió a su padre como sumo sacerdote (Nm. 3:4) e **Itamar**.

28:2–5. Las **vestiduras** del sumo sacerdote eran diferentes a las demás, para destacar la importancia del oficio (**para honra y hermosura**; cf. v. 40), y para recordar constantemente al pueblo la santidad de Dios. Las vestiduras debían ser usadas únicamente cuando los sacerdotes oficiaran en el tabernáculo (35:19). Eran fabricadas por hábiles artesanos (28:3), con los mismos materiales (estambre **azul, púrpura, carmesí y lino torcido**) de las cortinas del tabernáculo (cf. vv. 6, 8, 15, 33, 39, 42), incluyendo **oro** (v. 5; cf. vv. 6, 8, 22, 24, 26–27, 36) y piedras preciosas (vv. 17–20). Las seis piezas de la vestimenta de un sacerdote están enlistadas en el v. 4, y detalladas en el resto del cap.

28:6–14. El **efod** probablemente era la prenda exterior sin mangas que cubría la parte superior del cuerpo del sacerdote. Aparentemente, consistía de **dos** partes, una delantera y

otra trasera que se amarraban a **dos hombreras** con dos cintas (cadenas) de **oro** que llevaban incrustaciones de **ónice** (v. 9) y se ceñían al cuerpo con un cinturón (v. 8). Sobre las **dos piedras de ónice**, debían estar grabados **los nombres** de las doce tribus de Israel (**seis** en cada **piedra**, v. 10), para que cuando **Aarón** entrara en el tabernáculo, llevara los **nombres de ellos delante de Jehová** (v. 12).

28:15–21. El **pectoral** del sumo sacerdote debía estar hecho de la misma tela que el **efod** (cf. v. 6). Debía ser un **cuadrado** de 23 cms. (**un palmo**, que equivale a medio codo) con doce **piedras** preciosas **montadas en engastes de oro**, ordenadas en **cuatro hileras** de tres piedras cada una. En cada piedra debía estar grabado el nombre de una de las tribus de **Israel**, posiblemente en la misma secuencia en que estaban grabados los nombres en las piedras de ónice (vv. 9–10).

28:22–28. El **pectoral** se sujetaba firmemente sobre el **efod** con cuatro **cordones** de oro. **Dos** de los cordones eran introducidos por **anillos de oro** en los extremos superiores del **pectoral** y se sujetaban a las **hombreras** del efod. Los otros dos cordones de oro eran introducidos por **anillos de oro** en los extremos inferiores del pectoral y se sujetaban a los pliegues laterales del **efod** y se ataban con **un cordón de azul ... sobre el cinto del efod**.

28:29–30. El **pectoral** (que iría **sobre el corazón** de **Aarón**, se menciona tres veces en estos vv.) servía como **memorial** continuo **delante de Jehová**. Se indica otro de sus propósitos por el uso del **Urim y Tumim**, por medio del cual los sacerdotes tomaban decisiones por los **hijos de Israel** (cf. v. 15). El pectoral era **doble** (v. 16), para que formara una especie de bolsa para el Urim y Tumim.

El “Urim” y “Tumim”, que significan “luces” y “perfecciones”, se mencionan en Números 27:21; 1 Samuel 30:7–8 (el “efod” sugiere el Urim y Tumim); Esdras 2:63; Nehemías 7:65. Por medio de ellos, los sacerdotes buscaban respuestas de Dios cuando enfrentaban crisis que superaban a la percepción humana.

Aparentemente el Urim y Tumim eran dos piedras. No se sabe con certeza cómo se usaban para determinar la voluntad de Dios, pero algunos sugieren que el Urim representaba una respuesta negativa y el Tumim una positiva. Tal vez este punto de vista proviene del hecho de que el Urim (*’ûrîm*) comienza con la primera letra del alfabeto hebr. y Tumim (*tûmmîm*) con la última. Otros sugieren que los objetos simplemente simbolizaban la autoridad del sumo sacerdote para preguntar a Dios, o la seguridad de que el sacerdote recibiría alguna revelación (“luces”) y conocimiento perfecto (“perfecciones”) directamente de Dios.

28:31–35. Debajo del **efod**, el sumo sacerdote debía usar un **manto** sin mangas, de color **azul** que le llegaba hasta por debajo de las rodillas y que tenía un **borde** en el **cuello**. No debía tener costuras y debía tener granadas (ya fuera colgando como campanas o bordadas en el manto), y **campanillas de oro alrededor** del dobladillo. El **sonido** de las campanas permitiría que el pueblo escuchara cuando el sumo sacerdote se encontraba oficiando en el **santuario**, y para que reconocieran la misericordia de Dios al permitir que el sumo sacerdote ministrara a favor de ellos. Solamente un sacerdote vestido adecuadamente podía entrar al lugar santo. Si no se acataban estas instrucciones, el resultado sería la muerte (cf. v. 13).

28:36–38. La **mitra** del sacerdote debía ser de **lino** (v. 39). El detalle más sobresaliente de la mitra era **una lámina de oro fino** grabada con las palabras **SANTIDAD A JEHOVÁ**, que expresa la necesidad que tenía Israel de permanecer en pureza delante de Dios. Esa lámina iba atada en **la parte delantera** de la mitra (y **sobre la frente de Aarón**) con un **cordón**

de azul. Este grabado era una “diadema santa” (29:6; 39:30; Lv. 8:9). Como representante del pueblo, el sacerdote cargaba sus **faltas** cuando presentaba sus **ofrendas ... delante de Jehová.**

28:39–42. La **túnica de lino** era un saco largo y blanco que se usaba debajo de la túnica del efod (Lv. 8:7). (Acercas de la **mitra**, también hecha de **lino**, V. el comentario de Éx. 28:36–37.) El **cinto** era una faja ancha que se colocaba alrededor de la cintura del sacerdote, y que colgaba de los dos extremos. Estos objetos añadían **honra y hermosura** (cf. v. 2) a los sacerdotes, y esto ayudaba a aumentar el aprecio del pueblo por ellos y por Dios. Cuando estuvieran completamente vestidos, entonces debían ser consagrados (cf. cap. 29).

28:43. Ya que Dios es santo, los sacerdotes debían acercarse a él con dignidad y cuidado. Si no lo hacían así, incurrirían en **pecado** y morirían (cf. v. 35). **Aarón y ... sus hijos** debían vestirse apropiadamente cuando entraran al tabernáculo (**el tabernáculo de reunión**) o se acercaran **al altar** (posiblemente el altar del incienso) **para servir** a Dios.

(2) La consagración del sacerdocio (cap. 29). Los vv. 1–37 de este cap. se repiten en Levítico 8. Esta sección incluye las instrucciones de Dios a Moisés en cuanto a la ordenación de sacerdotes para el servicio.

29:1–9. Dios dijo a Moisés que tomara **un becerro de la vacada ... dos carneros ... panes ... y tortas** para entrar al atrio del tabernáculo donde se reuniría con **Aarón** y sus cuatro **hijos**. Después de que se lavaran conforme al rito de la ceremonia (v. 4), Moisés debía vestir a Aarón con **las vestiduras** del sumo sacerdote (descritas en el cap. 28). Asimismo, Aarón debía ser ungido derramando **aceite ... sobre su cabeza** (cf. 30:22–33), como símbolo de la elección de Dios para ese servicio especial. Los **hijos** de Aarón no debían ser ungidos con aceite, pero sí debían vestirse con el atuendo de los sacerdotes, el cual incluía **túnicas ... cinto y tiaras** (cf. 28:40).

29:10–14. Después de que Aarón y sus hijos fueran consagrados, debían hacerse varios sacrificios con los objetos que Moisés juntó en cumplimiento de un mandato (vv. 1–2). Cada uno de los tres sacrificios de animales debía ser realizado en forma diferente. Primero debía sacrificarse el **becerro** (v. 10) como **ofrenda por el pecado** (v. 14). El colocar **sus manos** sobre las cabezas de los animales (v. 10; cf. vv. 15, 19) significaba que se identificaba con ellos; i.e., los sacerdotes se identificaban con los animales que morían en su lugar. De esta manera, los sacerdotes reconocían su propio pecado y la necesidad de ser limpiados por medio de la sangre (cf. Lv. 17:11; He. 9:22).

Una parte **de la sangre del becerro** era rociada **sobre los cuernos del altar** del holocausto y una parte era derramada **al pie del altar**. Las vísceras del becerro debían quemarse **sobre el altar** y el resto del animal, **fuera del campamento**.

29:15–21. El segundo sacrificio usando **uno de los carneros**, sería **holocausto de olor grato** (v. 18). A diferencia de los sacrificios que eran consumidos por el adorador y los sacerdotes, el holocausto debía ser completamente consumido **sobre el altar**. La **sangre** del carnero debía ser rociada por todos los lados del **altar** y el **carnero** debía ser lavado y cortado **en pedazos**.

El tercer animal para el sacrificio era **el otro carnero**. Su **sangre** era puesta **sobre ... la oreja derecha, sobre el dedo pulgar de las manos derechas y sobre el dedo pulgar de los pies derechos** de **Aarón** y de **sus hijos** como símbolo de que habían sido lavados y consagrados al Señor. La sangre en la oreja pudo haber significado la dedicación para escuchar la palabra de Dios; la de los pulgares para simbolizar santidad para hacer la obra de Dios y la de los pies para señalar el andar cuidadoso al servir a Dios. El resto de **la**

sangre debía rociarse **sobre el altar alrededor** y sobre los sacerdotes, y sus **vestiduras** con el **aceite de la unción**.

29:22–28. Una parte de los órganos del segundo carnero, así como **una torta grande de pan, una torta de pan de aceite, y una hojaldre** debían ser entregados a **Aarón** y a **sus hijos ... como ofrenda mecida delante de Jehová**. No mecían esta ofrenda de derecha a izquierda, sino de atrás para adelante hacia el altar y los sacerdotes, simbolizando que la ofrenda estaba siendo presentada a Dios. Enseguida, esos objetos se colocaban para ser quemados **en el altar**. **El pecho del carnero** era una **ofrenda mecida**, y ésta se la comían Aarón y sus hijos (v. 26). Cuando alguno traía una ofrenda de paz, los sacerdotes siempre comían el **pecho** y **la espaldilla**. De esta manera, **los hijos de Israel** contribuían a la obra de **Jehová**.

29:29–30. En primer lugar, se llevaba a cabo un servicio de consagración que duraba siete días. **Aarón** debía vestir con **las vestiduras santas** del sumo sacerdote a aquel **de sus hijos** que lo iba a suceder y que pasaría el oficio a las futuras generaciones. Solamente el sumo **sacerdote** participaba de una ceremonia tan elaborada.

29:31–34. En segundo lugar, se repiten las instrucciones para comer las partes del **carnero de las consagraciones** (el segundo carnero; cf. v. 22) a **la puerta del tabernáculo**. En ese caso, el **carnero, y el pan** se consumían en una comida comunal, pero era tan sagrada, que debía quemarse lo que sobrara.

29:35–37. Tercero, el servicio de consagración para los sacerdotes duraba **siete días** y en **cada día** se ofrecía un **becerro** como **sacrificio por el pecado**. (No se menciona nada acerca de repetir los sacrificios de los carneros.) **Por siete días ... el altar** debía purificarse y consagrarse para ser usado en el servicio santo por medio de los sacrificios.

29:38–41. En cuarto lugar, se hace una breve referencia a las ofrendas diarias para el servicio del tabernáculo, ya no para la ordenación de los sacerdotes. Debían sacrificarse **dos corderos (uno ... por la mañana** y uno por la **tarde)** acompañados de una ofrenda de granos (**harina** y **aceite**), y una de **libación (vino)**. Es interesante notar que las ofrendas diarias contenían elementos básicos de la dieta cotidiana del pueblo: carne, harina, aceite y vino. Esas ofrendas diarias (así como los sacrificios de dedicación de los dos carneros, vv. 18, 25) eran **olor grato a Jehová**. De manera similar, el sacrificio de Cristo en la cruz fue una “ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2).

29:42–46. En quinto lugar, el pasaje termina haciendo una declaración acerca de la importancia de las ofrendas diarias en la vida de Israel. **Jehová** prometió que habitaría precisamente ahí, **entre los hijos de Israel**. La comunión con **Dios** se establece con base en la sangre derramada por los pecados. Cuando los sacerdotes se consagraran y sirvieran al Señor, entonces Dios moraría con **ellos**, para que supieran que él era **Jehová su Dios**. El hecho de que Dios condescendiera a habitar en una tienda (tabernáculo), habla de su profundo interés por su pueblo.

d. Instrucciones acerca del servicio en el tabernáculo (caps. 30–31).

(1) El altar del incienso. **30:1–10.** Tal vez esta pieza del mobiliario del tabernáculo se describe aquí y no en el cap. 25 por la relación que tiene (30:1–6) con los rituales realizados ahí (vv. 7–10). Básicamente, el material para este **altar** era el mismo que se usaría en el resto del mobiliario de *adentro* del tabernáculo: **madera de acacia** cubierta de **oro puro**. Este era comparativamente pequeño (un **cuadrado** de 45 cms. con una **altura** de 90 cms.). Al igual que el altar de bronce (27:1–2) tenía **cuernos**. Y también, al igual que el altar de

bronce, la mesa de los panes de la proposición y el arca del pacto, el altar tenía **varas** que entraban en **anillos de oro** para cargarlo.

El altar debía colocarse **delante del velo** que llevaba al lugar santísimo, donde estaba ubicada el **arca del testimonio** (cf. el comentario de 25:22). En Hebreos 9:3–4 el altar del incienso se considera como parte del mobiliario del lugar santísimo. Esto parece ser así porque en el día de la expiación el sumo sacerdote llevaba incienso de este altar al lugar santísimo (Lv. 16:12–13).

A continuación, se instruyó a **Aarón** para que **quemara incienso ... sobre** ese altar dos veces al día cuando alistara **las lámparas** del candelero. Los ingredientes del incienso se describen en Éxodo 30:34–38. El incienso puede ser usado como símbolo de la oración (Sal. 141:2; Lc. 1:10; Ap. 5:8; 8:3–4). Aarón no debía ofrecer ningún otro tipo de ofrenda sobre ese altar. **Una vez al año**, en el día de la expiación, debía hacer **expiación** por el altar (i.e., para limpiarlo y reconsagrarlo) rociando los **cuernos ... con la sangre** del becerro y del macho cabrío (Lv. 16:18–19; así como sobre el propiciatorio, Lv. 16:14–17).

(2) El dinero del rescate **30:11–16**. Cada vez que se hiciera un censo (e.g., Nm. 1), cada israelita mayor **de veinte años** debía pagar un impuesto para ayudar a mantener el tabernáculo y sus servicios. Este pago era considerado un **rescate** (Éx. 30:12), porque garantizaba que estarían a salvo de plagas. Esto motivaba a los varones a pagar. También era considerado como **expiación** para cubrir los pecados.

En el conteo, cada varón adulto, fuera **rico o pobre** (v. 15), debía pagar **la mitad de un siclo**, (ca. 6 grs.). La “gera” era una medida de peso babilónica. El **siclo** era de plata (cf. 38:25–26 y el comentario de ese pasaje). Esta práctica vino a ser la base para el impuesto del templo que se estableció en fecha posterior (Neh. 10:32, aunque la cantidad fue reducida a un tercio de siclo) y que llegó a ser el impuesto anual en tiempos de Cristo (Mt. 17:24).

(3) La fuente de bronce **30:17–21**. La **fuentes** (BLA, “pila”) es la última pieza del mobiliario del tabernáculo y se describe aquí por el énfasis en su uso en lugar del énfasis en su construcción. Debía ser de **bronce**, no de plata ni de oro, ya que se ubicaría en el atrio **entre el tabernáculo de reunión y el altar** (cf. 40:30). Cuando los sacerdotes ministraban en el tabernáculo o ante el altar, era necesario que se **lajaran ... sus ... manos y los pies**. Si no realizaban esos lavamientos, morirían. Este también sería un **estatuto perpetuo** (V. el comentario de 12:14).

El lavatorio simbolizaba la necesidad de pureza a través del lavamiento de la iniquidad. Así como se había establecido un ritual de purificación del altar, los sacerdotes también debían limpiarse de impureza. El altar representa la salvación de la transgresión a través de una ofrenda por el pecado, y la fuente simboliza la santificación progresiva y continua.

(4) El aceite de la unción. **30:22–33**. En esta sección Dios instruyó a Moisés acerca de cómo hacer el **aceite** (vv. 22–25) para la **unción** del tabernáculo, del mobiliario (vv. 26–29) y de los sacerdotes (v. 30). Su fórmula era única, ya que ese producto era considerado santo: 5.7 kgs. de **mirra**, 2.9 kgs. de **canela**, 2.9 kgs. de **cálamo aromático**, 5.7 kgs. de **casia** (de la corteza fragante de un árbol), y cerca de cuatro litros de **aceite de olivas**. Al mezclar esos ingredientes, se obtendría un **ungüento** fragante. El uso del aceite para consagrar a los sacerdotes se menciona en 29:7. Debido a que ese aceite especial era **santo**, no debía usarse para ningún otro propósito que los mencionados en 30:26–30.

(5) El incienso. **30:34–38**. Un **incienso** especial debía prepararse mezclando la misma cantidad de las tres **especies aromáticas** (no se sabe con certeza cuales son esas especies) con el **incienso puro** (una resina transparente procedente del árbol de incienso). Debía

añadirse sal para que se produjera un humo blanco, y aumentar así la fragancia. De hecho, debía añadirse sal a todas las ofrendas (Lv. 2:13). El incienso debía colocarse **delante del testimonio** (i.e., del arca), lo que probablemente significa que debía ser quemado en el altar del incienso (Éx. 30:1–10) que estaba frente al velo del lugar santísimo. Al igual que el aceite de la unción, este **incienso** era para uso exclusivo del tabernáculo (cf. vv. 32–33).

(6) El llamamiento de Bezaleel y Aholiab. **31:1–11**. Dios ya le había dado a **Moisés** instrucciones para la construcción del santuario y para el servicio que debía realizarse allí (caps. 25–30), ahora **Jehová** escogió a los artesanos que realizarían la obra. Dios llamó a **Bezaleel** para que supervisara todo el proyecto y a **Aholiab** (31:6) para que fuera su asistente. Uno pertenecía a **la tribu de Judá** y el otro a **la tribu de Dan**. Ambos eran artesanos hábiles (vv. 3, 6), que habían recibido su don de Dios, y lo mismo se aplica para el resto de los artífices que fueron llamados para realizar el proyecto. Bezaleel poseía muchas habilidades; podía trabajar bien con metales preciosos, y además sabía albañilería y carpintería.

En los vv. 7–9 se da una lista de los objetos que los artesanos debían fabricar. En el v. 10 se mencionan **los vestidos del servicio**, los cuales no se habían mencionado antes y que también formarían parte de **las vestiduras santas**. Algunos piensan que era la ropa interior que se usaba en el invierno. Los artesanos también debían hacer el **aceite** (30:22–33) y el **incienso** (30:34–38).

(7) El día de reposo. **31:12–18**. En medio de sus instrucciones para el trabajo que debía realizarse, Dios recordó a **Moisés** que la obediencia también era una obligación religiosa. **El día de reposo** era la **señal** (vv. 13, 17) del pacto que convirtió a Israel en una teocracia. Era una prueba del compromiso de la nación con Dios. Si no guardaban el día **santo**, ciertamente morirían (i.e., separación de la congregación, lo que probablemente resultaría en muerte). Como se declaró en el decálogo (20:8), este mandamiento está basado en el reposo que Dios tomó después de su obra de creación que duró seis días (31:17). Debido a que la nación había hecho un **pacto** con Dios, tenía que hacer lo que él había hecho. **El día de reposo** señalaba a Israel como pueblo de Dios. El guardarlo demostraba que los israelitas habían sido apartados (i.e., santificados) para Dios.

Con esto, quedaron completas las instrucciones dadas por Dios a **Moisés** en el **monte de Sináí** (24:12) relativas al tabernáculo y al ministerio de los sacerdotes. El decálogo (los diez mandamientos; también llamados **tablas del testimonio** porque dan testimonio de las leyes de Dios), de alguna manera fue inscrito por Dios en **dos tablas de piedra**. El **dedo de Dios** (cf. 8:19; Dt. 9:10; Sal. 8:3; Lc. 11:20) probablemente sugiere que fue obra de Dios. Según el registro de Moisés de Deuteronomio 9:12–16, el Señor le informó que el pueblo se había “corrompido” y era “duro de cerviz” haciendo un ídolo con la forma de un becerro. En cuarenta días, quebrantaron su compromiso de obedecer lo que Dios ya les había mandado (Éx. 20:4).

B. Pecado y restauración del pueblo de Dios (caps. 32–34)

1. EL PACTO ES QUEBRANTADO POR ISRAEL (32:1–33:6)

a. Idolatría del pueblo (32:1–6)

32:1. Mientras **Moisés** experimentaba un triunfo espiritual, **el pueblo** de Dios cayó a un nivel espiritual muy bajo. En repetidas ocasiones, Dios había manifestado su poder y compasión, sin embargo, el pueblo olvidó rápidamente. En el libro de Éxodo, con

frecuencia los israelitas reaccionaron con insensibilidad y rebelión a las demostraciones maravillosas de la bondad de Dios.

El pueblo sintió temor por la demora de Moisés (él estuvo en el **monte** cuarenta días, 24:18), así que fueron ante **Aarón**, su líder temporal (24:14). Como pensaron que Moisés no iba a regresar para guiarlos y consolarlos (**a este Moisés ... no sabemos qué le haya acontecido**), pidieron un suplente para que fuera **delante de** ellos. Cuando pidieron a Aarón que les hiciera **dioses**, no querían decir que éstos tomarían el lugar de Jehová, sino que necesitaban un objeto visible y tangible para seguirlo.

32:2–4. **Aarón** concedió su petición y pidió al **pueblo** que le trajeran sus **zarcillos de oro** (que probablemente obtuvieron de los egipcios el día del éxodo, 12:35–36), y los fundieron para hacer un ídolo en forma de **un becerro**. Algunos comentaristas han sugerido que éste representaba a Apis, el dios-toro de los egipcios, pero esto carece de fundamento, ya que Apis no era adorado en una imagen. Sin embargo, el toro sí simbolizaba la fertilidad y la potencia sexual. Este hecho explícitamente violó el segundo mandamiento (20:4–6; cf. 20:23) que el pueblo ya había recibido verbalmente de Dios, a través de Moisés.

Quizá el pueblo pensó que el becerro era una imagen de Dios. Ya que sólo se hizo un ídolo, la palabra **dioses** (32:1, 4, 8, 23, 31) puede referirse al ídolo y a Dios, a quien supuestamente representaba. Parece difícil pensar que **Aarón** atribuyera el éxodo a otra persona que no fuera Dios.

32:5–6. **Aarón ... edificó un altar**, y al siguiente día en una **fiesta para Jehová**, el pueblo ofreció **holocaustos, y presentaron ofrendas de paz**. Pero sus festividades los llevaron a **regocijarse** (cf. 1 Co. 10:7; *ṣāḥaq* sugiere inmoralidad). Esto violó el séptimo mandamiento (Éx. 20:14). Comenzaron a cantar y a bailar (32:18–19) y cayeron en el desenfreno (v. 25). La inmoralidad a menudo va de la mano con la idolatría (Ro. 1:22–24). Sin embargo, ¡ellos pensaban que estaban adorando al Dios verdadero!

b. Intercesión de Moisés (32:7–14)

32:7–10. Mientras **Moisés** estaba en la montaña, Dios le dijo que el **pueblo** se había **corrompido** (v. 7) y que había endurecido su **cerviz** (v. 9), i.e., se habían vuelto necios y tercos (cf. 33:3, 5; 34:9; Dt. 9:6, 13; 10:16; 31:27). En su **ira**, Dios rehusó llamarlos su pueblo y aun quiso negar el hecho de que él los había librado de Egipto (**tu pueblo que [tú] sacaste de la tierra de Egipto**, Éx. 32:7; cf. **este pueblo**, v. 9). Después de decir a **Moisés** lo que el pueblo había hecho (v. 8), Dios dijo que los iba a castigar por su rebelión, destruyéndolos y comenzando una nueva nación con Moisés (**de ti yo haré una nación grande**, v. 10).

32:11–14. Moisés revirtió la referencia que hizo Dios respecto a Israel y lo consideró como su pueblo (v. 7), al llamarlos **tu pueblo** (cf. 33:13). Después, Moisés suplicó misericordia con base en dos cosas: su testimonio ante **los egipcios** (32:12), y las promesas de Dios a los patriarcas (v. 13). Si el Señor llevaba a cabo esa destrucción, faraón y los dioses de Egipto serían reivindicados y los egipcios se burlarían del Dios verdadero. Asimismo, el Señor sería visto como el que no cumple con sus promesas. Él había dicho que daría una descendencia incontable (Gn. 15:5; 22:17a; 26:4a; 28:14; 32:13) a **Abraham ... Isaac e Israel** (Jacob) y que los llevaría a la **tierra** prometida (Gn. 15:18–21; 22:17b; 26:4b; 28:13; 32:13). Moisés sabía que el pueblo había pecado y no trató de justificar sus acciones. Como resultado, Dios **se arrepintió** del castigo que había decidido enviarles. La

expresión “se arrepintió” (“desistió”, BLA) no quiere decir que Dios cambió de forma de pensar, sino que pensó en otro curso de acción. La palabra hebr. *nāham* sugiere apartarse del plan indeseable que se había formulado. El Señor no es inflexible; él responde a las necesidades, actitudes y acciones de cada persona.

c. Enojo de Moisés (32:15–29)

32:15–18. Cuando **Moisés ... descendió del monte, trayendo ... las dos tablas del decálogo** (cf. 31:18) se reunió con **Josué**, quien aparentemente estaba en las faldas de la montaña (cf. el comentario de 24:13) y no estaba enterado de lo que los israelitas estaban haciendo. Josué pensó que **el campamento** estaba siendo atacado por fuerzas militares. Sin embargo, Moisés sabía (porque Dios se lo había dicho) que el pueblo estaba cantando, embriagándose, y practicando la inmoralidad.

32:19–20. Cuando llegó al pie del monte, Moisés **ardió en ira** e hizo cuatro cosas. Primero, despedazó **las tablas** de la ley, simbolizando que Israel **quebró** el pacto. En segundo lugar, **quemó** el ídolo, **hasta reducirlo a polvo**. Luego lo **esparció sobre las aguas** (un arroyo de la montaña, Dt. 9:21), e hizo que el pueblo lo bebiera. Esta acción demostraba la impotencia del becerro-ídolo y la ira de Dios. Ya que el ídolo de oro no se pudo haber destruido con el fuego, el líder lo demolió hasta que lo hizo mil pedazos. Al tomar de esa agua, simbolizaba que el pueblo llevaría las consecuencias de su pecado.

32:21–24. La tercera cosa que hizo Moisés fue pedir cuentas a **Aarón** de lo que había sucedido. La excusa de Aarón fue tan absurda como las acciones del pueblo. Él culpó **al pueblo** (vv. 22–23) y después mintió diciendo que el ídolo había “salido” del oro. **Me lo dieron, y lo eché en el fuego, y salió este becerro**. Pero en realidad, **Aarón** mismo lo había esculpido y le había dado forma (v. 4). Dios estaba tan enojado con Aarón, que quería matarlo (Dt. 9:20).

32:25–29. En cuarto lugar, **Moisés** juzgó a los que no se habían arrepentido. Por eso, llamó al frente a aquellos que no habían participado de la adoración al becerro. **Los hijos de Leví** respondieron como grupo a tal llamamiento. Éstos recibieron órdenes de pasar por **el campamento** y matar a los que insistieran en la idolatría. Ese día, **tres mil** israelitas murieron a espada. Sin embargo, otros murieron debido a una plaga (v. 35). Después de terminar con tan terrible tarea, los levitas fueron consagrados **a Jehová**. Más adelante, les fue asignada la responsabilidad de cargar el tabernáculo (Nm. 1:50–53).

d. La intercesión es retomada por Moisés (32:30–35)

32:30–35. A pesar de que los instigadores principales del pecado habían muerto a espada (excepto Aarón, por quien Moisés intercedió, Dt. 9:20), **Moisés** reconoció que la nación completa era culpable. Así que, una vez más intercedió por el **pueblo** para que su **pecado** fuera perdonado. Él dijo a Dios que si no perdonaba al pueblo, prefería que su nombre fuera quitado del **libro** que Dios había **escrito** (Éx. 32:32). Algunos dicen que ese libro es el de la vida (Ap. 20:15; 21:27), que contiene la lista de los creyentes, pero es más probable que se refiera al censo del pueblo. La declaración de Moisés probablemente indica que estaba dispuesto a morir antes de tiempo (pero no se refería a sufrir tormento eterno en el infierno). Él no quería estar asociado con gente pecadora que no había sido perdonada de

su pecado. Dios no hizo caso a la oferta de Moisés y prometió castigar a los pecadores (por medio de su muerte prematura). Algunos murieron a causa de una plaga (Éx. 32:35) y todos los hombres de guerra (excepto Josué y Caleb) posteriormente murieron en el desierto (Dt. 1:35–36; 2:14). Sin embargo, Dios le dijo a Moisés que llevaría a la nación (la generación más joven) a la tierra que él les había prometido (Éx. 32:34). (Acercas del **ángel**, V. 33:2.)

e. Humillación del pueblo (33:1–6)

33:1–6. Dios dijo a **Moisés** que debía ir con **el pueblo** hacia la **tierra** prometida. Esta fue una respuesta a la oración de Moisés (32:13). Dios derrotaría a sus enemigos (V. el comentario de estos grupos en 3:8) por un **ángel** (cf. 32:34 y el comentario de 23:23) hasta que llegaran **a la tierra que fluye leche y miel** (V. el comentario de 3:8). El pueblo estaba afligido porque Dios había dicho: **yo no subiré en medio de ti**. La protección y dirección la recibirían del ángel, no directamente de Dios. De otra manera, Dios dijo: **no sea que te consuma en el camino**. Sin embargo, con base en la oración de Moisés en 33:12–16, Dios aceptó ir con ellos (v. 17). En señal de remordimiento, **los hijos de Israel se despojaron de sus atavíos** (anillos, collares, brazaletes, pulseras de tobillo, etc.).

2. EL PACTO ES RENOVADO POR DIOS (33:7–34:35)

a. La posición privilegiada de Moisés (33:7–23)

En contraste con la relación difícil que el pueblo tenía con Dios, Moisés experimentaba una comunión muy especial con él. Estos vv. muestran esa relación única en dos secciones que se conectan entre sí.

33:7–11. Moisés disfrutaba de una relación cercana con Dios en **una tienda que estaba fuera del campamento**. Aparentemente, el pueblo podía ir ahí a buscar **a Jehová** para pedir dirección. Esa tienda no era propiamente el tabernáculo, pero era llamada **el Tabernáculo de Reunión**. Cuando **Moisés** entraba **al tabernáculo, la columna de nube** (cf. 13:21) cubría toda **la puerta**. No se sabe el tamaño ni lo que había dentro de esa tienda, pero al **pueblo** le recordaba que su pecado era lo que había interrumpido su relación con Dios. Ellos podían adorar a Dios guardando cierta distancia (33:10) porque él estaba fuera de la comunidad.

Dios **hablaba ... a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero** (v. 11), i.e., clara y francamente. Moisés hablaba “cara a cara” con Dios y esto no contradice la prohibición que existía en cuanto a ver el rostro de Dios (v. 20). “Cara a cara” es una expresión figurada que sugiere amistad y apertura en la comunicación (cf. Nm. 12:8; Dt. 34:10; y el comentario acerca de Jn. 1:18). **Josué** se quedó en el **tabernáculo**, tal vez para cuidarlo mientras Moisés **volvía al campamento**.

33:12–23. Asimismo, la comunión íntima entre Moisés y Dios era evidente por su preocupación espiritual. Estos vv. pueden dividirse en tres secciones. Cada una de éstas se introduce con una frase que indica que Moisés es el que habla: **dijo Moisés** (“dijo Moisés” v. 12, “Moisés respondió” v. 15, “él entonces dijo” v. 18). En primer lugar, Moisés quería conocer las intenciones de Dios para su pueblo. El Señor le había dicho que sacara al **pueblo**, pero sin contar con su presencia, Moisés estaba preocupado. Dios conocía a Moisés por **nombre**, i.e., él pertenecía a Dios. Así que el caudillo quería seguir aprendiendo el **camino** de Dios y disfrutar de su **gracia** (favor). Moisés intercedió a favor de la **gente** recordando a Dios que era su **pueblo** (cf. vv. 13, 16; 32:11). Dios cambió su decisión y decidió ir con ellos (cf. 33:3, 5) y darles **descanso** (v. 14).

La segunda petición de Moisés consistió de una confirmación de que el Señor iría con su **pueblo** (vv. 15–17). Sin la **presencia** de Dios durante su travesía hacia la tierra prometida, la reputación del pueblo y de Dios mismo se vería seriamente dañada. Así que una vez más, el Altísimo concedió a Moisés su petición, asegurándole que había **hallado gracia** delante de sus **ojos** (v. 17; cf. v. 16).

En tercer lugar, **Moisés** pidió ver la **gloria** de Dios (v. 18). Dios contestó a esta petición permitiendo que Moisés tuviera una visión más profunda de su **gloria** (33:19–23). Dios mostró su **bien** (v. 19) y sus **espaldas**, no su rostro (cf. 3:6 y V. el comentario de 33:11; Jn. 1:18) a Moisés al proclamar **el nombre de Jehová** (v. 19, la revelación de su carácter). Este pasaje demuestra que podemos conocer verdaderamente a Dios; sin embargo, nunca lo podremos conocer completamente.

b. Renovación del pacto (cap. 34)

Dios dio a Moisés nuevas tablas del decálogo, le mostró su gloria constituyéndolo fundador del pacto mosaico y enumeró las obligaciones que se derivan de la relación de ese pacto. Otras renovaciones del pacto se registran en Deuteronomio 5:2–3; 29:1; Jos. 24:25; 2 R. 23:21–27.

(1) Las nuevas tablas de piedra. **34:1–4**. Las **dos tablas de piedra** con los diez mandamientos que **Moisés** había roto (32:19), eran la muestra tangible de la relación tan especial que tenía Dios con Israel. Una vez más, **Moisés** debía subir **al monte de Sináí** y llevar consigo dos tablas alisadas **como las primeras**. Al igual que la vez anterior, debía subir solo. Obviamente, esto indica que Dios iba a renovar su pacto con Israel.

(2) Dios se revela a Moisés. **34:5–9**. En el monte, **Moisés** experimentó una nueva visión de la gloria de Dios al verlo como testador del pacto. Dios cumplió su promesa (33:19) y le reveló su **nombre** (su carácter). Dios le dijo que su nombre es **Jehová**, que quiere decir que es compasivo, leal (*hesed*, **misericordia**, aparece dos veces en vv. 6–7), lleno de gracia, fiel (*ʿemet*, “digno de confianza”) y perdonador. Esta información complementa lo que se había dicho antes acerca de su nombre (cf. el comentario de 3:13–14). Jehová es el nombre que sugiere la relación de Dios con su pueblo. Algunos o todos estos atributos de Dios se mencionan otras siete veces en el A.T. (Nm. 14:18; Neh. 9:17; Sal. 86:15; 103:8; 145:8; Jl. 2:13; Jon. 4:2).

Junto con la demostración de su gran benevolencia está su justicia, que impone castigo a cualquier persona que viola su carácter justo (**de ningún modo tendrá por inocente al malvado**, Éx. 34:7). Acerca del castigo de Dios **sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación**, V. el comentario de 20:5.

Al ver tal muestra del carácter de Dios, **Moisés** no pudo responder sino con adoración y entonces pidió misericordia para el **pueblo de dura cerviz**, como Dios mismo lo había llamado (32:9; 33:3, 5). Moisés nuevamente pidió al **Señor** que fuera con ellos (cf. 33:3, 12, 14) y que así renovara su promesa de morar en medio de su pueblo y lo tomara por **heredad** (cf. Dt. 4:20).

(3) La renovación del pacto (34:10–28). **34:10–11**. Estos vv. son un preámbulo o introducción a las bases del pacto que siguen en los vv. 12–28. Dios prometió renovar el pacto mosaico y actuar poderosamente a través de su pueblo; i.e., hacer **maravillas** (cf. “maravillas” en 3:20) para que otras naciones pudieran ver que **la obra de Jehová es cosa tremenda**. Estas maravillas incluirían que él sacaría a los pueblos que vivían en Palestina

(V. el comentario acerca de los grupos que la habitaban en 3:8). Sin embargo, la conquista estaba condicionada a la obediencia de Israel a Dios.

34:12–17. Dios había revelado su carácter (vv. 5–7), había prometido estar con ellos y actuar con poder (vv. 10–11). La obligación de obedecer el pacto dada en detalle en los caps. 21–23 se da aquí nuevamente (34:12–18) en forma resumida. Básicamente, este código es lo que habían recibido en “el libro del pacto” (24:7) con la diferencia de que en 34:12–28 es más severo, debido al reciente pecado de Israel (cap. 32).

Uno de los propósitos principales de estos reglamentos era impedir que Israel cayera en la idolatría, una práctica inconcebible dentro de una teocracia. Sin embargo, Israel ya había caído en ella. Aceptar **alianza** con las naciones implica aceptar a **sus dioses**, y esto debía ser evitado a toda costa. Debía tomarse acción severa en contra de los ídolos: Los **altares** y **las estatuas**, probablemente símbolos masculinos de fertilidad (cf. Dt. 7:5; 12:3) debían ser derribados y las **imágenes de Asera** cortadas. Los cananeos en sus cultos paganos levantaban postes en honor a la diosa Asera, esposa de Baal (V. el comentario de 2 Cr. 14:3). Puesto que Israel ya había caído en idolatría (Éx. 32), las instrucciones aquí (34:12–13) son más específicas que aquéllas en 23:24.

El pacto mosaico fue la base para el reinado teocrático de Jehová sobre su pueblo. Por lo tanto, como sólo él es Dios, no tolera rivales (cf. 20:3). Es en este sentido que **Dios es celoso** (cf. 20:5).

Además, hacer **alianza** con los idólatras los conduciría a involucrarse en sus comidas comunitarias, que eran parte de sus sacrificios (34:15), a casar a **sus hijas** con sus **hijos** (de los cuales muchos(as) eran prostitutas(as) física y/o espiritualmente para **sus dioses**; cf. Os. 4:13–14), y aun hacer **dioses de fundición** (Éx. 34:17; cf. 20:4), así como habían hecho el becerro de oro (32:4). Trágicamente, Israel hizo caso omiso de estas advertencias y se involucró en la adoración de los dioses falsos de los cananeos y de otros pueblos. Al final de cuentas, esto llevó a Israel al exilio.

34:18–26. Una vez que Dios describió la forma de adoración que Israel debía evitar (vv. 12–17), le recordó cómo debían adorarle activamente, mediante las fiestas sagradas que él había designado. Se mencionan las tres fiestas principales (vv. 18, 22) y la promesa de que si las celebraban adecuadamente, Dios les daría y conservaría (v. 24) la **tierra** de la promesa.

La fiesta de los panes sin levadura debía celebrarse (cf. 12:15–20; 23:15) **en el mes de Abib** (marzo-abril), el mes del éxodo, y el **primogénito** debía ser consagrado al Señor (34:19–20; cf. 13:12–13; 22:29–30). Esas dos actividades estaban relacionadas debido a que coincidieron con la décima plaga (la muerte del **primogénito** de los egipcios) y el éxodo.

Antes de mencionar la segunda y tercera fiestas (34:22), Dios recordó a Israel su obligación de descansar el **día** de reposo (cf. 20:8), aun en la temporada más ocupada del año (**aun en la arada y en la siega**). Se menciona el tiempo de la siega porque conduce naturalmente a las siguientes dos fiestas, ambas relacionadas con ella. **La fiesta de las semanas**, también llamada la fiesta de la siega (23:16) y la fiesta de Pentecostés, debía celebrarse cincuenta días después de la fiesta de los panes sin levadura. Esta segunda fiesta comenzaba al inicio de **la siega del trigo**.

La fiesta de la cosecha estaba relacionada también con la agricultura y debía celebrarse en el tiempo de la cosecha, **a la salida del año** (cf. el comentario de 23:16). **Todo varón** israelita debía presentarse delante **de Jehová** (34:23) para celebrar las tres fiestas (lo que más adelante provocó que viajaran a Jerusalén para estar en el tabernáculo o el templo).

Estas fiestas que requerían que la gente viajara, unió a la nación en su adoración religiosa. Dios prometió que mientras los varones estaban adorando lejos de su hogar, él cuidaría su **tierra**.

Este pasaje incluye otras instrucciones: dos reglamentos adicionales acerca de la fiesta de los panes sin levadura—el evitar la levadura y el no dejar **nada** de la comida de la **pascua** (34:25; cf. 23:18)—, la ley de **los primeros frutos** (relacionada con la fiesta de las semanas), y la prohibición de cocinar **cabrito en la leche de su madre** (V. el comentario de 23:19).

34:27–28. Así como cuando recibió por primera vez el libro del pacto, **Moisés** debía escribir estos mandamientos (cf. 24:4). Después de **cuarenta días**, el mismo tiempo que estuvo en el monte la primera vez (24:18), **Moisés** recibió las **tablas** de piedra con **los diez mandamientos**, la señal del **pacto**. Los diez mandamientos (34:28) fueron añadidos a **estas palabras** (v. 27). A diferencia de los cuarenta días anteriores, el pueblo no cayó en la idolatría.

(4) La gloria de Dios se manifiesta sobre Moisés. **34:29–35**. En contraste con el enojo y la indignación santa que **Moisés** demostró cuando regresó con el primer par de **tablas** (32:19), ahora **su rostro resplandecía** a causa de la gloria de Dios (cf. 2 Co. 3:7). Sin embargo, él no se había percatado de ello. Esto hizo que el pueblo tuviera **miedo de él**. Entonces, Moisés animó al pueblo a escuchar las estipulaciones del pacto renovado.

Aparentemente el pueblo hizo saber a **Moisés** que su rostro resplandecía, ya que se cubrió con un **velo** (*masweh*, palabra que sólo se usa aquí—en Éx. 34:33–35—en el A.T; cf. 2 Co. 3:13). Sin embargo, cuando él **entraba** delante de la presencia de **Dios**, se quitaba el velo (cf. 2 Co. 3:18).

C. *Construcción del tabernáculo (caps. 35–40).*

Una vez que se renovó el pacto, era esencial empezar la construcción del tabernáculo. La mayor parte de la información de los caps. 35–40 para la construcción del tabernáculo es similar a las instrucciones de Dios a Moisés en el monte (registrado en los caps. 25–31), con la diferencia de que en casi todos los caps. 35–40 se habla en tiempo pasado cuando se refiere a la ejecución de las órdenes de Dios para Moisés y el pueblo. Sin embargo, el orden del tema difiere ligeramente en estas dos secciones principales del libro. Éste concluye con el registro de la condescendencia de Dios de morar con su gloria en medio de su pueblo (40:34–38).

Los comentarios acerca de estos últimos caps. de Éxodo son comparativamente breves, porque ya han sido discutidos antes. Sin embargo, los caps. 35–40 no son repeticiones innecesarias; sino que enfatizan dos verdades importantes: (a) la fidelidad de Dios, quien mora en medio de su pueblo a pesar de sus errores, y (b) la obediencia de Moisés al llevar a cabo las instrucciones de Dios (cf. 25:9). Las palabras “como Jehová lo había mandado a Moisés” (o “como Jehová había mandado a Moisés”), aparecen siete veces en cada uno de los dos últimos capítulos (39:1, 5, 7, 21, 26, 29, 31; 40:19, 21, 23, 25, 27, 29, 32). Ciertamente, Moisés fue un siervo fiel (Nm. 12:7; He. 3:5).

1. PREPARATIVOS PARA LA CONSTRUCCIÓN (35:1–36:7).

a. *Recordatorio de guardar el día de reposo (35:1–3).*

35:1–3. Moisés convocó a toda la congregación de los hijos de Israel (cf. v. 4 y V. el comentario de 12:3) para darles las instrucciones del Señor. El v. 2 del cap. 35 repite casi palabra por palabra el mandamiento que se encuentra en 31:15. Ya que el día de reposo era la señal del pacto que Dios hizo con Israel (31:16–17), era crucial que se guardara. Las palabras de Moisés acerca del **día de reposo** aparecen aquí, al principio de los caps. 35–40, no al final de las instrucciones de Dios como en los caps. 25–31. Esto se debe a que Israel había mostrado una tendencia a desobedecer. Si el pacto había de permanecer, las instrucciones concernientes a la señal debían cumplirse fielmente. Asimismo, la construcción del tabernáculo traería entusiasmo al pueblo y era importante que la adoración no se hiciera a un lado ni siquiera por realizar ese trabajo para la adoración. La prohibición en contra del **fuego ... en el día de reposo** (35:3) es un corolario a la orden de no trabajar (v. 2) al cocinar la comida (cf. 16:23).

b. Recolección de los materiales (35:4–29)

35:4–9. Moisés continuó hablando al pueblo y los animó a juntar con urgencia las cosas que tenían entre sus posesiones para construir el tabernáculo (cf. 25:1–9). Estos materiales debían ser dados voluntariamente (**todo aquel** que tuviera **voluntad**; cf. 35:21, 29) como **ofrenda a Jehová**.

35:10–19. Enseguida, Moisés reclutó trabajadores (**todo sabio de corazón de entre vosotros**) para hacer el mobiliario, los **utensilios** y las **vestiduras** de los sacerdotes. El orden en que aparecen esos objetos es el mismo en que se describen en 36:8–39:31.

35:20–29. El pueblo voluntariamente se comprometió a colaborar en el proyecto, ofreciendo sus bienes y sus habilidades. En 25:3 se hace referencia a la necesidad de **oro ... plata, y bronce**. Sin embargo, aquí se añade (35:22) que también **trajeron ... joyas de oro**. Por su parte, las **mujeres** estaban activas no sólo presentando sus ofrendas (vv. 22, 29), sino que también **hilaban con sus manos cordón azul ..., lino, y pelo de cabra**.

c. Nombramiento de Bezaleel y Aholiab (35:30–36:1)

35:30–36:1. Esta sección es similar a la que está en 31:1–11. Un elemento nuevo en esta descripción es la referencia a la **sabiduría e inteligencia** de **Bezaleel y Aholiab** para enseñar a otros (35:34). Este pasaje (35:30–36:1) enfatiza la **sabiduría** de los que trabajaron en la construcción.

d. Inicio de la construcción (36:2–7)

36:2–7. Bezaleel y Aholiab estaban al frente del proyecto y coordinaron a todo **hombre sabio de corazón a quien Jehová dio sabiduría e inteligencia** (v. 2; cf. v. 1) y que estaba dispuesto a **hacer la obra**. Una vez más (cf. 35:21, 29) se hace énfasis en la disposición de las personas para participar en la obra y dando los materiales. De hecho, **el pueblo** trajo tantos materiales—mucho **más de lo que se necesitaba**—que tuvieron que pedirle que ya no siguiera trayendo más. En 38:21–31 aparece un inventario de los materiales que se reunieron.

2. CONSTRUCCIÓN DEL TABERNÁCULO (36:8–39:31).

a. Construcción de la estructura del tabernáculo (36:8–38)

36:8–38. El orden de la construcción difiere del orden de las instrucciones dadas en el cap. 26. Aquí se registra en primer lugar la construcción del **tabernáculo**, mientras que en

las instrucciones anteriores se describen tres piezas del mobiliario antes que el tabernáculo (cap. 25). Un detalle que no se incluye en 36:8–38 es la información que aparece en 26:12–13 relativa a colgar las cortinas de pelo de cabra que eran más largas. Fuera de este detalle, los registros son casi idénticos.

Había cuatro componentes en la estructura del **tabernáculo**: (a) las **cortinas de lino torcido** y de estambre que cubrían los lados y formaban el techo (36:8–13; cf. 26:1–6); (b) las **cortinas de pelo de cabra ... de pieles de carneros ... y ... de pieles de tejones** (marsopas; 36:14–19; cf. 26:7–14; V. 25:5); (c) los enrejados de **madera ... al lado del sur ... y al lado norte** y en la parte trasera de la estructura (36:20–30; cf. 26:15–25) con las **barras de madera** para sostener el enrejado (36:31–34; cf. 26:26–29); y (d) los dos velos de entrada, uno para dividir las dos secciones interiores del tabernáculo y otro para la entrada (36:35–38; cf. 26:31–37).

b. Construcción del mobiliario del tabernáculo (37:1–38:8)

37:1–38:8. Aquí se mencionan seis piezas del mobiliario: (a) **el arca con el propiciatorio** (37:1–9; cf. 25:10–22); (b) **la mesa de madera de acacia**, i.e., “la mesa de los panes de la proposición: (37:10–16; cf. 25:23–30; 39:36); (c) **el candelero** (37:17–24; cf. 25:31–39); (d) **el altar del incienso** (37:25–28; cf. 30:1–10), con **el aceite santo de la unción, y el incienso** que se usarían en el altar (37:29; cf. 30:22–28); (e) **el altar del holocausto** (38:1–7; cf. 27:1–8); y (f) **la fuente de bronce** (38:8, cf. 30:17–21).

En la descripción de 37:1–38:8 se menciona un detalle adicional que no aparece en los pasajes anteriores. La fuente de bronce estaba hecha **de los espejos** (bronce pulido, no cristal) **de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión**. Aquí la frase “el tabernáculo de reunión” se refiere probablemente a la tienda que Moisés levantó fuera del campamento después de que el pacto fuera abrogado y antes de que se renovara (cf. 33:7–11). Sin embargo, en otras partes “el tabernáculo de reunión” se refiere al tabernáculo mismo (e.g., 40:1, 12, 22, 24, 26, 29–30, 34–35).

c. Construcción del atrio del tabernáculo (38:9–20).

38:9–20. Esta sección es una copia de la que aparece en 27:9–19, y no proporciona información adicional.

d. Inventario de la obra (38:21–31).

38:21–31. Este pasaje no tiene paralelo en los caps. 25–31. Una vez que hubo comenzado el trabajo, **los levitas, bajo la dirección de Itamar, el hijo menor de Aarón**, hicieron un inventario de los materiales recolectados. Las estadísticas muestran la grandeza y el costo de la construcción del centro de adoración de Israel. Los materiales incluían un poco más de una tonelada de **oro** (38:24), casi cuatro toneladas de **plata** (vv. 25–28), y ca. dos y media toneladas de **bronce** (vv. 29–31).

Tomando el siclo como de 11 grs. y el talento como 34 kgs. de plata (**cien talentos de plata ... y mil setecientos setenta y cinco siclos**) dan un total de 603,550 medios siclos. Esto significa que cada uno de los **seiscientos tres mil quinientos cincuenta** varones mayores de **veinte años** pagaron exactamente medio siclo de lo que se especificó como “ofrenda de empadronamiento” (30:11–16). (V. “Tabla de pesas y medidas en la Biblia”, en

el Apéndice, pág. 304). Aunque la cubierta exterior del **tabernáculo** (de pieles de tejones [marsopas, V. 25:5]) le diera la apariencia de una tienda de beduinos, la riqueza de los metales que estaban adentro significaba para Israel la santidad, gloria y majestad de Dios, quien moraba en medio de ellos. Esa “casa” demostraba que él es suficientemente capaz de proveer en abundancia para los suyos.

e. Hechura de las vestiduras de los sacerdotes (39:1–31)

39:1–31. Estos vv. están relacionados en general con las instrucciones de Dios dadas a Moisés en el cap. 28. Las vestiduras sacerdotales incluían el efod (39:1–7; cf. 28:6–14), el pectoral (39:8–21; cf. 28:15–30), el manto del efod (39:22–26; cf. 28:31–35), las otras túnicas (39:27–29; cf. 28:39–43), y la diadema grabada (39:30–31; cf. 28:36–38). Ya que los caps. 35–40 se refieren a la construcción del tabernáculo en general, y no a las funciones del santuario, no se incluye en esta sección (39:1–31) el detalle del Urim y Tumim (cf. 28:30). Otras diferencias menores son que al “pectoral del juicio” (28:15; cf. 28:29) se le llama simplemente “el pectoral” en 39:8, 15, 19, 21. La lámina ... de oro que usaba el sumo sacerdote en la cabeza (28:36–38) aquí se llama la diadema santa (39:30–31). También se menciona en el v. 3 que los hilos de oro que se usaron para tejerlos entre los cordones de azul y carmesí del efod fueron cortados de láminas delgadas de oro.

3. TERMINACIÓN DEL TABERNÁCULO (39:32–43)

39:32–43. Una vez que todas las partes del mobiliario del santuario principal y **las vestiduras** quedaron terminadas, el pueblo las trajo **a Moisés** para que las inspeccionara y las bendijera (v. 43). **Moisés** reconoció que los artesanos habían seguido meticulosamente las instrucciones del Señor y dio su aprobación a todo el trabajo realizado. El orden en que se dan las partes del **tabernáculo** y su mobiliario es casi idéntico al que aparece en 35:10–19 y en 36:8–39:31. **Así fue acabada toda la obra ..., como Jehová lo había mandado a Moisés** (39:32, 43; cf. vv. 1, 5, 7, 21, 26).

4. REUNIÓN EN EL TABERNÁCULO (40:1–33).

Esta sección tiene dos partes que son similares en forma a la relación de los caps. 25–30 y 35–39. En 40:1–16 Dios dio a Moisés instrucciones acerca del arreglo del tabernáculo y los vv. 17–33 registran la ejecución de tales órdenes.

40:1–16. Estas instrucciones están relacionadas con tres asuntos: (a) los arreglos físicos del santuario, comenzando desde las partes interiores hasta las exteriores, incluyendo las cortinas del **atrio** (vv. 1–8); (b) la consagración (apartarlo para uso sagrado) del **tabernáculo, y todo lo que está en él** (vv. 9–11), y (c) los lavamientos, las vestiduras y la unción de los sacerdotes (**Aarón y ... sus hijos**) para servir a Dios y al pueblo en el santuario (vv. 12–16).

El tabernáculo fue levantado (v. 1) como un año después del éxodo de Egipto: **en el primer día del mes primero** (v. 2), “en el segundo año” (v. 17). El éxodo empezó el día 14 del primer mes (12:2, 6, 33–34). Desde que el pueblo llegó a Sinaí tres meses después del éxodo, permanecieron en Sinaí ocho meses y medio. Parte de este tiempo (por lo menos 80 días) Moisés estuvo en el monte (40 días, 24:18; y otros 40 días para la renovación del pacto, 34:28). Así que, quizá se tomaron cerca de seis meses y medio para juntar los

materiales y construir el tabernáculo. Esto sucedió desde mediados de septiembre hasta finales de marzo.

40:17–33. Estos vv. registran la construcción del **tabernáculo** en respuesta a las instrucciones del Señor (vv. 1–15). Los vv. 17–33 amplían la declaración hecha en el v. 16 en el sentido de que **Moisés hizo** como **Jehová** le había mandado. En este cap. se menciona siete veces que **Moisés hizo** exactamente **como Jehová había mandado** (vv. 19, 21, 23, 25–26, 29, 32). **El testimonio** (v. 20) que se colocó **dentro del arca** se refiere a las dos tablas de piedra (16:34; 31:18). En este pasaje, es particularmente interesante el hecho de que **Moisés** parece haber fungido como sacerdote hasta que Aarón fue instalado: **Moisés ... quemó ... incienso** (40:27) sobre **el altar de oro** y ofreció **holocausto y ofrenda** sobre **el altar del holocausto**.

5. LA MORADA DE DIOS CON SU PUEBLO (40:34–38).

40:34–38. La promesa de Dios (“y habitaré entre los hijos de Israel, y seré su Dios”, 29:45) se cumplió y **la gloria de Jehová llenó el tabernáculo**. La **nube**, símbolo de la presencia de Dios, había llenado ocasionalmente la tienda temporal fuera del campamento (33:7–11). Sin embargo, ahora llenó **el tabernáculo**. De hecho, ni **Moisés**, que había visto parte de la gloria de Dios (33:18–23), **podía ... entrar** en el tabernáculo.

La nube que había guiado a los israelitas cuando salieron de Sucot (13:20–22) estaba en medio de ellos para llevarlos a la tierra de la promesa (40:36–39). **Cuando la nube se alzaba**, el pueblo de Israel continuaba su recorrido. Si se quedaba sobre el tabernáculo y **no se alzaba**, el pueblo no se movía. El Dios soberano del cielo había tomado al pueblo que estaba en esclavitud y lo había liberado con poder. Además, hizo pacto con ellos y los estableció como una teocracia, una nación en la tierra que estaba bajo su gobierno directo. La señal del pacto era el día de reposo, y sus reglamentos (estipulaciones) eran las leyes que incluían los diez mandamientos así como otros reglamentos civiles y ceremoniales. El libro termina con una nota muy positiva: Dios estaba con la nación, y los estaba dirigiendo hacia la tierra prometida.

BIBLIOGRAFÍA

Bush, George. *Notes on Exodus*, “Notas Acerca de Éxodo”. 1952. Reimp. (2 vols. en 1). Minneapolis: James & Klock, 1976.

Cassuto, Umberto. *A Commentary on the Book of Exodus*, “Comentario del libro de Éxodo”. Trad. por Israel Abrahams. Jerusalén: Magnes Press, 1967.

Cole, R. Alan. *Exodus: An Introduction and Commentary*, “Éxodo: Introducción y Comentario”. The Tyndale Old Testament Commentaries. Downers Grove, Ill.: Intervarsity Press, 1973.

Davies, Gwynne Henton. *Exodus*, “Éxodo”. Torch Bible Commentaries. Londres: S.C.M. Press, 1967.

Davis, John J. *Moses and the Gods of Egypt*, “Moisés y los Dioses de Egipto”. Grand Rapids: Baker Book House, 1971.

Honeycutt, Roy L., Jr. *Exodus* en *The Broadman Bible Commentary*, “Éxodo” en el Comentario Bíblico Broadman. Vol. 1. Nashville: Broadman Press, 1969.

Huey, F. B., Jr. *Exodus: A Study Guide Commentary*, “Éxodo: Comentario y Guía de Estudio”. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1977.

Hyatt, J. Phillip. *Exodus*, “Éxodo”. New Century Bible. Greenwood, S.C.: Attic Press, 1971. Reimp. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1980.

Keil, C.F., and Delitzsch F. *Exodus en Commentary on de Old Testament in Ten Volumes*, “Éxodo” en el Comentario del Antiguo Testamento en diez volúmenes. Vol. 1. Reimp. (25 vols. en 10) Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1982.

Lange, John Peter. *Exodus en Commentary on the Holy Scriptures, Critical, Doctrinal and Homiletical*. “Éxodo” en el Comentario Crítico, Doctrinal y Homilético de las Sagradas Escrituras. Vol. 2. Reimp. (24 vols. en 12). Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1980.

McGregor, James. *Exodus: With Introduction, Commentary and Special Notes*, “Éxodo: Introducción, Comentario y Notas Especiales”. 2 vols. Edimburgo, T. & T. Clark, 1909.

Pfeiffer, Charles F. *Egypt and the Exodus*, “Egipto y el Éxodo”. Grand Rapids: Baker Book House, 1964.

Ramm, Bernard L. *His Way Out*, “Su Camino de Salida” Glendale, Calif.: G/L Publications, Regal Books, 1974.

Youngblood, Ronald F. *Exodus*, “Éxodo”. Everyman’s Bible Commentary. Chicago: Moody Press, 1983.

**Este material está disponible gratuitamente,
con la única finalidad de ofrecer lectura edificante
a tod@s aquell@s herman@s que no tienen
los medios económicos para adquirirlo.
Si usted es alguien financieramente privilegiado,
utilice este material para su evaluación,
y, si le gusta, bendiga al autor,
editores y librerías, con la compra del libro.**

adoradordejesucristo@hotmail.com